

E. JULIÁ, FOTÓGRAFO.



GRAN ESTABLECIMIENTO

CREADO POR ÉL EN 1855,

Y ENRIQUECIDO CONSTANTEMENTE CON CUANTOS INVENTOS SE VERIFICAN.

CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚM. 27, CONTIGUO AL TEATRO,
MADRID.

El Sr. Juliá ha sido premiado en tres Exposiciones Universales y tres Nacionales, por la Sociedad Económica Matritense, condecorado seis veces en España y el extranjero, y miembro del Jurado en la Exposición Nacional de 1873 en Madrid.

Es una especialidad en varios trabajos de su arte, como en retratos de niños de corta edad; los que, sacados de cualquiera clase de retrato antiguo, bien sea de Daguerreotipo ó de otra, aumenta hasta el natural, haciéndolos en fotografía sólo, ó coloridos despues al óleo; igualmente se dedica á las reproducciones de todo objeto de arte, y otros que se pueden ver en las exposiciones permanentes que tiene en su propio local; por cuyo motivo, sólo puede recomendar, á quien no conozca su Establecimiento, que lo visite y juzgará por sí mismo.

Tiene á la venta los artículos más superiores, modernos y de mejor gusto que producen las mejores fábricas de Europa, en marcos, estuches y todo objeto para la colocacion del retrato; en aparatos, productos químicos y todos los útiles necesarios al fotógrafo, con vistas de todo el globo, etc., etc., etc.

CASA EN PARIS, 50, FAUBOURG SAINT-DENIS, con fábrica especial de útiles para fotógrafos.

Madrid, 1873.—Imp. de R. Labajos, Cabeza, 27.



PARA EL AÑO 1874.

B. A.
4915

ER 530

RETRATOS EJECUTADOS POR JULIÁ,

QUE ESTÁN Á LA VENTA, HABIÉNDOLOS EN SU MAYOR NÚMERO DESDE TARJETA
HASTA EL TAMAÑO NATURAL.

LITERATURA.

- Sres. Aguilera (D. V. R.)
- » Alarcon.
 - » Amador de los Rios.
 - » Andilla (Baron de)
 - » Asquerino.
 - » Ayala.
 - » Ayguals de Izco.
 - » Bañares.
 - » Bárcia (D. R.).
 - » Belza.
 - » Bermejo (D. I.).
 - » Blasco (D. E.).
 - » Bona (D. F.).
 - » Bono y Serrano.
 - » Bustillo.
 - » Campoamor.
 - » Campo y Navas.
 - » Camprodon.
 - » Cazorro.
 - » Cervantes (reproduccion).
 - » Correa.
 - » Cupigni.
 - » Diana.
 - » Diaz (D. J. M.).
 - » Diaz y Perez.
 - » Eguilaz.
 - » Echevarria.
 - » Escobar.
 - » Eserich.
 - » Fernandez Cuesta.
 - » Fernandez y Gonzalez
 - » Ferrer del Couto.
 - » Flores (D. A.).
 - » Frontaura.
 - » Garcia Cadena.
 - » Garcia Gutierrez.
 - » Gaya.
 - » Guerrero.
 - » Gutierrez de Alba.
 - » Hartzenbusch.
 - » Helguero.
 - » Henao y Muñoz.
 - » Hurtado.
 - » Ibo Alfaro.
 - » Inza.
 - » Janer (D. F.).
 - » Larra (D. L. M.).
 - » Marco.
 - » Mata (D. P.).

Sres. Menendez.

- » Mesonero Romanos.
- » Milans y Navarrete.
- » Navarrete.
- » Nogués.
- » Nombela (D. J.).
- » Nuñez de Arce.
- » Ortiz de Pinedo.
- » Palacio (D. M. del).
- » Palau y Coll.
- » Pedrosa.
- » Picon.
- » Pina.
- » Pirala.
- » Príncipe.
- » Puente y Brañas.
- » Quintana (reproduccion).
- » Ramirez.
- » Retes.
- » Rico y Amat.
- » Rioja.
- » Rivera (D. L.).
- » Rivera Delgado.
- » Rosa Gonzalez.
- » Rubi (D. T. R.).
- » Santisteban.
- » Santivañes.
- » Serra.
- » Segovia.
- » Tamayo y Baus (D. M.).
- » Trueba.
- » Vega (D. V.).
- » Villergas.
- » Zumel.

POLÍTICA.

Sres. Abascal.

- » Alcalá Galiano.
- » Alaminos (General).
- » Arrazola.
- » Baldrich (General).
- » Caballero de Rodas (idem).
- » Calvo Asensio.
- » Cardenal (D. Víctor).
- » Catalina (D. S.).
- » Corradi.
- » De Blas (D. Bonifacio)
- » Echagüe (General).
- » Echegaray.

Sres. Espartero (General).

- » Fernandez de los Rios.
- » Figuerola.
- » Galdo.
- » Garcia Ruiz (D. E.).
- » Garcia Ruiz (D. G.).
- » Gasset y Artime.
- » Gutierrez de la Vega.
- » Hidalgo (General).
- » Lersundi (id.).
- » Lopez Dominguez (id)
- » Marfori.
- » Martos (D. Cristino).
- » Medina (D. Tristan).
- » Mendez Nuñez.
- » Milans del Bosch.
- » Molins (Marqués de).
- » Molini (D. Luis).
- » Montejo (D. Telesforo).
- » Montemar (Marqués de)
- » Montero Rios.
- » Moreno Benitez.
- » Moyano.
- » Olózaga (D. Salustiano).
- » Olózaga (D. J.).
- » Orense (D. J.).
- » Orense (D. A.).
- » Ortiz y Casado.
- » Peitain (General).
- » Pacheco (D. Joaquin).
- » Palacios (General).
- » Pavia (General).
- » Perales (Marqués de).
- » Perez Zamora.
- » Pinzon (General).
- » Rivero (D. Nicolás).
- » Rios y Rosas (D. A.).
- » Rojo Arias.
- » Romero Ortiz.
- » Rosales (General).
- » Ruiz Gómez.
- » Ruiz Zorrilla.
- » Sagasta (D. P. M.).
- » Sagasta (D. Teodoro).
- » Santa Ana (D. M.).
- » San Luis (Conde de).
- » Sanson.
- » Socías (General).
- » Sivila (id.).
- » Topete (id.).

ALMANAQUE DE E. JULIÀ

PARA

1874



CONTIENE COMPOSICIONES LITERARIAS

DE LOS SEÑORES

AGUILERA, BRETON DE LOS HERREROS,
CAMPOAMOR, CORRADI, DIANA, ECHEVARRÍA, EGUÍLAZ, FERNANDEZ DE LOS RIOS,
GARCÍA CADENA, GASSET Y ARTIME, GUERRERO, HARTZENBUSCH,
HENAO Y MUÑOZ, HURTADO, CHARLES, LOMA,
NUÑEZ DE ARCE, OSSORIO Y BERNARD, PALACIO, PEDROSA, PIRALA, RIOS ROSAS,
RODRIGUEZ RUBÍ, ROSA GONZALEZ, SANCHEZ PASTOR,
SANTIBAÑES, SANTISTÉBAN, SANTOS Y ÁLVAREZ, TRUEBA, ZUMEL
Y OTROS DISTINGUIDOS LITERATOS.

SE VENDE Á 4 REALES

EN TODAS LAS LIBRERÍAS,

y se regala á todo el que se retrate en el Establecimiento de Julià.



FOTOGRAFÍA

CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚMERO 27. — MADRID.

1873.

Cuatro estaciones.

Primavera, el 21 de Marzo á la 1 h. 29 m. de la madrugada.

Estío, el 21 de Junio á las 9 h. 51 m. de la noche.

Otoño, el 23 de Setiembre, á las 12 h. 5 m. del día.

Invierno, el 22 Diciembre á las 6 h. de 8 m. de la mañana.

Cuatro tómporas.

1.^a—El 25, 27 y 28 de Febrero.

2.^a—El 27, 29 y 30 de Mayo.

3.^a—El 16, 18 y 19 de Setiembre.

4.^a—El 16, 18 y 19 de Diciembre.

Eclipses de sol y luna.

ABRIL 16.—Eclipse total de sol, *invisible* en San Fernando.

MAYO 1.^o—Eclipse parcial de luna, *invisible*.

OCTUBRE 10.—Eclipse anular de sol, *invisible*.

OCTUBRE 25.—Eclipse total de luna, en parte *visible*.

Fiestas movibles.

Septuagésima, 1.^o de Febrero.

Miércoles de Ceniza, 18 de id.

Pascua de Resurreccion, 5 de Abril.

Ascension del Señor, 14 de Mayo.

Pascua de Pentecostés, 24 de Mayo.

Santísimo Corpus Christi, 4 de Junio.

Fiestas suprimidas.

Días segundo y tercero de las Pascuas de Resurreccion, Pentecostés y Navidad. —24 de Febrero, San Matías.—1.^o de Mayo, San Felipe y Santiago.—3 id., la Invenccion de la Santa Cruz.—13 Junio, San Antonio de Pádua.—24 id., San Juan Bautista.—26 Julio, Santa Ana.—10 Agosto, San Lorenzo.—24 id., San Bartolomé.—21 Setiembre, San Mateo.—29 id., San Miguel Arcángel.—28 Octubre, San Simon y San Judas.—15 Noviembre, San Eugenio.—30 id., San Andrés.—21 Diciembre, Santo Tomás.—28 id., Los Santos Inocentes.—31 id., San Silvestre.

Velaciones.

Abrense el 7 de Enero y el 13 de Abril.

Ciérranse el 17 de Febrero y el 28 de Noviembre.

Épocas célebres.

Este año es del período Juliano el. 6587
De la creacion del mundo, segun el

P. Petavio. 5857

Del diluvio universal. 4022

De la poblacion de España. 4118

De la de Madrid. 4043

De la primera invasion de los cartagineses en España. 2573

De la invasion de los romanos. 2083

De la Era cristiana. 1874

De la invasion de los godos. 1463

De la invasion de los árabes. 1564

De la invencion de la imprenta. 434

Del Pontificado de Pio IX. 29

Días en que se saca ánima.

Día 1.^o y 24 de Febrero; 7, 8, 15, 27 y 28 de Marzo; 8 de Abril; 28 y 30 de Mayo.

Órdenes.

Se dan el 28 Febrero, 21 Marzo, 4 Abril, 30 Mayo, 19 Setiembre y 19 Diciembre.

Férias.

Zaragoza, todos los juéves.—*Enero* 4, Peralta de la Sal; 29, Castelnou; 31 Benasque.—*Febrero* 1, 2 y 3, Benabarre; 2, Barbastro é Hija; 3, Huesca; 23, Sariñena.—*Marzo* 7, Caspe; 15, Graus, Monzon y Tamarite de Litera; 19, Naval, Montalban; 23 al 28, Sariñena; 25, Calamocha.—*Abril* 5 al 7, Alcañiz; 7, Caspe; 21, Boltaña; 25, Caspe; 30, Egea de los Caballeros.—*Mayo* 1, Sádaba; 8, Biescas y Monzon; 10, Pina; 12, Almudévar; 20, Sos; 30, Teruel.—*Junio* 1, Daroca; 26, Jaca; 29, Calamocha.—*Julio* 10, Montalban; 25, Monreal del Campo.—*Agosto* 10, Huesca y Alcañiz; 24, Fraga; 28, Tarazona, Benabarre y Cantavieja.—*Setiembre* 1, Alagon, Manzaneda y Molina; 2, Valderrobles; 8, Aliaga, Barbastro, Calatayud, Benasque y Tolva; 12, Alcoriza y Cariñena; 13, Sádaba y Plasencia de Jalon; 14, Albarracin, Alloza, Hija, Monzan y Orihuela; 17, 18 y 19, Zaragoza; 18, 19 y 20, Ateca; 20, Puebla de Montalban; 21, Ayerbe, Borja é Hija; 24, Cedrillas; 25, Albalate del Arzobispo; 26, Cella; 28, Tarazona; 29, Graus, Samper, Teruel, y en Calanda 15 días.—*Octubre* 1, Mora de Rubielos; 4, Alcalá de la Selva, Alcolea del Cinca y Montalban; 6, Pina; 12, Benasque y Santa Eulalia.

ENERO.

- 1 Juév. † LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR.
- 2 Viér. Venida de la Virgen á Zaragoza.
- Llena á las 7 h. 11 minutos de la noche, en Cáncer.—*Hielos que degeneran en lluvia ó nieve.*
- 3 Sáb. S. Isidoro, ob., y Sta. Genoveva.
- 4 Dom. S. Tito, ob., y Sta. Benita, virgen y mártir.
- 5 Lún. S. Telesforo, p. y mr.
- 6 Már. † Stos. REYES Melchor, Gaspar y Baltasar.
- 7 Miér. Stos. Julian y Raimundo de Penafort.—*Abrense las velaciones.*
- 8 Juév. Stos. Luciano, mr., y Severino.
- 9 Viér. Stos. Marcelino y Basilisa, mrs.
- 10 Sáb. Stos. Gonzalo y Nicanor, mrs.
- ③ Menguante á las 8 h. 3 m. de la noche, en Libra.—*Aunque siga el hielo cede en esta fase.*
- 11 Dom. Stos. Higinio, p., y Salvio, mrs.
- 12 Lún. Stos. Benito y Arcadio, conf.
- 13 Már. Stos. Gumersindo, mr., y Leoncio, ob., y Sta. Verónica.
- 14 Miér. Stos. Hilario, ob. y dr., y Félix.
- 15 Juév. Stos. Mauro, ab., y Pablo.
- 16 Viér. S. Marcelo, p., S. Fulgencio, ob.
- 17 Sáb. S. Antonio, ab.
- 18 Dom. El Dulce Nombre de Jesús.
- ④ Nueva á las 8 h. y 8 m. de la mañana, en Capricornio.—*Lluvia ó nieve con aumento de frío.*
- 19 Lún. Stos. Ponciano y Canuto, rey.
- 20 Már. Stos. Fabian y Sebastian.—*Sol en Acuario.*
- 21 Miér. S. Fructuoso, ob., y Sta. Inés, vg. y mr.
- 22 Juév. S. Vicente († en Huesca y en Valencia).
- 23 Viér. S. Ildefonso, arz. († en Madrid).
- 24 Sáb. La Virgen de la Paz y S. Timoteo.
- 25 Dom. Stos. Pablo converso y Elvira.
- ⑤ Creciente á 0 h. 51 m. de la mañana, en Tauro.—*Disminuye el frío y algún día de viento recio.*
- 26 Lún. S. Policarpo, mr., y Sta. Paula.
- 27 Már. S. Juan Crisóstomo, ob. y dr.
- 28 Miér. S. Julian, ob.
- 29 Juév. S. Valero, ob. († en Zaragoza.)
- 30 Viér. Sta. Martina, vg. y mr., y San Lesmes, ab.
- 31 Sáb. S. Pedro Nolasco.

FEBRERO.

- 1 Dom. de Septuagésima. Stos. Ignacio y Cecilio, obs. y mrs.—*Anima.*
- Llena á las 11 h. 44 m. de la mañana, en Leo.—*Dos ó tres días de calor, aproximándose á los 17 del centígrado en climas como Madrid y Zaragoza, originándose algunos chaparrones con truenos.*
- 2 Lún. LA PURIFICACION DE NTRA. SRA.
- 3 Már. S. Blas, y el beato Longobardo.
- 4 Miér. S. Andrés Corsino.
- 5 Juév. Sta. Agueda, vg.
- 6 Viér. Smo. Misterio y Sta. Dorotea.
- 7 Sáb. S. Ricardo, rey, y S. Romualdo.
- 8 Dom. de Sexagésima. S. Juan de María.—*Absolucion en la Trinidad.*
- 9 Lún. S. Nicéforo y Sta. Polonia.
- ③ Menguante á las 4 h. y 37 m. de la tarde, en Escorpio.—*Unos días de buen temple, otros malo con propension á lluvia ó viento recio.*
- 10 Már. S. Guillermo y Sta. Escolástica.
- 11 Miér. Stos. Desiderio, ob., y Jonás.
- 12 Juév. Sta. Eulalia, vg. y mr.
- 13 Viér. Sta. Catalina de Rizzis, domin.
- 14 Sáb. Bto. Juan Bautista de la Concepcion.—*Absol. en la Trinidad.*
- 15 Dom. de Quincuagésima. Stos. Faustino y Jovita.
- 16 Lún. Stos. Gregorio X y Elías, mr.
- ④ Nueva á las 7 h. y 2 m. de la noche, en Acuario.—*Casi iguala el frío al más fuerte de la estación.*
- 17 Már. S. Alejo y Sta. Constanza, vg.—*Cierranse las velaciones.*
- 18 Miér. de Ceniza. S. Eladio. *Abstin.*
- 19 Juév. S. Conrado.—*Sol en Piscis.*
- 20 Viér. Stos. Leon y Eleuterio.—*Abstin.*
- 21 Sáb. Stos. Félix, ob., y Ovidio, confs.
- 22 Dom. I de Cuaresma. La Catedral en Antioquia.
- ⑤ Creciente á las 10 h. y 54 m. de la mañana, en Géminis.—*Vientos recios y al cesar buen tiempo, viniendo este el 28.*
- 23 Lún. Sta. Margarita de Cortona.
- 24 Már. S. Matías, ap.
- 25 Miér. Nuestra Señora de Guadalupe.
- 26 Juév. Stos. Faustino, ob., y Cesáreo.
- 27 Viér. S. Alejandro y S. Baldomero.—*Abstinencia.*
- 28 Sáb. Stos. Roman, ab., y Macario, mr.

MARZO.

- 1 Dom. *II de Cuaresma*. S. Rosendo.
- 2 Lún. Stos. Simplicio, p., y Lucio, ob.
- 3 Mar. Stos. Emeterio y Celedonio, mrs.
- Llena á las 5 h. 54 m. de la madrugada, en Virgo.—*Dos ó tres días de calor, excediendo los 20 del centig. en Madrid y Zaragoza.*
- 4 Miér. Stos. Casimiro, Pio y Cayo.
- 5 Juév. Stos. Eusebio y Adriano, mr.
- 6 Viér. Stos. Cirilo y Olegario.—*Abstin.*
- 7 Sáb. Sto. Tomás de Aquino, dr.
- 8 Dom. *III de Cuaresma*. S. Juan de Dios.—*B. P. en su iglesia. Anima.*
- 9 Lún. Sta. Francisca, viuda romana.
- 10 Már. S. Crescencio y Meliton, mrs.
- 11 Miér. Stos. Constantino y Aurea, vg.
- ☉ Menguante á las 9 h. 42 m. de la mañana, en Sagitario.—*Buen temple hasta que llueve ó levanta viento refrescando.*
- 12 Juév. S. Gregorio el Magno, p. y dr.
- 13 Viér. Stos. Leandro, ob., y Eufrasia.
- 14 Sáb. Stas. Matilde y Florentina, vg.
- 15 Dom. *IV de Cuaresma*. S. Raimundo.
- 16 Lún. Stos. Félix y Abraham, solitario.
- 17 Már. S. Patricio, ob. de Irlanda.
- 18 Miér. S. Gabriel, arcángel, y S. Braulio, ob.
- ☉ Nueva á las 5 h. y 10 m. de la madrugada, en Piscis.—*Siguen los mismos incidentes atmosféricos.*
- 19 Juév. S. José, patrono de la Iglesia.
- 20 Viér. Stos. Ambrosio y Eufemia.
- 21 Sáb. S. Benito, ab. y f.—*Sol en Aries.*
- PRIMAVERA.
- 22 Dom. *de Pasión*. S. Deogracias, ob.
- 23 Lún. S. Victoriano, y el beato José Oriol.
- 24 Már. Stos. Agapito, ob., y Segundo.
- ☾ Creciente á las 10 h. 39 m. de la noche, en Cáncer.—*Vuelve el calor aproximándose á los 26 del centig., ocasionando en algunos puntos chaparrones.*
- 25 Miér. † LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA.
- 26 Juév. Stos. Teodoro, ob., y Cástulo.
- 27 Viér. Los Dolores de Ntra. Sra.
- 28 Sáb. Stos. Sixto, p., y Esperanza.
- 29 Dom. *de Ramos*. S. Bertoldo, cf.
- 30 Lún. S. Juan Climaco, ab.
- 31 Már. Sta. Balbina, vg. y mr.

ABRIL.

- 1 Miér. Stos. Venancio y Teodora.—*Abstin. hoy y los tres días siguientes.*
- Llena á las 11 h. y 27 m. de la noche, en Libra.—*Sigue la temperatura elevada con lluvia, truenos y vientos.*
- 2 Juév. Santo. S. Francisco de Paula, f.
- 3 Viér. Santo. S. Benito de Palermo, cf.
- 4 Sáb. Santo. S. Isidoro, arz. de Sevilla.
- 5 Dom. *de Resurrección*. S. Vicente Ferrer.—*B. P. en S. Agust. y Mñ.*
- 6 Lún. Stos. Celestino, p., y Guillermo.
- 7 Már. S. Epifanio.—*B. P. en el Cárm.*
- 8 Miér. S. Alberto el Magno, ob. y dr.—*Anima.*
- 9 Juév. Stas. Casilda y María Cleofé.
- ☉ Menguante á las 10 h. y 28 m. de la noche, en Capricornio.—*Lluvia ó vientos récios.*
- 10 Viér. Stos. Daniel y Ezequiel, prof. y Macario, ob. y cf.
- 11 Sáb. S. Leon I el Magno, p. y dr.
- 12 Dom. *de Cuasimodo*. Stos. Julio y Victor.
- 13 Lún. S. Hermenegildo († en Valencia).
- 14 Már. S. Pedro Gonzalez Telmo.
- 15 Miér. Stas. Basilisa y Anastasia, mrs.
- 16 Juév. Sta. Engracia, vg. y mr.
- ☉ Nueva á las 2 h. de la tarde, en Aries.—*Sigue el tiempo inclinado á lo mismo.*
- 17 Viér. La bta. María Ana de Jesús.
- 18 Sáb. S. Aniceto y S. Apolonio, ab.
- 19 Dom. Stos. Hermógenes y Rufo.
- 20 Lún. Stos. Cesáreo é Inés de Montepulciano.—*Sol en Tauro.*
- 21 Már. S. Anselmo, ob. y dr.
- 22 Miér. Stos. Sotero y Cayo, ps. y mrs.
- 23 Juév. S. Jorge, mr., patron de Aragón y Cataluña.
- ☾ Creciente á las 12 h. y 12 m. de la mañana, en Leo.—*Tronadas.*
- 24 Viér. S. Fidel, capuchino, mr.
- 25 Sáb. S. Marcos, evangelista.
- 26 Dom. El Patrocinio de S. José, y San Cleto.
- 27 Lún. Stos. Pedro Armengol y Zita.
- 28 Már. Stos. Prudencio, ob., y Vidal, mrs.
- 29 Miér. S. Pedro de Verona, mr., dominico.
- 30 Juév. Sta. Catalina de Sena, vg., y Stos. Jaime, Mariano y comp. mrs.

MAYO.

- 1 Viér. Stos. Felipe y Santiago, apóst.
- Llena á las 4 h. 18 m. de la tarde, en Escorpio.—*Lluvia copiosa donde no se apodera el Norte.*
- 2 Sáb. S. Atanasio, ob.—*Aniv. por los primeros mártires de la Independ. en Madrid.—Fiesta Nacional.*
- 3 Dom. El Hallazgo de la Sta. Cruz.
- 4 Lún. Sta. Mónica, vda., y S. Florian.
- 5 Már. La Conversion de S. Agustín.
- 6 Miér. S. Juan en el martirio de la Tina, y Sta. Benita, viuda.
- 7 Juév. S. Estanislao, ob. y mr.
- 8 Viér. La Aparicion de S. Miguel Arcángel, y S. Víctor, mr.
- 9 Sáb. S. Gregorio, ob. de Nacianzo.
- ③ Menguante á las 7 h. 20 m. de la mañana, en Acuario.—*Truenos, relámpagos, pedrizcos y rayos del 12 al 14.*
- 10 Dom. La Virgen de los Desamparados.
- 11 Lún. Stos. Mamerto y Florencio.
- 12 Már. Sto. Domingo de la Calzada, cf.
- 13 Miér. S. Pedro Regalado († en Valladolid).
- 14 Juév. † LA ASCENSION DEL SEÑOR.
- 15 Viér. † S. Isidro Labrador, patron de Madrid.
- Nueva á las 10 h. 25 m. de la noche, en Tauro.—*Sigue la misma inclinacion donde no haya levantado fuerte Norte y frio.*
- 16 Sáb. S. Juan Nepomuceno, mr.
- 17 Dom. S. Pascual Bailon, cf., aragonés.
- 18 Lún. S. Félix de Cantalicio.
- 19 Már. Sta. Emerenciana († en Teruel).
- 20 Miér. S. Bernardino de Sena, cf.
- 21 Juév. S. Victorio.—*Sol en Géminis.*
- 22 Viér. Stas. Rita, vda., y Quiteria, vg.
- 23 Sáb. La Apar. de Santiago.—*Abstin.*
- ④ Creciente á las 3 h. 27 m. de la mañana, en Virgo.—*Tronadas.*
- 24 Dom. PÁSCUA DE PENTECOSTÉS.
- 25 Lún. Stos. Gregorio y Urbano, ps.
- 26 Már. S. Felipe Neri.
- 27 Miér. Sta. Magdalena de Pazzis.
- 28 Juév. Stos. German y Justo, ob.
- 29 Viér. S. Máximo, ob., y Sta. Teodosia.
- 30 Sáb. Stos. Fernando, rey, y Gabino.
- 31 Dom. La Santísima Trinidad.
- Llena á las 6 h. 54 m. de la mañana, en Sagitario.—*Llegan las tronadas á donde no llegaron en la fase anterior.*

JUNIO.

- 1 Lún. S. Iñigo, ab. († en Calatayud.)
- 2 Már. Stos. Pedro exorcista, y Erasmo, mrs.
- 3 Miér. Stos. Isaac, mong., y Clotilde.
- 4 Juév. † SMMUM. CORPUS CHRISTI.
- 5 Viér. Stos. Sancho, mr., y Quirino, ob. y mr., y S. Bonifacio, arz.
- 6 Sáb. S. Norberto, ob. y cf.
- 7 Dom. S. Roberto, abad.
- ⑤ Menguante á la 1 h. y 26 m. de la tarde, en Piscis.—*Temporales de lluvia ó viento recio.*
- 8 Lún. Stos. Medardo y Salustiano, cf.
- 9 Már. Stos. Primo y Feliciano, mrs.
- 10 Miér. Sta. Margarita, rei. de Escocia.
- 11 Juév. S. Bernabé, ap. († en Logroño.)
- 12 Viér. El Sagrado Corazon de Jesús, y S. Onofre.
- 13 Sáb. S. Antonio de Pádua, cf.
- 14 Dom. S. Basilio el Magno.
- ⑥ Nueva á las 7 h. de la mañana, en Géminis.—*Siéntense algunos días de calor y tempestades.*
- 15 Lún. Stos. Vito, Modesto y Crescencio, mrs.
- 16 Már. S. Benon, ob., y S. Juan de Regis.
- 17 Miér. S. Manuel y comps. mrs.
- 18 Juév. Stos. Ciriaco y Pula.
- 19 Viér. Stos. Lamberto, Gervasio y Protasio.
- 20 Sáb. Stos. Silverio, p., y Nobato.
- 21 Dom. S. Luis Gonzaga.—*Sol en Cáncer.—ESTIO.*
- ⑦ Creciente á las 8 h. y 9 m. de la noche, en Libra.—*Sigue el temporal de lluvia, viento y refresca.*
- 22 Lún. S. Paulino, ob., y S. Acacio, mr.
- 23 Már. Stos. Juan, mr., y Agripina, vg.
- 24 Miér. La Natividad de S. Juan Bautista.
- 25 Juév. Sta. Orosia, vg. y mr., S. Guillermino, y Sta. Lucia, vg.
- 26 Viér. Stos. Juan y Pablo, herms. mrs.
- 27 Sáb. S. Ladislao, rey, y S. Zoilo.—*Abstinencia.*
- 28 Dom. S. Leon II, papa.
- 29 Lún. † S. PEDRO y S. PABLO APÓSTOLES.
- Llena á las 6 h. 56 m. de la tarde en Capricornio.—*Calor y truenos.*
- 30 Már. La Conmemoracion de S. Pablo y S. Marcial, ob.

JULIO.

- 1 Miér. Stos. Casto, ob. y mr., y Leonor.
- 2 Juév. La Visitacion de Ntra. Señora.
- 3 Viér. Stos. Trifon y Heliodoro.
- 4 Sáb. Sta. Isabel, infanta de Aragon.
- 5 Dom. S. Miguel de los Santos.
- 6 Lún. Stos. Isaias, prof., y Rómulo, ob.
- ⑨ Menguante á las 6 h. 9 m. de la tarde, en Aries.—*El día 9 ó 10 ráfagas de viento recio.*
- 7 Már. S. Fermin, ob. († en Navarra.)
- 8 Miér. S. Auspicio, ob., y S. Procopio.
- 9 Juév. Stos. Cirilo y Cenon, mrs.
- 10 Viér. S. Cristóbal, mr., y Sta. Amalia, vg.
- 11 Sáb. S. Pio I, p. y mr., y S. Laureano, arzobispo.
- 12 Dom. S. Juan Gualberto, ab. y f.
- 13 Lún. S. Anacleto, p. y mr.
- ⑤ Nueva á las 4 h. 36 m. de la tarde, en Cáncer.—*Dos ó tres días de calor fuerte.*
- 14 Már. San Buenaventura, arz. y dr.
- 15 Miér. S. Enrique y San Camilo de Lellis, fr.
- 16 Juév. El Triunfo de la Santa Cruz, y Ntra. Sra. del Carmen.
- 17 Viér. S. Alejo, cf., y Sta. Generosa, mártir.
- 18 Sáb. Sta. Sinforosa y siete hijos mrs.
- 19 Dom. Stos. Vicente de P., Justa y Rufina.
- 20 Lún. Stos. Elías y Librada († en Sigiienza).
- 21 Már. Sta. Práxedes, vg. y mr.
- ⑥ Creciente á la 1 h. 40 m. de la tarde, en Libra.—*Truenos y vientos muy generalizados.*
- 22 Miér. Sta. María Magdalena, penitente.—*Sol en Leo.*—CANICULA.
- 23 Juév. Stos. Apolinar y Liborio, obs.
- 24 Viér. Sta. Cristina, vg. y mr.—*Vigil.*
- 25 Sáb. † SANTIAGO APÓSTOL, patron de España.
- 26 Dom. Sta. Ana, madre de la Virgen.
- 27 Lún. S. Pantaleon.
- 28 Már. Stos. Nazario y Celso, mrs.
- 29 Miér. Stas. Marta y Beatriz, mrs.
- Llena á las 4 h. 51 m. de la mañana, en Acuario.—*El calor mueve tempestades.*
- 30 Juév. Stos. Abdon y Senen, mrs.
- 31 Viér. S. Ignacio de Loyola.

AGOSTO.

- 1 Sáb. S. Pedro entre las cadenas.
- 2 Dom. Ntra. Sra. de los Angeles.
- 3 Lún. Hallazgo de S. Estéban, proto-mártir.
- 4 Már. Sto. Domingo de Guzman, fr.
- ⑩ Menguante á las 10 h. 55 m. de la noche, en Tauro.—*En los puntos donde no levanta viento iguala el calor al más fuerte de la estacion.*
- 5 Miér. Ntra. Sra. de las Nieves y San Emigdio.
- 6 Juév. La Transfiguracion del Señor.
- 7 Viér. Stos. Cayetano, fr., y Alberto.
- 8 Sáb. Stos. Ciriaco, Largo y Smaragdo.
- 9 Dom. Stos. Justo, Pastor y Roman, mártires.
- 10 Lun S. Lorenzo.—*Absol. en la Merc.*
- 11 Már. Stas. Susana, vg., y Filomena.
- 12 Miér. Sta. Clara, vg. y fundadora.
- ⑤ Nueva á las 4 h. y 8 m. de la mañana, en Leo.—*Aunque este aspecto entra caluroso, viene el Norte soplando fuerte y refresca.*
- 13 Juév. Stos. Casiano é Hipólito, mrs.
- 14 Viér. S. Eusebio, pbro. y cf.—*Abstin.*
- 15 Sáb. † LA ASUNCION DE NTRA SRA.
- 16 Dom. Stos. Joaquin y Roque, cf.
- 17 Lún. Stos. Mamés y Liberato, mrs.
- 18 Már. Stos. Agapito y Elena, emperat.
- 19 Miér. Stos. Magin y Luis, ob. de Toluca.
- 20 Jcév. S. Bernardo, abad.
- ⑥ Creciente á las 7 h. y 1 m. de la mañana, en Escorpio.—*El Sud modera la temperatura tirando á calurosa.*
- 21 Viér. Sta. Juana Francisca Fremiot.
- 22 Sáb. Stos. Timoteo y Filiberto, mrs.
- 23 Dom. Purísimo Corazon de María.—*Sol en Virgo.*
- 24 Lún. S. Bartolomé, apóstol.
- 25 Már. Stos. Ginés, not., y Ginés, cóm.
- 26 Miér. Stos. Ceferino, p., y Licer, ob.
- 27 Juév. S. José Calasanz, prot. de aflag.
- Llena á la 1 h. y 37 m. de la tarde, en Piscis.—*Tronadas generales y brisas.*
- 28 Viér. S. Agustin, ob., dr. y fr.
- 29 Sáb. La Degollacion de S. Juan Bautista.
- 30 Dom. Ntra. Sra. de la Correa y Santa Rosa.—*B. P. en S. Agustin.*
- 31 Lún. S. Ramon Nonato.

SEPTIEMBRE.

- 1 Már. Stos. Gil, ab., Arturo y Lupo.
- 2 Miér. S. Antolin, mr.—*SALE LA CANICULA.*
- 3 Juév. Stos. Sandalio, mr. y Serapia.
- ③ Menguante á las 5 h. 2 m. de la mañana, en Géminis.—*Las tempestades que aun siguen en el Norte refrescan la atmósfera.*
- 4 Viér. Stas. Cándida y Rosalía, vgs.
- 5 Sáb. Stos. Lorenzo y Victoriano, obs.
- 6 Dom. Stos. Angel Custodio y Eugenio.
- 7 Lún. Sta. Regina y la Virgen de los Reyes.
- 8 Már. † LA NATIVIDAD DE NTRA. SRA.
- 9 Miér. Stos. Gorgonio y María de la Cabeza.
- 10 Juév. Stos. Pulqueria y Nicolás de Tolentino.
- ④ Nueva á las 6 h. y 19 m. de la tarde, en Virgo.—*Temperatura propia de la estación.*
- 11 Viér. Stos. Proto, Jacinto y Paciente.
- 12 Sáb. Stos. Eulogio, ob., y Leoncio, mrs.
- 13 Dom. Dulce nombre de María, y San Amado.
- 14 Lún. La Exaltacion de la Sta. Cruz.
- 15 Már. Stos. Nicomedes, Emilas y Jeremías.
- 16 Miér. Stos. Rogelio y Cipriano, ob.
- 17 Juév. S. Pedro Arbués, mr. en Zarag.
- 18 Viér. Sto. Tomás de Villanueva, arz.
- ⑤ Creciente á las 11 h. 13 m. de la noche, en Sagitario.—*Truenos.*
- 19 Sáb. S. Genaro, cuya sangre hierve hoy, y S. Rodrigo, ab.
- 20 Dom. Los Dolores de Nuestra Señora.
- 21 Lún. Stos. Mateo, ap., é Infigenia, vg.
- 22 Már. S. Mauricio, de la legion Tebea.
- 23 Miér. Sta. Tecla, vg. y mr. († en Taragona.)—*Sol en Libra.*—OTOÑO.
- 24 Juév. Nuestra Señora de la Merced.
- 25 Viér. Stas. María del Socors y Pantarria, vg., y S. Lope, cf.
- Llena á las 10 h. 14 m. de la noche, en Aries.—*Inclina el tiempo á frio.*
- 26 Sáb. S. Orencio, ob., y Sta. Justina, vg. y mr.
- 27 Dom. Stos. Cosme y Damian, mrs.
- 28 Lún. S. Wenceslao, y el bto. Simon.
- 29 Már. La Dedicacion de S. Miguel Arcángel.—*B. P. en los Mínimos.*
- 30 Miér. Stos. Jerónimo, fr., y Sofia, vda.

OCTUBRE.

- 1 Juév. Stos. Remigio, ob., y Angel Custodio, y Sta. Julia, mr.
- 2 Viér. Sto. Angel de la Guarda.
- ③ Menguante á la 1 h. y 46 m. de la tarde, en Cáncer.—*Buen tiempo y alguna lluvia.*
- 3 Sáb. Stos. Cándido y Fausto, mrs.
- 4 Dom. Nuestra Señora del Rosario y S. Francisco de Asis.
- 5 Lún. Stos. Atilano y Froilan, obs. y S. Plácido y comps. mrs.
- 6 Már. Stos. Bruno, y Fé, vg. y mr.
- 7 Miér. Stos. Márcos, p., y Augusto, cf.
- 8 Juév. Stas. Brígida, vda., y Pelagia, penitente.
- 9 Viér. S. Dionisio Areopagita, ob. y mr.
- 10 Sáb. Stos. Francisco de Borja y Luis Beltran.
- ④ Nueva á las 11 h. 10 m. de la mañana, en Libra.—*Continúa el mismo tiempo.*
- 11 Dom. S. Nicasio, ob., abog. de pestes.
- 12 Lún. Nuestra Señora del Pilar. († en Aragon.)
- 13 Már. La Virgen del Remedio y San Eduardo.
- 14 Miér. Stos. Calixto y Fortunato.
- 15 Juév. Sta. Teresa de Jesús.
- 16 Viér. Stos. Florentin, mr., y Adelaida.
- 17 Sáb. Sta. Eduvigis, duq. de Polonia.
- 18 Dom. Stos. Lucas y Trifonia, empertz.
- ⑤ Creciente á la 1 h. 37 m. de la tarde, en Capricornio.—*Aunque nueva sigue el buen tiempo.*
- 19 Lún. S. Pedro de Alcántara, dr. y fr.
- 20 Már. Stos. Juan Cancio, é Irene, vg.
- 21 Miér. Stos. Hilarion, Ursula y 10.000 vírgenes.
- 22 Juév. Stos. Juan Capistrano y María Salomé.
- 23 Viér. S. Pedro Pascual.—*Sol en Escorpio.*
- 24 Sáb. S. Rafael Arcángel.
- 25 Dom. Stos. Crispin y Crispiniano, mrs.
- Llena á las 7 h. 29 m. de la mañana, en Tauro.—*Lluvias ó vientos recios.*
- 26 Lún. Stos. Evaristo, p., y Marciano.
- 27 Már. Stos. Vicente, Sabina y Cristeta.
- 28 Miér. Stos. Simon y Judas Tadeo, aps.
- 29 Juév. S. Narciso. († en el obispado de Gerona.)
- 30 Viér. Stos. Babil, ob., y Claudio, mr.
- 31 Sáb. Stos. Quintin y Urbano.—*Vigilia.*

NOVIEMBRE.

- 1 Dom. LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.
- 2 Menguante á las 2 h. 8 m. de la mañana, en Leo.—*Frios*.
- 3 Lún. La Conmemoracion de los difuntos, y S. Victoriano, mr.
- 4 Már. Los innumerables mártires de Zaragoza.
- 5 Miér. S. Carlos Borromeo, card. y cf.
- 6 Juév. Stos. Zacarias, prof. y mr., é Isabel, y S. Eusebio, mr.
- 7 Viér. Stos. Severo, ob., y Leonardo, ab.
- 8 Sáb. Stos. Florencio, ob., y Amaranto.
- 9 Dom. Los Cuatro Santos Coronados.
- 10 Lún. Stos. Teodoro y Cristo de Balag.
- 11 Nueva á las 5 h. 42 m. de la mañana, en Escorpio.—*Llueve y el temple es bueno*.
- 12 Már. S. Andrés, abog. de muert. rep.
- 13 Miér. S. Martin, ob. de Tours.
- 14 Juév. Stos. Diego y Millan de la Cogulla.
- 15 Viér. Stos. German, Estanislao de Koska, y S. Eugenio.
- 16 Sáb. S. Serapio, mr.
- 17 Dom. Patrocinio de Nuestra Señora.
- 18 Lún. Stos. Fidencio, ob., Rufino y comps.
- 19 Már. Stos. Gregorio, ob., y Gertrudis.
- 20 Creciente á las 2 h. 2 m. de la mañana, en Acuario.—*Vuelve el frio*.
- 21 Miér. Stos. Odon, ab., y Máximo, ob.
- 22 Juév. Sta. Isabel, vda., reina de Hungría.
- 23 Viér. S. Félix de Valois.
- 24 Sáb. La Presentacion de Ntra. Señora.
- 25 Dom. Sta. Cecilia, vg.—*Sol en Sagitario*.
- 26 Lún. Stos. Clemente, p., y Lucrecia.
- 27 Llena á las 5 h. 42 m. de la tarde, en Géminis.—*Lluvias ó vientos*.
- 28 Már. S. Juan de la Cruz, cf.
- 29 Miér. Sta. Catalina, vg.
- 30 Juév. Los Desposorios de Ntra. Sra.
- 31 Viér. Stos. Facundo y Primitivo, mrs.
- 32 Sáb. S. Gregorio III, p. y cf.
- 33 Dom. *I de Adviento*. S. Saturnino, mr.
- 34 Lún. Stos. Andrés, ap., Cástulo y Maura.
- 35 Menguante á las 6 h. y 37 m. de la tarde, en Virgo.—*Aunque esta fase entre benigna, hay probabilidad de que hiele al fin*.

DICIEMBRE.

- 1 Már. S. Eloy, ob., festej. por los plater.
- 2 Miér. Stas. Bibiana y Elisa, vgs. y mrs.
- 3 Juév. S. Francisco Javier († Navarra).
- 4 Viér. Sta. Bárbara, vg. y mr.—*Ayuno*.
- 5 Sáb. S. Pedro Crisólogo, ob. y dr.—*Ayuno*.
- 6 Dom. *II de Adviento*.—S. Nicolás de Bari y S. Pedro Pascual, ab. y mr.
- 7 Lún. Stos. Ambrosio y Agaton.
- 8 Már. LA PURÍSIMA CONCEPCION DE NTRA. SEÑORA.
- 9 Nueva á las 12 h. 14 m. de la noche, en Sagitario.—*Nieblas ó vientos*.
- 10 Miér. Sta. Leocadia, vg. († en Toledo.)
- 11 Juév. Ntra. Sra. de Loreto y Santa Eulalia.
- 12 Viér. Stos. Dámaso y Sabino.—*Ayuno*.
- 13 Sáb. Stos. Donato y Sisenio.—*Ayuno*.
- 14 Dom. *III de Adviento*. Sta. Lucia, vg.
- 15 Lún. Stos. Arsenio y Dióscoro, mrs.
- 16 Már. Stos. Eusebio, ob., y Cristina.
- 17 Miér. Stos. Valentin é hijo Concordio.
- 18 Creciente á las 12 h. 32 m. de la mañana, en Piscis.—*Sigue el cielo presentando la misma cara*.
- 19 Juév. Stos. Lázaro, y Franco de Sena.
- 20 Viér. Nuestra Sra. de la O, ó Espectacion.—*Ayuno*.
- 21 Sáb. S. Nemesio, ob. de Reims.—*Ayuno*.
- 22 Dom. *IV de Adviento*. Sto. Domingo de Silos.
- 23 Lún. Sto. Tomás, ap.—*Sol en Capricornio*.—INVIERNO.
- 24 Már. Stos. Demetrio y Zenon, mrs.
- 25 Miér. El bto. Nicolás Factor y Santa Victoria.
- 26 Llena á las 5 h. 4 m. de la tarde, en Cáncer.—*Buen tiempo*.
- 27 Juév. S. Delfín, ob.—*Abstinencia*.
- 28 Viér. LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.
- 29 Sáb. S. Estéban, proto ó primer mr.
- 30 Dom. S. Juan, apóstol y evangelista.
- 31 Lún. Los Stos. Inocentes, mrs.
- 32 Már. Sto. Tomás Cantuariense, arz.
- 33 Miér. La Traslacion de Santiago, ap.
- 34 Menguante á las 2 h. 44 m. de la tarde, en Libra.—*Hielos á propósito para empozar los que hacen crisis con abundante lluvia ó nieve*.
- 35 Juév. S. Silvestre, p., y Virgen de la Leche.





E. JULIÁ,
FOTÓGRAFO.

CUATRO PALABRAS AL LECTOR.

Al frente del ALMANAQUE del año 1873, que lleva mi nombre, indiqué la idea que me habia guiado en su publicacion: anunciar de una manera digna mi Establecimiento, regalando á mis clientes aquel libro, compuesto mediante la colaboracion de las personas distinguidísimas que se sirvieron honrarlo, graciosamente, con sus escritos. No contaba yo con beneficio alguno de otra especie; sin embargo, el mérito de aquellos trabajos literarios, seguramente más bien que el de los fotográficos que los acompañaban, hizo que el ALMANAQUE, puesto á la venta, despues de cumplir mi principal objeto, que excluia todo pensamiento de lucro, fuese acogido por el público en general con un favor tan notorio, que no pudo ménos de lisonjearme, animándome á dar á luz el del año 1874.

Muchos de los reputados colaboradores del primero lo son tambien del presente; otros, no ménos ilustres en la república de las letras, que no figuraron en él, vienen hoy á prestarme su generoso é importante concurso, dando así todos ellos un nuevo testimonio de aprecio al que estas líneas escribe, y que se complace en manifestarles su vivo reconocimiento.

Para corresponder á tan señalados favores, procuro, con cuanto celo me sugiere esta consideracion, conservar el buen nombre que tiene en España y en el extranjero mi Establecimiento, trabajando con la misma fé y con el mismo entusiasmo que siempre, sin perdonar afanes, dispendios ni sacrificios, por costosos que sean, en obsequio del público y del arte, que, desde su invento, ha marcado uno de los más grandes progresos de nuestro siglo, y estudiando con infatigable perseverancia los medios de perfeccionarlo.

Antes de concluir, permítaseme consignar aquí que, desde la publicacion del primer ALMANAQUE al que hoy sale á luz, he recibido de corporaciones sábias, Jurados de Exposiciones y particulares, pruebas inequívocas de que, si no el mérito de mis trabajos—que yo no he de apreciar,—la benevolencia de los que los examinaron y calificaron, ha hecho se consideren no de todo punto estériles mis esfuerzos, otorgándome recompensas honoríficas, que son las que más pueden satisfacer al que camina impulsado por la noble aspiracion de ser útil á su patria, cultivando uno de los ramos que, con otros, dan hoy ventajosa idea de su actividad y de su cultura.

EUSEBIO JULIÁ.

JUICIO DEL AÑO.

Será un año extraordinario
que eterna memoria deje,
y va estar el mundo entero
como una balsa de aceite.]
Lloverá á gusto de todos
y habrá en canícula nieves,
tabardillos en Enero
y castañas en Noviembre.
Nadie hablará de política,
que es juego que no divierte,
pues de ciento gana uno
y el que lo vé siempre pierde.
Los niños no fumarán
hasta que cumplan los veinte,
que ya podrán acostarse
algo despues de las nueve;
y no pensarán las niñas
en novios ni en pelendengues,
hasta que cosan y zurzan
y hagan otros menesteres.
No habrá ningun asesino
y no habrá pena de muerte;
no se matará ni el tiempo,
aunque el muerto no se queje.
Los ministros, no bien vean
que un diputado influyente
pide un sueldo de los gordos
para un elector imbécil,
pondrán siempre en un volante,
por más que el otro se vuele:
«Que mantenga á este borrico

aquel que le recomiende.»
Tronarán los cafetuchos
en donde comen y beben,
y por horas como un coche
toman dramas y sainetes,
y luego el amo no paga
al autor lo que le debe,
y quita el telon y dice:
«Esto no es teatro,» y no miente.
No se escribirán novélas
con títulos que amedrenten,
como *El puñal de mi madre*,
ó *El parricida inocente*.
Subirá tanto la Bolsa,
que con puertas y paredes
subirá á modo de globo
á los espacios celestes,
y al ver tan altos á tantos
manejadores de treses,
«¡Que no bajen!» gritarán
muchos pobres inocentes.
Lo repito, será un año
que eterna memoria deje,
y hasta las clases pasivas
cobrarán todos los meses.
Y si acaso me equivoco,
de buena fe es ciertamente;
sólo Dios es infalible:
abur, y allá lo veredes.

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTÉBAN.

UNA POESÍA INÉDITA

DEL INSIGNE POETA D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS. ⁽¹⁾

AL SR. D. EDUARDO MARIN.

Hé aquí un encargo sencillo
 hecho negocio de Estado
 porque en ser te has empeñado
 otro *Sastre del Campillo*;
 hé aquí que mientras almuerza
 mi individuo, se me embroma
 con el singular diploma
 de *Regalado por fuerza*;
 y hé aquí que mi rabieta
 dentro del pecho me guardo,
 porque eres tú, buen Eduardo,
 quien me hace esa jugarreta.
 No en verdad, porque me abismas
 con tu lógica; soy franco;
 razones de pié de banco
 sólo me has dado, sofismas.
 En otras de tomo y lomo
 me pudiera yo fundar
 para decir: «No ha lugar;
 O tomas tú, ó yo no tomo.»
 Porque ¿con qué autoridad,
 como príncipe en su sólio,
 ejerces tú el monopolio
 de la generosidad?
 Mas ¿quién entra en discusion
 con quien se bate desnudo,
 sin más lanza y más escudo
 que su noble corazon?
 ¿Y qué he de hacer, ¡pese al diablo!
 cuando la esbelta potranca
 ya empieza á ensanchar el anca
 y á solazarse en mi establo?
 ¡Iré con ella al andén,
 y á quien la empresa dirige

diré: «Aquí vuelve este dije;
 otra vez la enjaule el tren?»
 O bien, cuando la malicia
 es tuya, y no de la yegua,
 ¿tornará legua tras legua
 y de justicia en justicia?
 No; á conservarla me obligo;
 porque si no hiciera tal,
 perdiera un bello animal
 y tal vez un buen amigo.
 ¡Escrito estaba en los hados
 que esta vez yo aceptaría
 la cómoda teoría
 de los *hechos consumados*!
 Y cuando así me dominas
 con tu afecto, y humillado
 haces que, mal de mi grado,
 entre en las *horcas caudinas*,
 ¿Tras de esto me pides versos?
 ¿Qué dirá ¡oh Dios! la Academia?
 ¡Versos donde hay epidemia...!
 Por fuerza han de ser perversos.
 Yo ya no corto ni pincho;
 deja dormir á mi lira;
 que si una yegua la inspira
 voy á soltar un relincho —
 Pero hágolos, bien ó mal,
 pues con ellos te contentas:
 ¡salda así todas tus cuentas;
 pronto irás al hospital!
 Y á fé que, si tanta prez
 se diera á la poesía,
 antes de un mes fuera mia
 la *yeguada* de Aranjuez.

(1) Debemos á la amabilidad de la señora viuda de Breton de los Herreros, la publicacion de esta notable composicion inédita del príncipe de nuestros poetas dramáticos contemporáneos.

Te obedezco, sí, y sucumbo,
aunque diga algun monago
que las coplas con que pago
no valen un higo chumbo;
y tendrá mucha razon,
aunque tu amistad sincera
haga de esta friolera
la más alta estimacion.
¡Ay! sí, la malevolencia,
que al oro, y no más, da precio,
dirá que tú eres un nécio
y yo un hombre sin conciencia.—
«¡Quiere reemplazar con otra
su *yegua* ese perillan,
y de balde se la dan!
¡Esto sí que es tener *potra*!
Tal obsequio no se estila;
¡y á quién! ¡á un vate canijo,
Señor de Marin...! ¡Qué hijo

le ha sacado á usted de pila?»
¡Hijo he dicho? ¡Pila he dicho?
Pues dicho está, y ¡aleluya!
Permíteme que concluya
anunciándote un capricho.
Ya que tu consorte amante,
que entiende bien su negocio,
se halla... ¡lo que puede el ócio!
en estado interesante,
que te plazca ó no te plazca,
yo y Tomasa, mi mujer,
padrinos hemos de ser
del niño ó niña que nazca.
No repliques, que es cuestion
de gabinete.—Ya es tarde.—
Memorias y Dios te guarde.
Tu amigo

MANUEL BRETON.

31 Octubre 1865.

MILAGROS DE MI TIEMPO.

El libro á que destino estos renglones y el amigo que me los pide me obligan á pensar en la fotografia, y la fotografia me lleva á recordar los milagros del progreso que, sin ser enteramente viejo, he visto en el medio siglo que cuento de fecha.

Yo he experimentado la siguiente escala ascendente de sistemas de locomocion: el coche de colleras, la galera, el caballo de posta, la diligencia, asombro de los pueblos situados en la carretera de Madrid á Búrgos, viaje que se hacia en dos dias y dos noches por el módico precio de mil reales asiento de berlina: yo he conocido las calles de Madrid infamemente empedradas, con el arroyo en el centro, único sitio por que se podia ir de noche, so pena de caer en manos de las bandas de ladrones destacados en el quicio de las puertas (cerradas todas) y favorecidos por la oscuridad de los primitivos farolillos de candileja, situados á tanta mayor distancia cuanto menos frecuente fueran las imágenes colocadas aquí y allá, delante de las cuales casi ardía una moribunda lamparilla, estrictamente reducida á servir de pretexto para comerse la fundacion piadosa á que debía su origen; y he visto inaugurarse el alumbrado de faroles con reverbero de platina debidos al marqués de Pontejos, que comenzó á establecer las aceras y acabó con los albañales y basureros situados en los portales para complemento de los pozos negros y los carros de Sabatini, que hacian de la villa una cloaca: desde la creacion del mundo hasta mi tiempo no se habia usado más medio de hacer luz que el choque del eslabon en el pedernal (la pajuela era el *summum* del adelanto); yo he gozado de las primicias del pomo de plomo lleno de fósforo, en que se introducía la punta de un palillo, del cual salía la llama, y he ido palpando el desarrollo fosfórico, desde el tubo capilar de cristal á la cerilla actual: yo

he pasado en vano, acompañado de veinte mil personas, una tarde entera en el entonces páramo africano de la Plaza de Oriente, esperando el milagro de la ascension aereostática de Mad. Garnerin, y otra tarde además en el Retiro aguardando el resultado de una nueva tentativa que tambien fracasó, con lo cual quedó establecido por entonces que la belleza excepcional de la atmósfera madrileña hacia imposible la ascension de todo globo que hubiera de levantar el peso de una persona: en una palabra, yo he empezado á tener uso de razon cuando de las maravillas de la ciencia no habia en España más que el presentimiento de los génius: del vapor, el ensayo de Blasco de Garay en Barcelona; del telégrafo, aquella portentosa adivinacion de Lope de Vega:

«Con la rapidez del rayo
las noticias han venido;
quizás *andando los tiempos*
vengan con el rayo mismo;»

de la fotografia, la inspiracion de nuestros grandes artistas, la profecía de Velazquez, cuyo cuadro de las meninas especialmente es, mirado de cerca, una chapa bañada de colodion impresionada por el nitrato de plata, y mirado á distancia, de modo que las figuras tomen relieve, demuestra que aquel hombre tenia el objetivo en las pupilas, la cámara oscura en el pensamiento y la huella de la imágen en la memoria, como si presintiendo el advenimiento de la fotografia la desafiara á que robase un secreto más á la naturaleza.

Cada paso que he dado en la vida ha sido un testigo de un milagro de la ciencia; yo he visto hácia el año 27 ó 28 correr en Madrid la primera locomotora..... sobre una mesa circular en el Consulado de Comercio: he viajado en Francia, metido en una diligencia, sobre un wagon del primer ferro-carril abierto en aquel país á la circulacion, y he hecho el primer viaje por la línea férrea de Madrid á Aranjuez: he asistido en la plaza de Palacio al primer ensayo de iluminacion con gas: he visto en Lóndres la luz eléctrica cuando acababa de descubrirse y, á poco de inventarse el daguerreotipo, me ha retratado la luz en las fondas Peninsulares, con intervencion de un Mr. Fischer. No hay memoria capaz de recordar los prodigios que han visto mis ojos, desde las oscuridades de aquellos tiempos en que se abrieron para contemplar los rosarios del pecado mortal y las huelgas de Madrid entero durante los cuarenta dias de jubileo del año santo, hasta la claridad que para encender el cigarro que estoy fumando esparce la cerilla que, en compañía de otras noventa y nueve, he comprado dentro de una elegante caja por dos cuartos, al por menor. Puedo decir que todo cuanto me rodea, que la vida entera se ha trasformado desde los tiempos á que alcanza mi memoria, y que no habia en ellos potentado que tuviera las comodidades de que hoy disfruta el más modesto de fortuna: levanto los ojos para pasearlos por mi cuarto, y me paro á considerar que el yeso ha sido reemplazado por el papel pintado, el estuco y el carton-piedra; los vidrios verdes, de una cuarta en cuadro, por los cristales de á metro; los ladrillos rectangulares, por el mosaico de baldosines de Valencia; la estera de pleita blanca, por la de cordoncillo y la alfombra; las sillas de Vitoria, por las tapizadas con gutta-percha; el sillon de almohada postiza de baqueta, por la butaca; el velon de cuatro mecheros, por el candelabro de metal blanco que sostiene las bujías de estearina; esto, sin contar con que la litografia, la fotografia y la cromo-litografia han traído á las paredes de mi despacho las obras maestras de los museos de Europa y los *clichés* depositan continuamente la imágen de todos

los sucesos notables que ocurren en el mundo sobre la repisa de la chimenea de hierro fundido en que arde el carbon de piedra, abandonado ayer todavía, juntamente con el petróleo, en las entrañas de la tierra: sin ir más lejos, ¡qué facilidad, qué baratura, qué belleza en la pluma de acero con que estoy escribiendo, en el papel por que corre, en el sobre que, hecho ya, espera estas cuartillas sin pedir ni lacre ni oblea, y en el sello de cinco céntimos que dentro de una hora llevará á la calle del Príncipe, á manos de mi amigo Juliá, el pliego que voy á depositar en el último buzón del barrio de Salamanca, poblacion tan grande como una capital de provincia de segundo orden, levantada como por encanto en los antiguos arenales de la Castellana.

Raro es el que, llegado á cierta edad, no se lamenta de haber nacido temprano; yo siento tambien ir á viejo, pero estoy contento de haber venido á la vida á principios de este gran siglo, iniciada la revolucion y concluida la guerra, dando el mundo antiguo las últimas boqueadas, y oyéndose los primeros vagidos del moderno, en el período de transicion que permite juzgar lo pasado y lo presente; en tiempos en que media vida vale dos de nuestros abuelos. ¡Quién habia de decir que sobre el balcon principal del tribunal de la Inquisicion, calle de Torija, habia de fijarse una muestra que dijera: *Hotel de Inglaterra*, y que aquel palacio, Sede del Santo Oficio y recientemente embajada de Francia, habia de servirnos de asilo á mí y á otros perseguidos por liberales en 1866! ¡Cuánto han de haber cambiado los tiempos para que en treinta años y en un mismo metro cuadrado de terreno haya podido hacer yo cosas tan encontradas como acercarme por primera vez á un confesonario, aprender el manejo del cañon, ocupar una butaca como espectador en un teatro y escribir el periódico más popular de su época, todo esto tocando con la primera piedra puesta por Felipe II á un inmenso edificio levantado para cobijar sesenta basilios ociosos, que cerraron la historia del convento asesinando una noche á puñaladas al Padre Guardian!

No ha de faltar lector de estas líneas que maldiga el progreso y eche de ménos los tiempos que yo alcancé, y que él sin duda alguna no conoce por experiencia; tambien yo llego á veces á desear un período de media docena de años como los que aun recuerdo, para que los motejadores inconscientes de este gran siglo glorificaran el progreso, que ha sustituido la escolástica que me quisieron enseñar en el convento de Santo Tomás con el método, la alquimia con la química, la astrología con la astronomía; que ha demostrado la rotacion de la tierra, la gravedad y la presion del aire; que ha alejado hasta lo infinito los límites del espacio, y espantado al diablo, antes en continuo y cargante paseo por la atmósfera; que ha regenerado la medicina, la anatomía y la física; que ha desarrollado las matemáticas, el álgebra y la geometría; que ha creado la geología, la botánica, la fisiología, la geografía, la mineralogía, é inventado el telescopio, el vapor, el telégrafo, el globo, el camino de hierro, el gas y la fotografía; que ha logrado, en fin, que la luz dibuje, que el agua vuele, que la electricidad escriba, que el hombre mande y la naturaleza obedezca.

Oyendo y leyendo ciertas cosas, dan, en efecto, ganas de que vuelvan, para escarmiento, los tiempos que yo he conocido: el fraile, decomisando al labrador en las eras las primicias de sus tierras y tomando la mejor porcion de sus aves y rebaños, á título de diezmos menores ó minucias; el señor, esquilmando al cosechero á la puerta del molino; el fisco, cobrando el barato al comercio; la regalía, saliendo al encuentro del exportador, que se servia de buques extranjeros por no haber otros; la mejor parte del territorio en poder de manos muertas; las fincas urbanas, gravadas con un diluvio

de censos en favor del Santo Oficio, los conventos de monjas, los nobles y los hospitales; por toda diversion, los dos corrales del Príncipe y la Cruz, y esos cerrados los cincuenta y dos viernes del año y los cuarenta días de Cuaresma, para que no quitaran concurrencia á la bóveda de San Ginés, donde los dos sexos se disciplinaban á oscuras; el Carnaval, suprimido y prohibidas las máscaras en calles y casas; por único paseo, el Prado, sin sillas ni riego, envuelto en la atmósfera de cal que ahogaba á Madrid durante el verano; el Retiro, abierto algunas horas, pero no para los soldados, ni para hombre de chaqueta, ni para mujer que no vistiera de negro y con mantilla; nada de viajes de recreo: el que necesitaba baños tenía los de Berete, Santa Bárbara, ó las chozas de estera del Manzanares; nada de conciertos: en punto á música al aire libre, las guitarras de los cantantes de coplas escandalosas, en las verbenas de San Antonio, San Juan, San Pedro, Santiago y el Cármen; como exposicion en la capital, la de trastos viejos en todas las calles, para que las lluvias de San Mateo los librara de las chinches del verano; medio de que constara la existencia de un individuo, solamente en el triple empadronamiento de la policía, la recaudacion de contribuciones y la parroquia; para órganos de la opinion pública, la *Gaceta* y *El Diario* únicamente; para pasto del entendimiento, la *Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo* y otros libros de ese jaez; en toda boca una mordaza; en lugar de cafés políticos, botillerías silenciosas; en vez de corrillos bulliciosos en la Carrera de San Jerónimo, medias frases en voz baja en las gradas de San Felipe ó en las librerías de la calle Mayor; nada de ateneos ni casinos para perorar y hacerse notables; nada de prensa para darse á conocer, y no hay que decir que nada de Parlamento para entrar en el gobierno, porque los ministros salian de la camarilla, cuando no de la alcoba del rey; los magistrados de la parentela de los cortesanos y los obispos; los generales de la nobleza; la capacidad nada significaba: el nacimiento y el favor todo; para el mayorazgo la fortuna, para el segundón la servidumbre; las profesiones no eran más que oficios: el comerciante un mercader, el farmacéutico un hombre que entendia del manejo de botica (como si dijéramos un cocinero): el depositario de la fé pública un soldado de la *milicia del diablo*: el artista un cualquiera: Murillo un artesano, Maíquez un histrion.

¡Lástima grande que la fotografia, que hoy reproduce cuanto ocurre de notable en el mundo, legando á las generaciones venideras el testimonio irrecusable del testigo presencial, no se hubiese inventado mucho antes! Pero ¿acaso habria habido para la fotografia ménos estrechura prohibitiva que para el dibujo, la pintura, el grabado y la litografia?

Cuando el estudiante escoge para hacerse notable entre sus condiscípulos una tesis de guerra al progreso; cuando el escritor busca una reputacion declamando contra el instrumento de que se sirve; cuando el orador que ansía celebridad declara funesto el Parlamento; cuando tantas gentes como por ahí andan, sin saber lo que se dicen, echan de ménos los tiempos pasados, tambien tengo momentos en que los deseo yo, que habiéndolos alcanzado, creo que la libertad es salud que no se aprecia bien hasta que se pierde.

A. FERNANDEZ DE LOS RÍOS.

LA OPINION.

Soneto.

La sien latiendo, turbia la mirada,
teñido el rostro de rubor sangriento,
la espléndida melena suelta al viento,
la vestidura al seno desgarrada;

Ella me ciñe en lúbrica lazada,
trémulo el cuerpo, el labio macilento,
con honda sed bebiéndome el aliento,
en su boca mi boca aprisionada.

¡Oh vision, que mis sueños envenenas
y en lava de volcan hinchas mis venas!
¿Quién eres, di, mujer, deidad ó harpía?

—Soy la opinion, tu esclava y tu tirana;
hoy, transida de amor, tu barragana;
ayer, tu dama infiel con befa impía.

ANTONIO DE LOS RIOS Y ROSAS.

EL POETA Y EL FRAILE.

Memorias del tiempo de Carlos IV.

I.

Orillas del Guadalquivir, donde la soberbia del gran río, engendrada con la humildad de sus afluentes, encuentra término en la inmensidad del Atlántico, allí ví la luz primera y aprendí de boca de los que eran viejos cuando yo niño, los sucesos que voy á relataros.

Alzase sobre las barrancas que el río y la mar embravecidos formaron en inmemorial cataclismo, la antiquísima ciudad de Sanlúcar de Barrameda, visitada, en época para nosotros prehistórica, por Amnon el fenicio, descendiendo por rápidas pendientes á la playa y desarrollándose en su extensa llanura. Viñedos por esta parte, huertas por la otra, naranjales acá, arboledas allá, selvas inmensas de pinos en lontananza, dilatadas y tristísimas marismas en los límites del horizonte, esto y el mar, que se extiende con anchurosa grandeza, es lo que la vista abarca desde la gran torre romana ó cartaginesa del castillo del Albaicin, erigido en la Edad media al rededor de dicha torre por el poder señorial de los Guzmanes.

II.

Corrían los menguados años del reinado de Carlos IV, no sé bien si los últimos del pasado siglo, si los primeros del presente, que á precisarlo no alcanza la tradicion oral hasta mi llegada, y era Sanlúcar de Barrameda, que un día vió partir la tercera expedicion de Colon y ostenta en sus armas la nao Victoria, rincon oscuro y escondido en el último confin de Andalucía, pueblo alejado del humano trato por su casi absoluta falta de comunicaciones, y por lo tanto lugar indicado de destierro para unos gobernantes, si suspicaces y arbitrarios, dulces en el castigo y benévolos en la repression, no sabré deciros si por miedo, si por natural efecto de carácter. Ello es que la risueña Sanlúcar, la templada y abundante ciudad del Lucero, era por los tiempos de que voy hablando la Siberia española, donde unas veces el capricho de María Luisa, otras el mal humor de Godoy, nunca la voluntad del pobre hombre que se sentaba en el trono, confinaban á todo aquel que hubiera osado haceró pensar algo que no estuviese en completa consonancia con las ideas tenidas por sanas en aquella córte, que de todo ménos de sana tenia.

Allí purgó con algunos años de destierro la duquesita de Alba, de galante memoria, no obstante su belleza inmortalizada por Goya, el crimen de haberse negado á servir una jicara de chocolate á *Manolito*; y aun hay en mi pueblo natal algun gitano viejo que se ufana con haber sido sacado de pila por sus blancas y aristocráticas manos. Allí pagó con igual pena no sé qué faltas de etiqueta taurina el célebre Cándido, torero dos veces ilustre, que más tarde y por orden expresa de Fernando VII habia de regentar una cátedra en la Universidad taurómaca de Sevilla, á cuyo frente se hallaba el gran Costillares, de glorioso recuerdo.

Allí, por último, entre otros muchos ménos dignos de especial mencion, vino á sufrir condena, ignórase por qué delito, si de intencion, si de palabra, D. Tomás de Iriarte, autor de las populares *Fábulas literarias*, que empezó á regenerar nuestro teatro con *El señorito mimado*, *La señorita mal criada* y *El don de gentes*, y fué, para acabar, el precursor y acaso el maestro de D. Leandro Fernandez Moratin.

III.

Nadie en Sanlúcar extrañó que la duquesa de Alba acudiese, como era regular, á los bailes de gitanos, ni que fuese la comadre ó madrina de todos los *flamencos* de la comarca, cosa propia á la sazón en los de su elevada clase, si no fueron algunos hidalguillos de gotera, que desdeñados por la gran señora, sostenian sin sombra de justicia que esta debia preferir su trato al de los hijos de Egipto; pero los frailes y demás gente sensata de la poblacion se pusieron de parte de la duquesa, y aun hay quien dice si murmuraron ó no de que el favorito desterrara á una señora, tan llana, sólo por no haber querido servirle chocolate. Cándido se encontró desde el día de su llegada con un ilustrado círculo de amigos y admiradores entre los empleados del matadero, círculo que se fué ensanchando con lo mejorcito de la poblacion, y entre todos y á fuerza de *cantes*, palmas, mariscos y cañas de manzanilla, le hicieron pasar á tragos los rigores del ostracismo. En cuanto á los demás desterrados, gente de ménos importancia, se confundieron bien pronto entre el vulgo de los vecinos de la ciudad, sin que nadie parase mientes en su presencia. Al que le ocurrió algo que no

fué lo que le pasaba á la bella duquesita, ni al ilustre torero, fué al pobre poeta don Tomás de Iriarte, que en todo lugar y tiempo la sogá quiebra por lo más delgado.

IV.

Hay en la esquina de la cuesta de la Caridad y calle del mismo nombre, frente á la iglesia en que se rinde culto bajo esta hermosa advocacion á la Virgen María, un caseron antiguo, que conozco á palmos, porque en él habitaba mi difunta abuela materna, doña María Josefa de la Piedra, en cuya compañía he pasado largas temporadas de mi niñez. No sé si en esta casa, ó en la que hoy forma la parte principal del palacio que habitan los ilustres é ilustrados duques de Montpensier, dió larga hospitalidad más tarde mi abuelo D. Zenon Antonio Martinez de Eguílaz á Rojas Clemente, Abadía (Ali-Bey el Abasí), y otros eminentes naturalistas que acudian á Sanlúcar, más que á estudiar su naciente jardin de aclimatacion, fundado por Godoy, á desahacer dudas acerca de la flora andaluza con el trato de mis abuelos, tan competentes en botánica como los primeros sábios de su tiempo. Allí escribió el inmortal Rojas Clemente su célebre *Tratado de la vid*, dando de mano para ello á un infructuoso trabajo sobre los musgos de Irlanda, y produciendo un libro útil y ajeno á vanas teorías, inspirado en las ideas prácticas de mi abuelo, que contaba como sus mayores timbres de gloria la introduccion de una variedad de uva, que aun hoy de su apellido se llama *martiniega*, la extension del cultivo de la papa ó patata y la aclimatacion del plátano en Andalucia, alguna de cuyas civilizadoras conquistas se ve escrita en la losa de su sepulcro, á la manera que en los de los héroes de la guerra se mencionan las batallas que ganaron. Mas perdona, lector, si estos nobles recuerdos de ascendientes, con que me enorgullezco, me hacen olvidar el antiguo caseron frontero á la iglesia de la Caridad, donde aun creo que no te he dicho que á su llegada á Sanlúcar se aposentó el ilustre desterrado D. Tomás de Iriarte.

Leyendo ó escribiendo muchas veces en el mismo gabinete en que solia hacerlo el gran fabulista español, á tiempo en que las campanas de la iglesia vecina lanzaban al espacio sus vocingleras y atronadoras lenguas en alegre repique, involuntariamente he prorumpido en el mismo apóstrofe que les dirigió Iriarte en cierta ocasion:

«Campanas, ¡oh si con vos
cargara el diablo á dos manos,
que matais á los cristianos,
en són de alabar á Dios.»

Estos y algunos versos más son el único recuerdo que en sus obras he encontrado de su destierro orillas del Guadalquivir: me equivoco; su comedia *El don de gentes* está localizada en la Jura, hermoso y pintoresco pago, que desde Sanlúcar, siguiendo la playa, se dirige á Chipiona, ya por las barrancas elevadas, ya aprovechando los pliegues del terreno y extendiéndose por la llanura hasta los paisajes que el mar oculta en las mareas vivas. La escena de *El don de gentes* pasa en la quinta, hoy llamada de D. Francisco de Paula, que entonces pertenecía á D. Francisco Rodríguez, hombre ilustrado y generoso, que dedicó su fortuna entera á fomentar la instruccion pública.

Allí, ó muy cerca de allí, la corriente impetuosa del rio se estrella por un lado con-

tra las negras masas de rocas de la barra, mientras que las olas del Océano van á reventar en ellas por el otro, saltando de ambas partes torrentes de espuma en medio de ese estrépito majestuoso, voz solemne que sólo tienen las costas bravas y las grandes tempestades. Acaso Iriarte, como yo, vió allí en medio de alguna sepultarse un buque en los abismos del Atlántico despues de hacerse pedazos contra la barra; y acaso por lo que los tristes recuerdos halagan el triste corazon del desdénado, fué este el único sitio de aquella amena campiña á que el poeta cortesano tributó un recuerdo en sus obras.

He agotado las memorias que de la estancia del célebre huésped en mi pueblo natal han llegado á mi noticia. Tiempo es ya de contaros la anécdota que da título á estos renglones.

V.

Nadie ha sabido decirme cómo se llamaba por el tiempo de que me ocupo el reverendo padre prior de capuchinos de Sanlúcar, no obstante, segun fama, ser apellidado por entonces *Pico de oro*. Dada la alta reputacion del prior anónimo, ninguno extrañará que en el año innominado que corría y en el dia en que ocurre el suceso de que voy á hablar, digno de mencion, sólo porque el susodicho padre predicaba en la iglesia de su convento, subiesen los sanluqueños y sanluqueñas del barrio bajo con un palmo de lengua fuera la empinada cuesta de Capuchinos, mientras los del alto acudían empolvados atravesando largos y arenosos callejones.

Era el prior X, ó séase *Pico de oro*, fraile honrado y virtuoso, aunque ignorante y fanático por lo que toca á la parte moral, y en lo que á la material hace relacion, pintábanle los que le alcanzaron como hombre membrudo, si bien demacrado por el cilicio y la maceracion, y ostentando luenga, poblada y canosa barba, que hasta la cintura le caía. Con tales condiciones, no deberá parecer extraño al lector que en unos tiempos como los de Carlos IV llevase el entusiasmo al pecho del auditorio, y fuera el tipo más acabado que los sanluqueños de entonces pudieron soñar en letras sagradas y en lo que á la sazón se tenia por elocuencia en la cátedra del Espíritu-Santo.

¿Por qué á las primeras palabras del santo varon la respiracion se suspende en todos los pechos, y no puede salir de ellos sino entrecortada y en forma de sollozos y gemidos? ¡Ay! Que los sanluqueños acaban de oír de la boca de *Pico de oro*, que el demonio, á quien creían entregado pacíficamente á sus habituales tareas en el fondo del infierno, espantando moscas con el rabo en las oficinas de Pedro Botero, ha dejado el cavernoso antro y vive en medio de un pueblo miedoso y cristiano, que se llama Sanlúcar de Barrameda. ¿Qué interés ha movido al enemigo malo á efectuar este cambio de domicilio? Pervertir al pueblo más devoto del mundo, que, al decir del prior, ducho en achaque de devociones, lo era sin duda alguna aquel á quien se dirigia. ¿Quién era el diablo, en qué le conocerian para hacerle la cruz ó exterminarle, si la ocasion se presentaba propicia, y de qué medios se valdria para tentar á los que tan resueltos se hallaban á resistir las tentaciones? A todo contestaba el reverendo padre sin vacilar: el demonio habia adoptado forma humana; llamábase D. Tomás de Iriarte, y el medio de que se valia para perder á los buenos eran ciertas comedias que elaboraba en su alquitara mental, principalmente una llamada *El señorito mimado*, que por los sacrilegios, torpezas y deshonestidades de que estaba henchida habia merecido el anatema del Santo Tribunal de la Inquisicion.

Si el lector puede trasportarse por un momento á la época en que este sermón se predicaba, comprenderá perfectamente que, aunque sin sospecharlo, el pobre prior de Capuchinos acababa de lanzar una sentencia de muerte contra el desventurado poeta, sentencia que confirmó el auditorio con un rugido de indignación y santa ira, que hizo estremecer las bóvedas del templo en que se daba culto al Dios de la misericordia.

VI.

Momentos después, avisado por un alma caritativa, D. Tomás de Iriarte abandonaba precipitadamente su morada de la calle de la Caridad, convencido de la poca que le era dado prometerse de los sanluqueños. Huir de la ciudad era imposible cosa, cuando un mandato absoluto le confinaba en ella; y permanecer dentro de su recinto equivalía á entregarse solo é inerte al furor de un pueblo fanático. ¿Qué hacer en tan crítica situación? El valor sereno, la confianza de sí mismo y el ingenio del poeta resolvieron esta cuestión del modo inesperado que el lector verá en el discurso de estos renglones.

VII.

La noche comenzaba á descender, y mientras grupos de aspecto siniestro y más siniestras intenciones iban reuniéndose en la cuesta de la Caridad, un caballero que llevaba un rollo de papeles bajo el brazo y ocultaba las manos en los grandes bolsillos de su casaca, atravesaba á grandes pasos la desierta esplanada que se extiende delante de Capuchinos, haciendo sonar con aire resuelto el esquilon de la portería del convento.

—¿Quién es? gritó desde dentro con poco amistoso tono la voz de un lego.

—*Deo gratias*, contestó el caballero con acento humilde.

—A Dios sean dadas. ¿Qué se le ofrece á estas horas? repuso el lego cada vez peor humorado.

—Ver al padre prior, hermano.

—¿Al padre prior? Si busca limosna, la comunidad es pobre y á duras penas puede soportar el gasto de la sopa que reparte. Vuelva mañana con una olla y llevará algo de lo que ahora no podría dársele.

—Abra, hermano, la mirilla de ese portón, y verá que más trazas tengo de hacer limosna á una comunidad mendicante, que de pedirle que parta conmigo la que de los buenos cristianos recibe.

No sólo la mirilla, sino cada ojo como el de un buey, amen de la puerta de par en par, abrió el buen lego al oír tales razones; y examinando su interlocutor á la luz del candel, creyó tenerlas de sobra para hacerle entrar en la portería y correr á la celda del reverendo á darle cuenta de la visita del misterioso caballero.

VIII.

Un momento después el desconocido, guiado por el hermanuco, penetraba en la austera celda prioral, cuya puerta cerró tras él discretamente el reverendo padre, ganoso sin duda de evitar al portero incurrir aquella noche en pecado de curiosidad.

—¿Qué me quiere, hermano? Diga su cuita, si la tiene, ó lo que á mí le trae; que

delante está de quien sólo desea servir al prójimo, que es servir al Señor, dijo el prior en tono grave y mesurado apenas quedó solo con el caballero.

—Padre, contestó este, en ello habeis dado; consuelos busco para mi conciencia, que soy un gran pecador, y de vuestra paternidad vengo á reclamarlos.

—Habla, hijo mio.

—Grandes culpas he cometido, padre, aunque hasta hoy no lo sospechaba; y en ellas de tal suerte he perseverado por mi ignorancia, que con razon hasta temo si será tarde para alcanzar la divina clemencia.

—Nunca tarde se llega á Dios, ni nunca en vano su piedad se implora, si la súplica viene acompañada del arrepentimiento. Habla, hijo. ¿Qué puedo hacer por tí?

—Oirme en confesion, si es que no os horroriza la enormidad de mis pecados, dijo con tono solemne el caballero.

—¿Horrorizarme? He asistido en mis últimos momentos á grandes criminales, á terribles salteadores de caminos, que contaban por docenas los robos y los asesinatos. ¿Qué puedes tú haber hecho que á los hechos de estos se asemeje?

—¡Ay, padre! Si sólo tuviera que acusarme de unas cuantas docenas de robos y muertes, con harta más tranquilidad me presentaría á vuestra reverencia, que ya sé que os conjunto de cristianas virtudes y me absolveria en nombre de El que perdonó á sus matadores.

Al oir tales palabras en boca de un hombre de aspecto y modales distinguidos y cuyo exterior anunciaba un completo caballero, el reverendo padre, á pesar de no ser de los de ánimo menos firme, no pudo menos de dar un paso atrás, como quien trata de precaver algun riesgo; pero tranquilizado por el aire contrito del que como tan gran criminal se anunciaba, repúsose, y repuso dando á su voz el tono más dulce que en los registros de su garganta pudo encontrar:

—Dios es infinitamente misericordioso, y el agua de la contriccion y la penitencia lava la mancha de toda culpa. Híncate de rodillas y confiesa tus pecados.

—El relato de ellos es más largo de lo que vuestra paternidad puede presumir; y siéndome imposible retenerlos en la memoria, traígoles escritos en estos papeles, cuya lectura voy á confiar á vuestra paternidad en secreto de confesion.

Y asiendo del rollo que debajo del brazo llevaba, mostrólo al prior, que asustado de la magnitud del manuscrito exclamó con voz mal segura:

—¿Posible es que un hombre solo haya cometido tantas culpas cuantas pueden venir escritas en ese protocolo? Loco estás, hijo, ó eres el mismo demonio en persona.

—Disteis en ello, padre mio, contestó nuevamente el caballero: el demonio en persona soy, segun esta misma tarde habeis dicho.

—¡Vade retro!

—Nada de gritos, padre, exclamó el caballero sacando del bolsillo de la casaca una pistola amartillada; nada de gritos, y acabemos de una vez. D. Tomás de Iriarte me llamo, á quien habeis señalado como presa al furor de las iras populares; y la confesion que vais á oir y que aquí traigo escrita, es la comedia de *El señorito mimado*, que sin duda no habeis leído cuando tan mal hablais de ella, siendo como sois un sacerdote virtuoso y amante de la verdad.

Horrorizado el fraile ante la vista del réprobo y del pecaminoso manuscrito, intentó resistir; mas habiéndole asegurado de nuevo el poeta que estaba decidido á matarle si no accedía á sus deseos, y matarse despues para evitar el subir al patíbulo ó ser arrastrado por las calles, dejóse caer sobre un sillón y se dispuso con resignacion cristiana á escuchar la lectura de la comedia.

IX.

Dió fin esta sin que por un momento hubiera sido interrumpida.

—Ahora, padre, dijo D. Tomás de Iriarte arrojando lejos de sí las pistolas, en vuestras manos me entrego.

—Déjeme Dios de las tuyas, exclamó el fraile sollozando, si por un momento perseverara en el mal camino en que estoy. Perdona, hijo, la ofensa que te hice y el peligro á que te he expuesto por mi ignorancia.

E hincando las rodillas delante del poeta, cogió sus manos y besándolas las mojó con lágrimas de arrepentimiento.

X.

Al siguiente día se notaba un movimiento desusado entre los pacíficos habitantes de Sanlúcar, que la noche anterior no habían conseguido encontrar al demonio en su casa de la cuesta de la Caridad. Corría de boca en boca que *Pico de oro*, que sólo subía al púlpito de Ramos á Pascuas, ó si se quiere de higos á brevas, no obstante haber predicado la víspera, volvería á doctrinar al pueblo aquella tarde con un motivo dado, que todo el mundo ignoraba.

La poblacion entera afluyó á la iglesia de los cipreses, llena de deseos de escuchar la palabra del reverendo, y un si es no es ansiosa de conocer la causa que á tan gran abuso de sus facultades oratorias le movia.

—Hijos míos, dijo el prior de Capuchinos tan luego como subió al púlpito; ayer os dije que el demonio moraba en Sanlúcar: hoy tengo que deciros que entre nosotros mora un varon justo y virtuoso, propagador de la más pura moral; un ángel de Dios, que sólo sirve para el bien y para difundir las máximas más saludables del Evangelio. Ese hombre, á quien ayer no conocia y anatematicé de oídas, es D. Tomás de Iriarte; su comedia *El señorito mimado*, que ayer mañana me era absolutamente desconocida y que anoche he leído, convertirá más pecadores que todos mis sermones juntos. Le he pedido perdon de rodillas por haberle calumniado y señalado al odio de un pueblo, y he obtenido su perdon, porque el verdadero cristiano perdona siempre aun á sus mayores enemigos. Perdonadme vosotros el haber tratado ayer de induciros á error.

Estas, poco más ó ménos, fueron las nobles palabras del padre prior de Capuchinos. Desde que las pronunció hasta el día en que el gobierno dió por terminado el destierro del poeta, no fueron la duquesita de Alba ni el torero Cándido el idolo del pueblo sanluqueño: fuélo D. Tomás de Iriarte, á quien aun algunos ancianos de la poblacion conservan en opinion de santo.

XI.

La tradicion oral se borra fácilmente, y dentro de pocos años no quedará en Sanlúcar recuerdo de lo que os he relatado. Un escritor sanluqueño intenta conservarlo; si su narracion te ha parecido insípida, perdónalo, lector, como D. Tomás de Iriarte perdonó al prior de Capuchinos.

LUIS DE EGUILAZ.

Madrid, 1870.

LAS EDADES DEL AMOR.

I.

En la edad infantil, Estrella mía,
es el amor un vago sentimiento,
que funda su versátil monarquía
en las inestables ráfagas del viento.
Un insecto, una flor, un dije, apuran
de sus amores la afeccion dichosa;
y esos amores duran... lo que duran
el juguete, la flor, la mariposa.

II.

En la creyente juventud, las horas
se deslizan fugaces: todo en ellas
es vehemencia, y pasión y encantadoras
visiones que la fé nos pinta bellas.
Un paso más, y el áura fermentida
del desencanto, los amantes lazos
relaja; y al final de la partida
resulta... el corazón hecho pedazos.

III.

Ya en la estéril vejez, desconfiada,
se buscan, tras de afanes tan prolijos,
la casta esposa que vivió olvidada
y las caricias de los tiernos hijos.
¡Amor, amor verdad! Su fuerte mano
le da sosten, ahuyenta los enojos,
y en el postrer momento, del anciano
con célica piedad cierra los ojos.

Es el amor en la infantil jornada,
ilusión, viento, nada.
Es el amor en nuestra edad florida,
la muerte de la vida.
Es el amor en la vejez inerte,
¡la vida de la muerte!

T. R. RUBÍ.

LOS CREPÚSCULOS.

Sombra de valle, oscuridad de sierra,
vespertino fulgor, noche que cuaja;
eso es el alma que á poblar la tierra
desde el emporio baja.

Risa del campo, resplandor de nube,
tinta del alba que ilumina el suelo;
eso es el alma que gozosa sube
desde la tierra al cielo.

LA ESTRELLA FUGAZ.

Cuando de perlas se cuaja
la noche, y los aires hiende
una estrella, cuya faja
por la inmensidad se tiende
sin saber si sube ó baja,
siempre digo:—«¿Qué será?
¿Quién la empuja y la sostiene?
¿Quién la llama? ¿A dónde irá?
¿Si será un alma que viene?
¿Si será un alma que va?»

ANTONIO HURTADO.

UN EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.

Cerca de Astigarraga y á la orilla del manso Urumea, que, atravesando el pintoresco valle de Loyola, va á perderse impetuoso en la Zurriola, confundándose con el Océano, se ostentaba un caserío de pobre aspecto y de ejemplar limpieza, cuyas blancas paredes se distinguían apenas por las trepadoras enredaderas que las cubrían. A la puerta de la casa jugaban dos niños con un perro, que soportaba paciente los caprichos, halagüenos unas veces y martirizadores las más, que le dispensaban las dos criaturas. A poca distancia, afuera y bajo un frondoso castaño, estaba sentada una jóven de esbelta figura, cara ovalada, ojos negros, luengo cabello prendido con el acostumbrado pañuelo de color, dejando caer sobre la espalda una larga trenza, revelando el carmín de sus mejillas y la modestia de su aspecto la pureza de su corazón.

La campana de la iglesia del pueblo inmediato llamó á los cristianos á misa; se presentó en seguida la madre de aquella familia, y poniéndose andando la mantilla, la siguió la jóven, que era su hija, enviando por delante á los niños seguidos del perro. Detrás de todos iba el padre. A los cien pasos pasaron junto á otro caserío, donde se les unió un apuesto jóven, que despues de saludarles con confianza siguió conversando con la jóven hasta llegar á la iglesia, en la que entraron las mujeres, quedando los hombres en el átrio esperando la última campanada.

Al terminarse la funcion religiosa las mujeres salían afectadas, los hombres en animada conversacion todos. Había habido sermon, y en él se dijo que en breve iba á terminar la paz y ventura que reinaba en aquella comarca; que en Navarra se había proclamado la guerra santa, y que era deber de los guipuzcoanos ayudarles para que

terminara pronto. En aquella misa se publicó la primera amonestacion de la jóven de que hemos hablado con su acompañante del próximo caserío. Las mujeres siguieron á sus casas, los hombres quedaron todos en la plaza del pueblo en turbulenta discusion. Los ancianos, presentando los peligros, las desgracias y los males que ocasionaba la guerra á aquellos jóvenes que creian patriótico y valiente lanzarse á ella, y dejándose llevar de un entusiasmo irreflexivo, querian pronunciarse en aquel momento y pedian armas y jefe. Para serlo aclamaron á José Ignacio, que así se llamaba el apuesto jóven, cuya boda acababa de ser anunciada, y se prestó á serlo; pero al participar su resolucion á María Cruz, su amada, sus ruegos y lágrimas le hicieron vacilar; la amaba con toda su alma, pero no creia decoroso abandonar á sus compañeros, y luchando entre su amor y lo que consideraba su deber, recordóle María que antes que se ofreciera á ir á la guerra con sus compañeros la habia prometido casarse con ella, que estaba publicada la primera amonestacion y que debia cumplir su palabra primera, si es que la amaba.

—Con toda mi alma, le contestó.

—Pues bien, cumple con tu deber, y siendo tu esposa te acompañaré á la guerra.

Otro pensamiento tenia, pero le ocultó; y era que no iban entonces los casados á la guerra. Convinieron en apresurar la boda dispensando las siguientes amonestaciones, ayudóles activamente el cura y quedó señalado el dia del casamiento.

La noche, víspera de la boda, todo fué alegría en el caserío de María Cruz. Los padres habian pasado todo el dia en el campo y volvian alborozados porque los manzanos estaban llenos de esa flor sonrosada que precede al sabroso fruto y le promedian abundantísimo, y la gran cosecha de manzana la auguraba mayor de sidra: los cereales empezaban á granar, y las tierras que habian estado cubiertas de nabo y remolacha, de lo que habian hecho buena recoleccion, empezaban á ostentar las largas hojas del maiz, cubriendo el suelo con su fresco verdor. Todo, pues, les sonreia, y hasta contaban con vender en el verano á los bañistas de San Sebastian toda la leche que daban diariamente sus vacas, cuando en sus giras por el Urumea fueran á recrearse á aquel caserío, como acostumbraban muchas familias. Solo María Cruz, aunque debiera ser la más satisfecha, estaba pensativa en medio del contento general; y, cosa extraña, el perro, que nunca se separaba de los niños, no pudieron estos arrancarle del lado de María, como si quisiera compartir con ella su trizteza.

Al toque de ánimas despidióse el jóven hasta el dia siguiente y María quedó inmóvil, sin salir á despedirle como acostumbraba, y aun más abismada en sus reflexiones, que comprendió perfectamente José Ignacio, y le desvelaron pensando en que habia de abandonarla para ir á la guerra.

A las pocas horas de haberse aquel recogido golpeaban á la puerta de su caserío, y antes de que bajara su anciano padre, con quien solo vivia, abrió la puerta á un grupo de hombres armados, que, preguntando por él y contestándoles que él era, le dijeron que les siguiese. Conociendo quiénes eran y su objeto, les expuso su situacion y que lo haria al dia siguiente de casado para poder dejar á su anciano padre con su mujer, porque se moriría si quedaba solo; á todo se negaron, y al hallarse en este

diálogo, que oyó el anciano, se arrimó al grupo, les suplicó esperasen un día, unas horas, pues aquella mañana se casaba su hijo; les lloró, todo fué inútil; y dejando al anciano entregado á su desesperacion, se llevaron á José Ignacio y á una veintena más de mozos de los caseríos inmediatos que recogieron aquella noche para engrosar las huestes del cura de Hernialde, D. Manuel Santa Cruz, que esperaba en el inmediato monte junto á la ermita de Santiago.

María Cruz, que no habia podido conciliar el sueño, alarmóse con los continuados ladridos del perro y se asomó á la ventana, pero nada veia; solo sí sentia ruido de gentes y aun percibia sollozos. Sin acertar por el pronto la causa que interrumpia á aquellas horas la nunca perturbada tranquilidad de aquellos campos, se agolpaban á su mente mil terribles presentimientos y se abismó en tristes reflexiones, de las que le sacaron los tiros que, al despuntar el alba, sonaron en el inmediato monte de Santiago, y vió claramente la lucha que se trabó entre los migueletes guipuzcoanos y los carlistas del cura Santa Cruz, que eran los mismos que habian estado recogiendo mozos y se hallaba entre ellos José Ignacio. Diez minutos escasos duraria el combate, al cabo de los cuales corrieron los carlistas hácia Hernani, y dueños del campo los liberales, apresaron á algunos de los mozos aprehendidos, que pusieron en libertad, y á José Ignacio, que estaba herido, le llevaron sus compañeros al caserío de la que en el mismo día debió haber sido su esposa, y en el que entró ensangrentado en vez de alegre y vestido con sus mejores galas.

Aquel mismo día pasó por allí una pequeña columna de tropa, y al saber que habia un carlista herido llevaron preso á San Sebastian al padre de María Cruz.

Afortunadamente, por entonces, la herida no era grave y los solícitos cuidados de la jóven le curaron pronto, y en cuanto pudo manejarse cogió una gabarra y al empezar á bajar la marea marchó á San Sebastian sin decir á nadie su objeto. Presentóse en la ciudad á las autoridades y solicitó la libertad del padre de María Cruz, quedando él en su puesto. Se la concedieron sin esta circunstancia, y sólo le exigieron que llevase un pliego á Andoain, pudiendo ir y regresar por su casa. Así lo hizo, agradecido, acompañando á su libertador, y pasos antes de llegar al caserío de este les detuvieron los carlistas como procedentes de San Sebastian; manifestó sencillamente José Ignacio lo que habia sucedido y su mision; le pidieron el pliego, que entregó; dieron cuenta de todo á Santa Cruz, que estaba inmediato, y mandó fusilar al jóven y dejar en libertad al padre de María. En cuanto estos dos se apercibieron de la fatal orden, acudieron al caudillo carlista, le rogaron, le suplicaron, se le pusieron de rodillas, regando sus piés con sus lágrimas; todo fué inútil; y sin más auxilio que un acto de contriccion, fué fusilado aquel robusto jóven, inocente de todo delito.

Oir la descarga, levantarse María de los piés de Santa Cruz, mirar á José Ignacio, verle tendido y bañado en su sangre y prorumpir en una estrepitosa carcajada, cayendo al suelo sin sentido, fué todo obra de un instante.

En aquel momento se introduce la alarma entre los carlistas por la aproximacion de los liberales: se guarecen aquellos en el caserío de María Cruz, se traba la accion, llevan la mejor parte los liberales, es inminente la toma del caserío, y al abandonarle los carlistas, dejando algunos muertos, le prenden fuego y huyen.

Al hacerse dueños de él los vencedores tuvieron ocasion de salvar á los dos niños y al perro, que no se separaba de su lado. Entre los cadáveres estaban los de sus padres. Al levantar del suelo á María Cruz, deliraba; estaba loca. Enterraron los cadáveres, y del caserío sólo quedaron las paredes.

Esta es la guerra civil. La tradicion convertirá en leyenda esta historia, narrada

con la sencilla brevedad de los hechos. Desgraciadamente, no es esta sola: hay muchas parecidas y aun más horribles; maldita sea la guerra, y ¡maldita mil veces la civil, en la que pelean hermanos contra hermanos, padres contra hijos! Peleábase civilmente bajo los muros de Roma en tiempo de Sila, y un soldado hirió á su hermano mortalmente. Cuando el homicida le reconoce se arroja en sus brazos para recibir su postrer aliento, exclamando:

—*Nos han separado los partidos, júntenos la hoguera:* y se atravesó con la espada fraticida.

ANTONIO PIRALA.

LETRILLA.

No es oro todo
lo que reluce.

I.

En Recoletos
ayer estuve
formando en calma
ciertos apuntes.
Ví generales,
ministros, duques,
damas de rango,
doncellas *cursis*,
mas con un lujo
todos, que aturde
al que, curioso,
no los estudie.
Pasó don Cosme,
varon ilustre
que á los *ingleses*
la sangre pudre,
porque le piden
y él no da lumbre.
Pasó, arrastrando
glasés y tules,
con su hija Láura
doña Virtudes,
que sólo comen
tristes legumbres,
y esas las deben,
según se ruge.

Pechera rica
mostraba Itúrbide;
camisa, há tiempo
su piel no cubre.
Yo en mi cartera,
por esto, puse:
*No es oro todo
lo que reluce.*

II.

Entre otras varias
gentes de fuste,
pasó el banquero
Próspero Antúnez.
Los envidiosos
decían:—«¡Se hunde!»
Otros juraban:
—«Aunque diluvie
y peste y guerra
todo lo trunquen,
tiene su casa
cimientos útiles
contra esas y otras
vicisitudes.»
Yo, nada dije,
mas no hay quien dude
de que dió há poco

bailes no lúgubres;
y en sus banquetes
llenaba el buche
más de un hambriento
bípedo implume.
Todo era indicio
de que, en resúmen,
iba en bonanza
marchando el buque.
Mas hoy la quiebra
me anuncia Nuñez
y el suicidio
del pobre Antúnez.
Yo, en mi cartera,
pongo este apunte:
*No es oro todo
lo que reluce.*

III.

No he visto un hombre
como Santurde;
si fuese cómico,
fuera de empuje.
Mírenlo ustedes
cuando salude;
casi empalaga
de puro dulce.

Sus ojos rien,
vivos y azules,
como los ojos
de los querubés.
Los de su esposa
también descubren
que es feliz ella,
que no se aburre;
así es, que envidian
los transeúntes
el yugo blando
que á los dos unce.
Pero en la casa
¡qué negras nubes!...
es un infierno
que huele á azufre.
Él, hecho un tigre,
por nada gruñe;
pega á los gatos
y á su Gertrudis,
y aun á su prole
bárbaro tunde.
Yo, en mi cartera,
por esto, puse:
*No es oro todo
lo que reluce.*

VENTURA RUIZ AGUILERA.

 KRUPP.

SR. D. E. JULIÁ.

Mi estimado amigo: ha tenido Vd. la bondad de acordarse de mí con el fin de que le escribiese algo para su Calendario. Cuando llegó la apreciable carta de Vd. á mi poder, hace un cuarto de hora, estaba yo escribiendo al Sr. D. Alfredo Krupp de Essen, y me pareció oportuno encabezar con ese ilustre apellido el artículo que Vd. me pedía: acto continuo y con la misma tinta con que acabo de firmar la carta que dirijo á Alemania, comienzo á ocuparme de lo que era, es y está haciendo el que en Viena era llamado por nosotros el bondadoso herrero.

¿Quién era Krupp? ¿Quién es hoy Krupp?

Krupp era un obrero, que, como Watt, Whyat, Arkright, Jacquart, Steffenson y otros muchos hijos del trabajo, han dado tantos días de gloria á las generaciones de

los tiempos en que han vivido ó viven. Si contemplamos las grandes creaciones de la industria y las perfecciones más elevadas que hoy estudia la universalidad, vemos que la mayor parte de lo creado y perfeccionado que estamos admirando hace más de veinte años en el Támesis, en el Sena y en el Danubio, se debe exclusivamente á la inventiva de los obreros, y no creemos que hayan necesitado para elevarse á tan prodigiosa altura de la receta ni del protectorado que les ofrecen las teorías de *La Internacional*, ni las prácticas de la *Commune*.

Veamos, pues, lo que, á pesar de *La Internacional*, era, es y ha hecho el obrero Krupp.

Empecemos por lo que era y sucesivamente ha sido. En 1851, en Lóndres, era el señor Krupp un lingote de acero fundido al crisol, que pesaba 2.250 kilogramos. Ya ofrecía el Sr. Krupp una naturaleza fuerte.

En 1855, en París, era el Sr. Krupp un lingote de acero fundido al crisol, que pesaba 10.000 kilogramos. Ya iba robusteciéndose el obrero.

En 1862, en Lóndres, era el Sr. Krupp un lingote de acero fundido al crisol, que pesaba 20 000 kilogramos. Ya iba engrosando el Sr. Krupp.

En 1867, en París, era el Sr. Krupp un lingote de acero fundido al crisol, que pesaba 40.000 kilogramos. Ya había engordado el Sr. Krupp.

En 1873, en Viena, ha sido el Sr. Krupp un lingote de acero fundido al crisol, que pesaba 52.500 kilogramos, formado con 1.300 crisoles, conteniendo cada uno cerca de 30 kilogramos. Ese lingote fué cilíndrico, con el diámetro de 1^m400: despues se le dió forma octógona por medio de un martillo-pilon de ¡¡¡50.000 kilogramos!!! Como usted ve, el Sr. Krupp ha ido á Viena en estado de completa polisarcia.

¿Para qué es este lingote? Pues es nada ménos que para hacer un cañon de 37 centímetros, y, para que se asombre Vd., le diré que este cañon será forjado.

La representacion del Sr. Krupp está en sus lingotes más que en sus cañones. Sus cañones han hecho y están haciendo mucho ruido, por desgracia nuestra, para apagar el resuello á Paixhans, Withworth, Blakeley, Amstrong, Parrot y otros *filántropos* modernos. Sus lingotes han sido y están siendo causa de estudio, de meditacion, de asombro, de gloria y de plácemes universales. La fotografia de Krupp está en su lingote.

La fábrica donde este obrero ha trabajado se halla situada, como he dicho, en Essen, y sólo se ocupa en hacer acero: en esa fábrica hay una casita muy modesta, donde ha vivido desde 1810 la familia del actual propietario.

Ya que hemos dicho quién era el Sr. Krupp, digamos ahora quién es. La fotografia de sus productos es el lingote, como he dicho; voy á dar á Vd. la de su taller en Essen. Actualmente posee la fábrica (fijese Vd. bien en la cifra) un terreno cercado de más de 400 hectáreas, de las cuales cerca de 75 están cubiertas de edificios (más que el espacio que ocupan muchas capitales de provincia), dentro de los cuales trabajan 12.000 obreros, de los que 2.000 son mantenidos en el establecimiento. Las minas y hornos altos de Krupp tienen ocupados á 5.000 obreros, que con los 12.000 de la fábrica y 739 empleados de administracion, dan un total de unos 18.000 individuos.

Esas minas, esos hornos altos, esos combustibles, esas máquinas y esos hombres producen, ¡¡¡admírese Vd.!!! 125.000.000 de kilogramos de acero fundido en lingote.

¿En qué se convierten para satisfacer las necesidades de la demanda pública?

En ejes, llantas, ruedas, plataformas, barras-carriles, muelles para wagones, árboles de trasmision, calderas, rodillos, aceros para muelles y herramientas, cañones

y proyectiles, que hoy se trasportan á todos los puntos de la tierra, donde el Sr. Krupp tiene representantes autorizados, poderosos é inteligentes.

Dentro del establecimiento hay 1.365 hornos clasificados de esta manera: 250 para fundir acero, 390 de refundicion, 161 de recalentado, 115 de pudler; 14 de copela, 160 para diversos usos y 275 para hacer coke.

Añada Vd. á esto 264 forjas y 310 calderas.

Los generadores de vapor que tiene la fábrica son 283, que representan una fuerza de 10.000 caballos, divididos de esta manera:

Número..	3	57	46	16	17	6	1	4	38	
Caballos de vapor.	2	4	6	8	10	12	13	14	16	
Número..	4	21	16	3	22	5	2	4	4	2
Caballos de vapor.	18	20	23	21	30	35	40	45	60	80
Número..	3	1	5	1	1	3	1			
Caballos de vapor.	100	120	150	200	500	800	1000			

Ya he dicho á Vd. cuántos y cuáles son los hornos y cuál es la fuerza motriz. Ahora vamos á las herramientas. Como tales considero yo las máquinas y trenes de trabajo. A 1.056 asciende el número de las que hay en la fábrica, entre las cuales se encuentran 362 tornos, 82 máquinas de enrollar, 195 de perforar, 107 de cepillar, 42 de taladrar y burilar, 32 prensas hidráulicas, 63 máquinas de pulir, 31 de plegar, 142 máquinas diversas y 74 martillos-pilones, que cuentan desde el peso de 100 kilogramos hasta el de 50.000.

El consumo anual consiste:

En 500.000.000 de kilogramos de carbon.

En 125.000.000 de coke.

En 3.500.000 metros cúbicos de agua.

En 5.000.000 id. id. de gas para la alimentacion de 16.500 mecheros.

Merece la pena fijarse en estas cifras.

Veámos sus movimientos. La fábrica está ligada por vias férreas á tres grandes caminos de hierro y para su movimiento interior cuenta dentro de ella con 53 kilómetros de ferro-carril, que tienen 327 cambios de via, 104 placas de torno ó plataformas, 600 wagones, 13 locomotoras y un gran número de caballos para los ferro-carriles que se mueven con la fuerza muscular. Hay que advertir que en estos ferro-carriles no se cuentan los que se mueven á mano dentro de los talleres. Como parte de accion en esta viabilidad y para facilitar las comunicaciones entre los diferentes talleres, cuenta el establecimiento con 30 estaciones de telegrafia eléctrica.

Una fábrica de este género, donde tanto combustible arde constantemente, necesita mucha policia para evitar los incendios. Todo está previsto: hay una compañía de 70 bomberos con un material tan notable como el que usa la ciudad de Nueva-York. Esta fuerza se ocupa tambien de la policia de seguridad de la fábrica con 166 hombres más, que no tienen otra mision que la de mantener el orden.

Veamos algo del sistema económico de esta *herrería*. Hay un economato que provee á los obreros de víveres, mobiliario y vestuario á precio corriente y al contado. Este economato, cuyos gastos mensuales pasan de 1.200.000 rs., posée entre otros elementos una fonda, tres cervecerías, una fábrica de agua de Seltz, un molino de vapor

y una panadería, cuyas dos máquinas de vapor y amasadoras mecánicas producen 85 000 kilogramos de pan cada mes.

Hay además en el establecimiento habitaciones para los empleados y para 2.948 obreros. Estas habitaciones albergan hoy á más de 8.000 habitantes y el Sr. Krupp trabaja enérgicamente para aumentarlas. Hoy se están construyendo habitaciones para 1.000 obreros casados. Olvidaba decir que hay además pupilajes para 2.500 obreros solteros.

La caridad del Sr. Krupp está en relacion con su privilegiado génio y señalada bondad. Dirigidos por médicos de la fábrica, hay dos hospitales, uno con cien camas y otro con ciento veinte; además hay una caja de socorros, que en el primer semestre de este año ha pagado por pensiones y ayudas á los obreros inválidos más de 2.000.000 de reales.

La imprenta, la litografía y el taller de encuadernacion son verdaderas miniaturas de Hachette; el laboratorio químico es digno de Offmann; el gabinete fotográfico pudiera muy bien ser dirigido por un artista tan distinguido como Vd. Si quiere usted contemplar algun trabajo de este gabinete puede examinar la gran fotografia de parte de la fábrica, que posee mi amigo el general Caballero de Rodas.

Hago punto y no hablo de las minas del Sr. Krupp, porque esto se prolonga y no tendria Vd. espacio que ofrecérme. Suprimo comentarios y reflexiones. ¿A qué, si los datos hablan más elocuentemente que la razon? Nada tampoco le digo á Vd. de los objetos que ha expuesto en Viena. Sólo le diré que he visto un cañon de 30 $\frac{1}{2}$ centímetros, de calibre de 305 milímetros, de peso de 36.600 kilogramos y de metros 6,7 de longitud.

Esto es una corroboracion de lo que decia el difunto lord Palmerston á una comision del Congreso de la Paz, que fué á pedirle que interviniese para que se acabasen las guerras en el continente:

«Buenos señores, eso que Vds. me piden es una quimera que han soñado los angelitos más inocentes de la corte celestial.»

J. EMILIO DE SANTOS.

P. D. Olvidaba decir á Vd. que además de las 414 minas con 20.000 hectáreas de superficie que tiene el obrero Krupp, posée en el Norte de España tales propiedades mineras de hierro, que ha designado una extraccion anual de 300.000 toneladas para la fabricacion de acero fundido en Essen. Al efecto, está construyendo 12 kilómetros de ferro-carril en España y muchos barcos de vapor que le lleven esta riqueza. ¡Válanos Dios!

MAL DE MUCHAS.

—¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?

Rosaura preguntó con desconsuelo.

—Murió, dijo el doctor, de una caída.

—Pues ¿de dónde cayó?—Cayó del cielo.

CAMPOAMOR.

A LA MEMORIA DE MI ESPOSA.

De tus labios pendiente
mi vida yo tenía,
y tu mirada pura y trasparente
era la luz de la existencia mia.

¿Por qué me abandonaste?
¿Por qué, tendiendo el vuelo
por la region etérea, me dejaste
sumido en el dolor y el desconsuelo?

La mútua complacencia,
fruto de amor bendito,
que brotando al calor de la conciencia
un bienestar brindábame infinito:

Y aquella confianza
que la virtud inspira,
cuando ya realizada su esperanza
con inefable calma el hombre mira;

¡Ay! todo en un instante
lo arrebató la muerte,
sin que bastara mi delirio amante,
noble y santa mujer, á defenderte.

Sin que bastara el ruego
que por tí, al cielo santo,
elevaba el esposo sin sosiego,
envuelto en los raudales de su llanto.

No tuvo Dios clemencia
de mi oracion sentida,
y en el mundo quedé con mi impotencia
estéril como planta maldecida.

Tu cadáver estaba
ante mí macilento,

Madrid Octubre de 1870.

y yo con loco anhelo le abrazaba
creyendo reanimarle con mi aliento.

Tu nombre repetía
con labio tembloroso,
y solo á mis acentos respondía
el eco de la muerte pavoroso.

Desolador vacío
sintió entonces mi pecho...
¡ay! ¿por qué me dejastes, angel mio,
entre estériles lágrimas deshecho?

.
.

Me acuerdo que amorosa,
con emocion sincera,
me solias decir: «Seré dichosa
si entre los dos sucumbo la primera.»

Que es muy amarga vida
perder el bien amado,
llevando abierta sin cesar la herida
que aquel sér al morir nos ha dejado.

Dios te oyó, y ahora veo,
sublime criatura,
la verdad que encerraba tu deseo,
la razon que guardaba tu ternura.

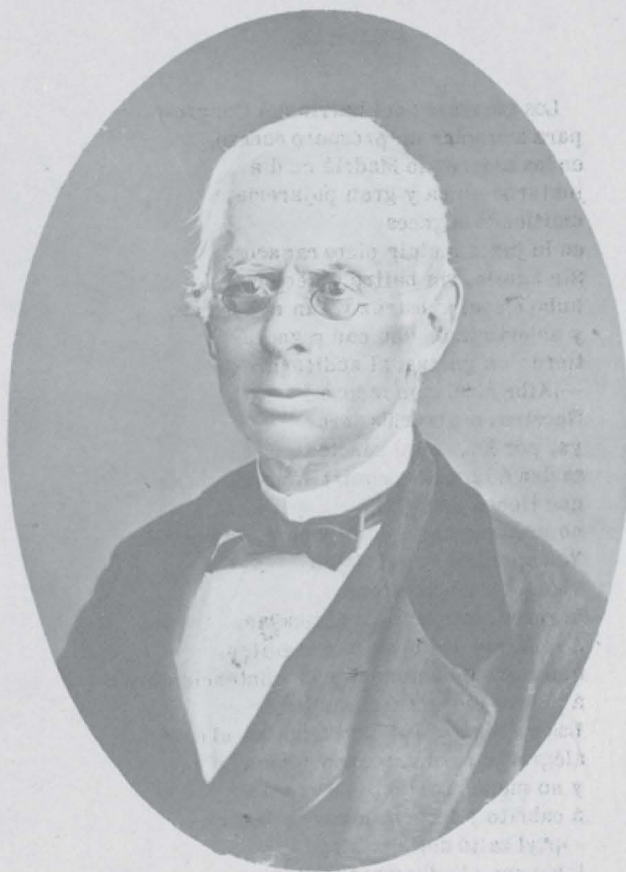
Si á la mujer querida
la aciaga muerte hiere,
cuando es del alma la pasion sentida
no muere el que primero dá la vida,
el que con vida queda es el que muere.

JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.



2

ALBUM DE E. JULIÁ.



HARTZENBUCH.

PAJAROTADA.

Fábula.

Los gorriones del barrio del Congreso,
para anunciar un próspero suceso,
en las afueras de Madrid un día
juntaron chica y gran pajarería,
omitiendo sagaces
en la junta incluir picos rapaces.
Sin águila, sin buitre ni lechuza,
hubo cisne, avestruz y aun avestruza;
y abierta la sesión, con regocijo
tierno un gorrión al auditorio dijo:
—¡Albricias, compañeros!
Nuestros contrarios fieros
ya, por fin, de tal suerte
se dan á la razón, contra lo usado,
que tienen decretado
no pronunciar desde hoy pena de muerte.
Ya entendeis que si dejan
vida á los criminales,
la razón, mil razones aconsejan,
á nada que los buenos lo mediten,
que es ya un horror que la existencia quiten
á pobres inocentes animales.
Los principios del bien triunfan al cabo:
alégrense perdiz, pichón y pavo,
y no menor contento les espera
á cabrito y lechón, manso y ternera.
—¡Ay! saltó una gallina;
temo que el informante desatina.
No son los hombres gente
que va en su proceder tan consecuente:
mientras les sepan bien asado y olla,
comiendo seguirán gallina y polla;
y habiendo asesinato y desafío,
falta el garrote hará, pájaro mío.
Supriman los apóstoles flamantes
la pena antigua; bien, justo lo hallo;
pero debieran, en sentir de gallo,
debieran suprimir el crimen antes:
á ser vendrá, sin eso,

la tal abolicion falta de seso.
 —¡Cá! ¡No! chilló el gorrion: estos señores,
 nuevos legisladores,
 se apoyan en principios inconcusos,
 y desterrando abusos,
 ley dictan en razon establecida.
 «Aquel que no la dé, no quite vida.»
 —Ríete de agudezas de oradores,
 la gallina exclamó: los susodichos,
 que serán por ventura cazadores,
 sin empollar, escopetean bichos.
 Guarda tu pluma, por si van mal dadas:
 todo lo que nos cuentas me parece,
 gorrion, *pajarotadas*.
 Yo sospecho, en mis trece,
 que lo entendisteis mal: habreis oido
 á pobres gentes, de razon privadas,
 esas cosas decir;—y algun perdido
 á la par voceó, riendo aparte:
 «Gracias por el favor que dais al arte:
 pueda yo apiolar á Luis y á Roque,
 y la justicia á mí que no me toque.
 ¡Vivan, vivan los cándidos padrinos
 de incendiarios, ladrones y asesinos!»
 Basta. Sabed, aladas criaturas,
 que no se arregla el mundo con locuras;
 mientras alzado esté hierro que mate,
 suprimir el verdugo es disparate.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

UNA FÁBULA DE SAMANIEGO.

I.

El insigne fabulista alavés D. Félix María de Samaniego habia casado en Bilbao, vivió allí mucho tiempo y dejó muchos recuerdos de su donoso ingénio. Samaniego es en Bilbao algo parecido á lo que es Quevedo en Madrid: no hay agudeza de ingénio que no se le atribuya con más ó ménos verosimilitud. Sin embargo, se cuentan allí muchas que indudablemente son suyas, y á este número pertenece la anécdota que voy á contar. Es posible que esta anécdota no sea original del mismo Samaniego, y sí sólo una de aquellas imitaciones de que tan discreto ejemplo nos dió en muchas de sus fábu-

las, cuyo pensamiento pertenecía á los fabulistas que le precedieron, desde Esopo á Lafontaine; pero no por eso tiene ménos gracia, á pesar de lo pícaramente que yo la voy á contar.

Samaniego tenía mucha afición á la villa de Marquina, que, aunque chiquitita, es muy linda, apacible y honrada, y es en Vizeaya el pueblo de más recuerdos literarios, como que de allí eran los Mogueles, que escribieron en vascuence libros piadosos muy buenos y en castellano disertaciones filológicas muy discretas, y hasta hubo en la misma familia una señora que tradujo en lindos versos vascongados una colección de fábulas; de allí procedían los Astarloas, uno de los cuales dió á luz la *Apología de la lengua vascongada* y dejó inéditos trabajos importantísimos sobre el mismo asunto; allí residió largo tiempo el ilustre Humboldt estudiando y aprendiendo la lengua vascongada, para publicar luego sus doctísimas demostraciones de que aquella lengua es resto venerable y apenas adulterado de la primitiva ibérica; y por último, de allí proceden los Munibes, uno de ellos fundador de la famosa Sociedad vascongada que dió origen á las de Amigos del País, y en cuya patriótica empresa invirtió la enorme suma de 90.000 ducados, dato histórico que yo he tenido ocasión de comprobar en el archivo del señor conde de Peñaforida, digno nieto de aquel ilustre patricio, que tiene su patriarcal hogar en Marquina.

No es extraño, pues, que Samaniego con sus aficiones literarias y su amor á lo apacible, honrado y hermoso, gustase de pasar largas temporadas en Marquina, dejando á su hacendosa y varonil mujer el cuidado de la casa y cuantiosos bienes que tenía en Bilbao y sus cercanías, tanto más cuanto que su mujer estaba siempre en sus glorias con el tráfico de criados é inquilinos.

II.

En Vizeaya hay grandes trabajadores, pero también grandes comedores. Si yo fuese á contar las historias de Heliogábalos vizcainos que he recogido andando por allí de villa en villa, de aldea en aldea y de casería en casería, escribiría un libro muy curioso; pero como dicen que para muestra basta un botón, me contentaré con mostrar, no uno, sino un par de botones.

En una taberna de Munitebar hay un letrero hecho á punta de cuchillo en una puerta, y su historia es la siguiente:

Un anochecher llegaron á la taberna tres lequeitianos, uno de ellos eclesiástico, y determinaron pernoctar allí porque iban de Bilbao y se les hacía ya tarde para continuar á Lequeitio, que está de allí cosa de dos leguas.

—Por supuesto, dijeron á la tabernera, ¿tendrá Vd. cena abundante que darnos?

—¡Ojalá que no tuviera tanta! contestó la tabernera. Esta mañana han pasado por aquí trece pícaros canteros marquinaeses, que decían iban á Guernica y volverían á medio día, y después de haberme encargado que les tuviera dispuesta una buena comida, no han vuelto y ha quedado todo, como quien dice, para los cerdos.

—Aquí estamos nosotros para cenarnos lo de los trece, y más que fuera, dijeron los lequeitianos.

La tabernera tomó esto á broma, pero una hora después se había convencido de que no lo era, pues los tres lequeitianos no habían dejado ni los huesos de la comida preparada para los trece canteros.

Y no contentos con esto aquellos bestias (salva la corona del que la tenía), al irse

la mañana siguiente, despues de almorzar fuerte, escribieron en la puerta del comedor con la punta de un cuchillo:

«El día tantos de tal mes y de tal año se cenaron aquí Fulano, Zutano y Mengano la comida dispuesta para trece.»

Como el hecho es histórico y público y notorio en el valle de Lequeitio, no he querido callar, por más que me pese, la circunstancia de que el héroe principal de esta hazaña fué un señor cura, para tener ocasion de honrar á los buenos sacerdotes, que abundan en Vizcaya, y execrar á los malos, que allí son pocos, y sobre todo para pedir á los lectores del ALMANAQUE DE JULIÁ que pidan á Dios le haya perdonado su glotonería, pues murió hace años poco menos que reventado á fuerza de comer.

El otro boton que voy á presentar de muestra es un caballero de Marquina, llamado D. Lesmes, y célebre por su insaciable apetito. Cuéntase allí que D. Lesmes apostó un día á que se comia dos docenas de sardinas frescas y se bebía una azumbre de vino mientras el reloj de la villa daba las doce, y ganó la apuesta, pues al dar el reloj la undécima campanada, D. Lesmes se quitaba con el último trago de vino el dejo de la última sardina.

III.

D. Lesmes era uno de aquellos que viven para comer, en lugar de comer para vivir. A pesar de ser caballero de casa solariega bastante rica, era solteron, porque todos sus afectos estaban en el estómago y no un poquito más arriba. No consistia su celebridad sólo en su insaciable apetito, sino tambien en su creencia de que el día que le perdiese ya podia ponerse bien con Dios, porque sin remedio era hombre muerto. Esta creencia tenia su origen en una broma que habian querido darle sus amigos. Como fuese hombre que dividiese su amor á la manducatoria con su amor á la vida, sus amigos habian querido darle un susto tremendo haciéndole creer que se hallaba en inminente peligro de muerte. Puestos de acuerdo al efecto con el médico de la villa, este le anunció que en el momento en que le faltase el apetito debía disponerse á morir, porque su muerte estaba próxima. D. Lesmes creyó á piés juntillas al médico, porque era tan crédulo y candoroso cuanto comilon, y preparado así, sus amigos se dedicaron á hacerle perder el apetito; pero quienes se llevaron chasco fueron ellos y no D. Lesmes, á quien nunca lograban ver harto.

Fué Samaniego por Marquina, y como le contasen lo inútiles que habian sido sus esfuerzos para asustar á D. Lesmes y apelasen á su ingenio para conseguirlo, ei buen D. Félix les dijo:

—Déjenlo Vds. á mi cargo, que yo apretaré un poco mi flojo ingenio á ver si cumplo con una fábula en accion el precepto de Horacio.

Samaniego vivía en una casa aislada en las cercanías de la villa.

D. Félix y D. Lesmes se encontraron al anochecer al retirarse del paseo.

—¡Oh, Sr. D. Félix!

—¡Oh, Sr. D. Lesmes!

—¿Cómo va esa humanidad?

—Bien, á Dios gracias, pues el apetito se conserva excelente. Hoy despues de comer me fuí á dormir la siesta acostunbrada, que nunca baja de un par de horas; pero no habia pasado una cuando me despertó el pícaro gusanillo...

—Le envidio á Vd. el buen apetito, porque yo le tengo fatal.

—Y Dios me le conserve, porque el día que le pierda me voy inmediatamente al otro barrio, según me ha dicho el médico.

—Hombre, ya podía Vd. acompañarme mañana á comer, porque mañana es mi cumpleaños y me voy á aburrir comiendo solo, y sobre todo con la falta de apetito que tengo estos días.

—Pues acepto el convite.

—Y no le pesará á Vd., amigo D. Lesmes, pues me han mandado de Laguardia un barril de vino rancio y una docena de perdices, que deben ser cosa buena.

—¡Jé, jé, jé! ¡Cómo se regala este pícaro de D. Félix! Pues allá me tendrá Vd. y haremos por sacar el escote.

—Váyase Vd. temprano, que quiero que almorcemos, comamos y cenemos juntos, porque no le suelto á Vd. hasta el día siguiente.

—¡Jé, jé, jé, jé! Así que despache el chocolate, las *paminchas* y el vaso de leche y duerma la reposada, me tiene Vd. por allá. Ahora vamos á ver si nos dan de cenar, que me voy cayendo de debilidad con el paseito hasta Ubilla que hemos dado.

—Pues lo dicho, Sr. D. Lesmes.

—Lo dicho, Sr. D. Félix.

IV.

A las ocho de la mañana siguiente subía D. Lesmes las escaleras de casa de Samaniego. Se levantaba temprano, sirviéndole de despertador el estómago, cuya debilidad fortificaba con un tazón de cuatro onzas de chocolate, tres ó cuatro *paminchas* (que son unas tortas de pan muy sabrosas, como de cuarteron cada una), y la leche que cabía en uno de aquellos tremendos vasos de asa que suele haber en las aldeas. Lo que llamaba D. Lesmes la *reposada* era una hora de sueño en el sillón, porque hasta después del chocolate había de dormir siempre el buen D. Lesmes.

A las nueve terminaban este y Samaniego un abundante almuerzo, en cuya preparación había hecho prodigios de habilidad y esmero la cocinera.

Samaniego era buen comedor, pero excitó vivamente la compasión de D. Lesmes con su falta de apetito, que decía haber perdido hacia algunos días.

—Ea, dijo D. Félix á su huésped, ¡supongo que ahora querrá Vd. echar el sueñecillo acostumbrado?

—Eso ya se sabe; sin la reposada ni aun el chocolate me sienta bien.

—Pues venga Vd. á su cuarto y duerma á sus anchas.

D. Félix acompañó á D. Lesmes á uno de los cuartos más hermosos y retirados de la casa; D. Lesmes se desembarazó de la ropa exterior y se acostó, y D. Félix, después de cerrar cuidadosamente la ventana para que la luz no le molestara, se salió del cuarto llevándose recatadamente el reloj de D. Lesmes, que este había colocado sobre la mesita de noche.

Hecho esto, Samaniego adelantó la hora, así del reloj del comedor como del de D. Lesmes, haciendo que ambos señalaran la una, y acercándose de puntillas al cuarto de D. Lesmes escuchó, y como notase que éste roncaba ya como un marrano, entró y colocó el reloj sobre la mesa de noche.

V.

Media hora después, es decir, antes de las diez de la mañana, D. Félix entró en el cuarto de D. Lesmes, gritando al mismo tiempo que abría la ventana:

- ¡Arriba, Sr. D. Lesmes!
- ¿Qué hay, Sr. D. Félix? preguntó D. Lesmes, despertando sobresaltado.
- ¿Qué ha de haber, hombre! Que está ya la sopa en la mesa.
- Pues ¿qué hora es?
- ¡La una dadal!
- ¡La una! ¡No puede ser, hombre!
- Vea Vd. el reloj.
- En efecto, dijo D. Lesmes mirando su reloj. ¡Pero, hombre, si me parecía que acababa de quedarme dormido!
- Es que tiene Vd. un sueño de ángel y se conoce que le ha sentado bien el almuerzo.
- Hombre, sí, á Dios gracias.
- Supongo que habrá buen apetito?
- Ese, á Dios gracias, no le pierdo yo nunca.
- Y eso que el almuerzo fué muy fuerte. Vamos á la mesa, que la comida no lo será ménos.

D. Félix y D. Lesmes pasaron al comedor. Todavía parecía al segundo como que no habian trascurrido cuatro horas desde que terminó el almuerzo; pero el reloj del comedor que, como el suyo, señalaba más de la una, acabó de disipar sus dudas. Por casualidad el de la villa estaba aquel día parado.

La comida fué magnífica. Cada vez que salia un nuevo plato, el rostro de D. Lesmes se iluminaba de alegría, porque aquellos manjares eran capaces de abrir el apetito á un muerto, por más que ni esto ni el ejemplo del buen diente de D. Lesmes bastasen á vencer la parquedad de Samaniego, que la explicaba con lo desganado que andaba hacia días.

Terminada la comida antes de las tres, D. Lesmes, reventando de lleno, se fué á dormir la siesta, acompañándole al cuarto D. Félix, que cerró cuidadosamente la ventana para que no le molestara la luz, y salió, apoderándose del reloj del tragaldabas y diciendo que él iba también á dormir una buena siesta.

Pero en lugar de ir á dormir la siesta, Samaniego se entretuvo en poner el reloj de D. Lesmes y el del comedor á las nueve, en cerrar con el mayor esmero todos los balcones y ventanas de la casa y en encender la lámpara del comedor, mientras las criadas hacian todas las trasformaciones necesarias para la cena.

Acercóse D. Félix á oscuras al cuarto de D. Lesmes, y como oyese á este roncar, entró, y dejando el reloj sobre la mesa de noche, salióse y fué á recibir y encerrar en el cuarto contiguo al comedor á una porcion de amigos suyos y de D. Lesmes, incluso el médico de la villa, á quienes sintió subir sigilosamente la escalera.

Poco despues tomó una luz y se dirigió al cuarto de D. Lesmes.

VI.

- ¡Sr. D. Lesmes! ¡Sr. D. Lesmes! gritó D. Félix desde la puerta.
- ¿Qué ocurre? contestó D. Lesmes despertando sorprendido con la luz artificial y aquellas voces.
- ¿Está Vd. malo?
- No, á Dios gracias. ¿Por qué me lo pregunta Vd.?
- Porque tanto dormir me da mala espina.
- ¿Cómo que tanto dormir, si no hace media hora que me acosté?

—¡No tiene Vd. mala media hora, cuando lleva durmiendo cerca de seis!

—Pues ¿qué hora es?

—Las nueve.

—¿Las nueve?

—Sí, señor, y si no vea Vd. el reloj.

—¡En efecto! exclamó D. Lesmes consultando el reloj. Pero ¡si se me había hecho la siesta un cuarto de hora!

—¡Dichoso Vd. que tan apacible duermel! Ea, arriba, vístase Vd. y vamos á cenar.

—¡A cenar...! murmuró D. Lesmes poniéndose mal humorado, porque creyó que su estómago no recibía aquella noticia con la satisfacción de costumbre.

—Sí, señor, á cenar. Pues qué, ¿no le parece á Vd. aun hora? Yo mismo me estoy cayendo de debilidad. Ya veo que del decantado apetito de Vd. hay que rebajar mucho.

D. Lesmes se vistió y se dirigió al comedor, cuyo reloj marcaba como el suyo más de las nueve, y D. Félix y él se sentaron á la mesa.

Sirviéronles una ensalada de lechuga con rajas de huevo, que por aquella tierra suele servir de introduccion, así como en esta suele servir de postre, y ambos le hicieron los honores correspondientes.

Tras la ensalada vino una enorme fuente de perdices en salsa, que eran el manjar más codiciado de D. Lesmes. Este sonrió de alegría al ver las perdices; pero Samaniego notó que al llevarse á la boca un trozo de tentadora pechuga, se puso descolorido y masticaba como con repugnancia.

—Amigo D. Lesmes, dijo D. Félix trinchando con delicia el tercer muslo de perdiz, es necesario convenir en que á ataque de perdiz no hay inapetencia que resista.

D. Lesmes, que á su vez se llevaba á los labios una pata de perdiz, dejó caer al plato tenedor y presa, exclamando con terror y desesperacion:

—¡Ay, Sr. D. Félix, soy hombre perdido!

—¿Por qué, Sr. D. Lesmes?

—Porque ha llegado mi última hora. ¡Que venga el médico, ó mejor dicho, que venga mi confesor!

—¿Ha perdido Vd. el juicio, Sr. D. Lesmes?

—¡No, lo que he perdido es el apetito, que es en mí tanto como perder la vida!

Y D. Lesmes, llorando y aterrado, clamaba porque llamaran al médico y á su confesor.

Una de las criadas hizo que salía precipitadamente, y un instante despues entró en el comedor seguida del médico, á quien decia haber tenido la fortuna de encontrar apenas puso el pié en la calle.

En efecto, D. Lesmes sentia ánsias de muerte y creia llegado su postrer instante.

—¿Qué ocurre, Sr. D. Lesmes? le preguntó el médico.

—¡Que he perdido el apetito!

—¿Comiendo á las horas regulares?

—¡Sí, señor!

—Si es así, ¡caso desesperado tenemos!

Oyéronse pasos precipitados en el corredor y entraron los amigos de D. Lesmes fingiéndose profundamente consternados.

—D. Lesmes, ¿qué es lo que ocurre?

—¡Que ha llegado mi última noche!

—¿Dirá Vd. su último día?

—¡Ay! ¡Ya no veré el de mañana!

—Pero verá Vd. el de hoy, dijo el médico. Que abran esos balcones para que respire el aire libre el moribundo.

Una criada abrió de par en par el balcon del comedor, y el sol, que todavía estaba muy lejos del ocaso, inundó el comedor de luz é hirió el rostro de D. Lesmes, que dió un grito de alegría y sorpresa, al mismo tiempo que todos los circunstantes prorumpian en ruidosas carcajadas y aplausos á Samaniego, calificando de su más ingeniosa fábula la que acababa de poner en accion.

—Sr. D. Félix, exclamó el médico, falta la moraleja de la fábula.

—Entre la fábula y la moraleja debe haber algun espacio, contestó D. Félix.

Poco tiempo despues, los amigos de D. Lesmes y de D. Félix fueron á dar al segundo la noticia de que el primero, al terminar una comilona, habia reventado de lleno.

—¡Ahí tienen Vds. la moraleja de la fábula! exclamó el Sr. D. Félix con tristeza.

ANTONIO DE TRUEBA.

Madrid.

LA CARIDAD CRISTIANA.

No nos dejaste ¡oh Cristo! cuando la grey traidora
en tí agotó las iras del negro Satanás;
donde el mendigo pide, donde el humilde llora,
allí, Señor, estás.

Tu voz es la esperanza que nuestras almas llena,
que extingue los profundos latidos del dolor;
cuando me espanta y duele la desventura ajena,
te siento en mí, Señor.

¡Oh caridad sublime! ¡Oh inspiracion del cielo!
¡Oh rayo que descendes de la sagrada Cruz
y esparces por la tierra suavísimo consuelo,
resignacion y luz!

Tú riges los impulsos del corazon humano;
tú calmas de la vida la sorda tempestad;
tú lloras con el triste; tú apoyas al anciano;
tú amparas la orfandad.

Tú con sereno rayo, como la luz del dia,
dilasas por do quiera tu puro resplandor;

tú ahuyentas esa noche fatídica y sombría,
la noche del dolor.

Tú apagas las angustias del lastimado pecho,
las lágrimas enjugas con cariñoso afán;
tú das valor al débil, al peregrino, lecho,
al desvalido, pan.

Recoges el aliento postrer del moribundo;
vas, como amante madre, del peregrino en pos;
por tí los pobres mueren sin renegar del mundo,
sin acusar á Dios.

NUÑEZ DE ARCE.

EL BAILE.

I.

¿Quién inventaría el baile?

No lo sé. El origen del baile se pierde en la noche de los tiempos, y se esconde entre las hondas tinieblas donde zozobra toda humana erudición.

Por otra parte, ¿á qué conduciría averiguar cómo brincaban los primeros pobladores del planeta, ni qué nos importa saber cómo zarandeaba el cuerpo, en señal de alborozo, el buen rey David?

Lo único que conviene dejar consignado es que, si este venerable monarca hubiera resucitado en nuestros tiempos y presenciado un paso de tonelete en el palco escénico ó una contradanza de Lanceros ó de sir Rogers en los salones de la sociedad moderna, el cuerpo y la cara se le cayeran de vergüenza al imaginar que su honrado entusiasmo coreográfico pudiera haber servido de pretexto y origen á tan ridículas pantomimas.

No arrugueis el entrecejo, bellas lectoras; esta dura calificación no reza con vosotras, que teneis el privilegio de embellecerlo todo.

Por otra parte, el frac no se ha inventado para vosotras.

El frac y el baile son dos monstruosidades que no tienen igual en el orden de las aberraciones. Por eso van casi siempre juntos.

Hay misterios impenetrables que se pierden también en la noche de la tontería humana. ¿Por qué los civilizados imitarán en sus movimientos á los gimios y babuinos? ¿Por qué llevarán alas como los pájaros?

Si Diógenes viviera en nuestros tiempos es posible que buscara al hombre en la

ornitología. El único sabio que adivinó al racional de la edad moderna fué el que le presentó bajo la forma de un gallo implume, y la imagen hubiera sido completa á haberle dejado las plumas de las alas.

Yo adopto la idea del filósofo antiguo como base de mi definicion, y digo redondamente que el hombre de nuestros días, el racional de frac, es un tordo mojado.

II.

Ahora figúrese el Diógenes del siglo, si le tenemos, un tordo mojado haciendo contorsiones y piruetas, y dime francamente si ni con linterna ni con lámpara solar reconoce al rey de la creacion.

Antes de continuar mi tarea, confesaré de paso que mi opinion sobre el baile no es completamente imparcial. Tengo, desde que era pollo, motivos robustos para aborrecerle, y los explicaré en mis Memorias de Ultratumba.

Porque yo quiero escribir unas Memorias de Ultratumba; ¿qué dirian si no los abaceros y ultramarinos de las edades futuras, bibliotecarios natos de toda estampada vulgaridad?

Dejo, pues, consignada, sin otras explicaciones, mi aversion á la dinámica de los salones, y sigo tronando contra ella.

Dicen que el baile es un ejercicio corporal altamente higiénico y civilizador, recomendado por antiguos moralistas. No diré lo contrario; pero séame lícito observar que si tales han sido en la antigüedad sus benéficos efectos, no sucede lo propio en la edad moderna. El baile es malo para el cuerpo y mucho peor para el alma; y tengo por seguro que un ciudadano que se estime en algo no puede dormir tranquilo despues de bailar. La conciencia, despojada del frac, que es el demonio tentador, debe recobrar en esos momentos sus derechos de juez implacable.

¡Y si fuera esto solo! El baile es por lo comun el suplicio de los enamorados. El semblante de un Amadis que vé á la mitad de su alma cogida por la mitad del cuerpo, por un frenético bailador, bajo el frívolo pretexto de que el piano deja oír una polka ó un wals de dos tiempos, ofrece un interés fisiológico tan curioso como el del jugador que pierde el último duro. ¿Qué insoportable tormento el de ver pasar como un torbellino á la mujer querida, aprisionada en las garras de un negro pájaro de rapaña! ¿Qué negro insulto el de aquellos faldones de frac que pasan azotando al paciente y escupiéndole al rostro su sarcasmo de Sedan ó de Tarrasa!

Aunque no lo dice la historia, el baile de sociedad debe ser invencion de Calígula, de Neron ó de Luis XI.

III.

Se calcula que cuatro vueltas de wals de dos tiempos equivalen, bajo el punto de vista de la fatiga corporal, á desbravar dos jornales de tierra. El wals de dos tiempos es el más inconcebible de los excesos que han cometido piés humanos sobre una alfombra. Ni siquiera tiene en su abono el pretexto del compás y de la cadencia; es una comezon desenfrenada de las suelas de las botas. Todo el misterio consiste en evitar un encontron, porque el encontron en el wals de dos tiempos es tan peligroso como el choque de dos locomotoras; es mortal de necesidad.

Este baile debió inventarle algun desesperado que deseaba morir matando con disimulo.

Un sorbete ó un soplo de brisa, despues de un par de vueltas de este wals, son dos medios seguros de llegar á una pulmonía fulminante.

Hay quien opina que este torbellino febril en que se confunden dos alientos y se atmosferizan dos cuerpos sólidos, envueltos en el ardiente vapor que exhalan dos epidermis en combustion, tiene sensaciones análogas á las que debió experimentar Malek-Adel devorando el espacio con Matilde.

Lo comprendo, pero yo, para devorar el espacio con una mujer, optaria por el sistema dinámico de aquel ilustre moro. Se me objetará con razon que este wals á caballo tiene el inconveniente de la persecucion á mano armada, al paso que el de la sociedad moderna ofrece el atractivo de una absoluta impunidad. Porque, ¿quién persigue un rapto confiado á la salvaguardia del compás?

En efecto, no lo persigue nadie, como no sea la maldicion inarticulada y rencorosa de algun celoso anticoreográfico.

IV.

Esto por lo que hace á los bailes de estampía. Los indolentes, los pacíficos, tales como las habaneras, son pura y sencillamente el platonismo de la extravagancia en accion. Los movimientos automáticos de los brazos, bailando unas habaneras, son lo sublime en el género.

En este punto ha habido diversidad de escuelas. Unos se han apoderado de la blanca mano de su pareja y la han puesto el brazo en tension hasta adquirir la tirantez de la catalepsis.

Otros han doblado el codo de la propia manera que los picadores cuando citan al toro con la rienda.

Otros han colocado sobre su corazon la mano de su cómplice.

Algunos han creido más gracioso y gallardo subir y bajar el brazo como el aspa de un molino de viento, imprimiendo una suave ondulacion á los faldones del frac.

En una palabra, la variedad en esto es infinita, tan infinita como los dominios de lo grotesco.

V.

Cuando vuelva á nacer aprenderé á tocar el piano; y ya que no he sido tirano feudal con derecho de horca y cuchillo, seré maestro acompañante de bailes de sociedad.

Las prerogativas son casi las mismas. El maestro acompañante tiene derecho de vida y muerte sobre los que bailan. Con solo dejar correr las manos sobre el teclado puede reventar cómodamente una docena de seres racionales en cada *té danzante*. Si el bailador es la imagen de un tordo, el que acompaña es el mochuelo que lo fascina, la serpiente que le atrae con invencible poder de atraccion.

Es más; el acompañante que llega á adquirir la conciencia de que el papel que representa es eminentemente ridiculo, mata sin compasion.

¡Oh! El baile, digan lo que quieran, es una gran deformidad de la vida social, y yo terminaré diciendo, en breve fórmula de anatema, que todas las abominaciones de

este género á que se ha entregado la sociedad moderna, desde las contradanzas empolvadas de nuestros abuelos hasta las exóticas pantomimas de nuestros días, son igualmente grotescas y depresivas de la dignidad, de la respetabilidad y de la perfectibilidad del hombre, rey de la naturaleza.

VI.

Yo tambien bailo de vez en cuando.

P. GARCÍA CADENA.

TIPOS. ⁽¹⁾

LOS HOMBRES PUNTUALES.

Máquinas vivientes, relojes humanos, mazos de carne, cuyos acompasados golpes determinan sus acciones, sus hábitos y costumbres. No son personas, son cosas que se mueven con perfecta regularidad; cabezas cuyo pensamiento tiene su derrotero; corazones con cuerda para veinticuatro horas, durante las cuales funcionan sus sentimientos con precision calculada. Su amor y su odio son viajeros que tienen sus estaciones y sus minutos de parada y fonda.

Observando el carácter español, la proporcion del hombre puntual en las clases elevadas, donde la ociosidad predomina, es de medio por ciento. En la clase ínfima, acostumbrada al peso de la servidumbre, el tanto por ciento es más crecido. La clase media es el núcleo de la puntualidad espontánea y elaborada por la inclinacion del ánimo y el cansancio del espíritu y de la voluntad. En ella se vé con frecuencia al hombre libre, dominado por las pasiones, siervo de sus vicios, esclavo de las prácticas que considera como base de sus deberes, uncido al carro de su destino, torpe en el discurrir, tardo en el obrar y eterno en todo, menos en la existencia, la cual emplea en cumplir su programa de hacer siempre lo mismo, quedando reducida á tres ocupaciones: contar los minutos, distribuir las horas y matar el tiempo.

El hombre puntual se reproduce con la exactitud de la silueta, y es activo por manía, consecuente por rutina y exacto por terquedad. Sus goces jamás se combinan con sus circunstancias; sujétanse al molde de su carácter. Sus dolores se hallan reglamentados y pierden en intensidad, sufridos á deshora ó excediendo en duracion mayor tiempo del que se les tenia señalado.

El hombre puntual de la política no medra, ni se eleva, ni brilla; le es forzoso cambiar de sistema si ha de explotar esa colmena en la que los zánganos se comen á las abejas. En ella no hay más que dos papeles: abeja ó zángano; generalmente se acepta el último, y por eso se cotiza tan alto; el otro es un papel mojado.

(1) De un libro inédito.

La puntualidad en los negocios suele argüir desconfianza. Un agente que no se equivoca nunca, que lleva el compás de sus operaciones dentro de su cartera, preocupa á sus comitentes. Requieren los contratos formalidad, severo cumplimiento; pero la puntualidad les perjudica. Una escritura, ante notario experimentado, es más terrible que la amenaza de un tiro de revólver.

Ménos usual que todas es la puntualidad en el pagar. «Debo, luego existo,» dice un filósofo moderno. Los deberes son antes que los pagarés. Cobrar, ya es harina de otro costal. No es posible encontrar un ente más subordinado á la puntualidad que un acreedor. Persigue á su deudor cuanto éste huye con mayor presteza de sus *ingleses* le halla, y, para hablarle, se ase de los faldones de la levita, con el fin de que no se escape. Aquí estoy, exclama con una inflexion de voz que aterra. Soy un hombre puntual, y tan exacto, que acudo á las citas que no se me dan.

El deudor tiembla y apenas puede contestarle: ¿cómo ha de ser tan puntual como tú el que no tiene dinero? Medita, reflexiona sobre la diferencia que existe entre el pedir y el dar; es la misma que media entre el universo y una cáscara de huevo, entre el mundo y el caos.

Pues si descendemos al hombre puntual en sociedad, ¿qué pluma es capaz de tratarle? Tipo en el que se realiza la armonía de la monotonía. Péndulo con botas, sombrero y guantes; maniquí vestido de etiqueta: su vida es una visita al género humano, un saludo á la creacion entera. Padece del estómago de tanto inclinarse; no lee más libro que el Calendario; come al vapor, de lo ajeno más que de lo suyo; descansa por contrata, y recuerda á Dios en que está en todas partes, firme, erguido, almidonado, solemne como funcion de iglesia, majestuoso como un rey destronado y, sobre todo, puntual como el sol.

¿Y dónde se nos queda el dependiente, el servidor, el empleado puntual? Con estas tres fases se forma un carácter que en España tiene un lugar predilecto. Su mayor fuerza está en los pies; sus apreciables condiciones en la elasticidad de su persona. Sirve para todo y no sirve para nada; entra, sale, bulle y llega siempre el primero, muchas veces rodando ó arrastrándose para que nadie le aventaje en puntualidad. Es un mueble indispensable para los casos y situaciones más árduas, aunque nunca resuelve ninguna. No hay más que pensar en él y aparece.

Tales son los hombres activos, atentos á la menor insinuacion: los hombres puntuales obedecen, cumplen, pero no sirven más que para eso. Exprimidles y no dan de sí una gota de inteligencia.

EL TRASNOCHADOR.

El jóven de provecho D. Pedro Perafan de la Foronda y Faramalla, ha sido declarado cesante del destino de oficial quinto de la clase de sétimos de la Direccion de *Propiedades*, y á pesar de haberlas registrado—cosa rara—no le queda ninguna. Busca nuevo acomodo, empleo nuevo, y aspira á la primera colocacion que se presente. Todos dicen que es un excelente muchacho. Escribe con bastante ortografía; ha compuesto una piececita que se silbó en un café-teatro cantante, y no sabe qué hacer ni qué esperar. La patrona le asedia para que satisfaga siete meses de pupilaje á cinco

y medio reales diarios, con sopa, cocido y dos principios, y en los principios de Fombronda y Faramalla no entran esas intempestivas exigencias.

Papá, que vive retirado con mamá en la Mota del Marqués, de donde son naturales, escribe al chico que se porte bien; que busque colocacion y que no se duerma en las pajas. Perico ha reflexionado acerca de estas amonestaciones, y en lo que toca al tercer punto, de *no dormirse*, le observa puntualmente.

A la una de la noche.—Sale del café de ver jugar al billar ó á la lotería, ó de tirar de la oreja á aquel caballero.

A las dos.—Acompaña hasta sus casas á los amigos y no le arredran distancias ni teme á las variaciones atmosféricas.

A las tres.—Oye tocar á fuego y arde en deseos de presenciarle; llega, enciende en él un cigarro y escupe para contener sus efectos.

A las cuatro.—Oye soñar á voces á un sereno; le despierta y se cuentan sus historias y sus vicisitudes.

A las cinco.—Toma café por dos cuartos al aire libre y echa media docena de párrafos con el cafetero, distraído, además, en ver pasar á las pacíficas burras de leche.

A las seis.—Oye la misa de alba, para hacer tiempo, y cuando sale de la iglesia se encuentra con el sol, á quien saluda con un bostezo, y váse á su vivienda cuidadoso de avisar á la patrona que no le es posible dormir aquella noche en casa.

EL CIUDADANO.

Sigamos al ciudadano moderno en sus diferentes etapas de la vida social, de la vida doméstica y de la vida borracha, beoda ó *pitinosa*.

Va por la acera con un cubo de pintura al óleo, que restrega en las capas y los vestidos de los transeuntes, dejando las huellas de su estupidez.

—¡Mire Vd. por dónde va!

—¡Huy! Cómo me ha puesto.

—¡Animal!

—¡Qué barbaridad!

El aturdido se pára, y dice satisfecho:

—El paso es de todo el mundo.

—Pero la mancha es de Vd.

—¡Fastidiarse!

—¡Cafre!

—Yo soy un *zudiadano*!

El *zudiadano* sale á las tantas de jugar al monte en un club. Ha ganado, y entra con dos amigos al café manchego, vulgo taberna del tío Telarañas. *Medio* va y *media* viene; chico arriba y chico abajo, el mosto hace oficios de sublevacion y no tarda en oirse gritos subversivos.

—Tú eres un tal.

—Y tú un cuál!

—*Mia* quién habló, que la casa honró!

—Tu mujer... ¡ya me entiendes!

—Pues tu parienta... ¿he dicho algo?

—¡Caluniao! En esto levanta el jarro y ¡paf!

—¡Asesino! Coge el otro una silla y ¡pon!

—¡Socorro! ¡Que se matan! ¡Favor!

Acaban de hacerse trizas todos los vasos y enseres de la taberna; los contendientes yacen magullados y tendidos en un mar de sangre y vino, y llegan los representantes de la autoridad, que nada representa.

—¿Qué ha pasado aquí, tabernero?

Los dos agresores, sin poderse levantar, contestan á la vez:

—*Somos dos ciudadanos que tenemos...*

—¿Qué?

—Lo que nos da la gana; en fin, derechos *individuales*.

Quedan en libertad, despues de haberles curado en la Casa de Socorro, aplicándoles amoniaco á las narices para que se despejen sus sentidos rectos. Como son vecinos dirígense juntos á sus viviendas, y en cuanto llegan, sacude cada cual, para termina, dignamente sus hazañas, un *pié de paliza* á su mujer.

—¡Tuno!

—¡Borrachon!

—¡Pobrecita de mí!

—Soy *mu* desgraciada. ¡*Valéime*, vecinos!

Y los dos murmuran entre los vapores, aun no disipados, del peleon:

—Soy un *zudiadano*.

A la mañana siguiente:

—Tan, tan.

—¿Quién?

—El casero.

—Se va usted ó le pego un tiro, porque yo estoy en mi derecho. Soy un ciudadano. Suma de deberes.—0.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

A LA NOCHE.

Ven, noche silenciosa,
madre augusta del sueño,
el lento curso por los aires lleva;
del triste que reposa
con tu eficaz beleño,
el mal endulza y el vigor renueva:
ven, que en la pena mía,
tu horror prefiero al más hermoso día.

Cuando entre densas nubes,
cuyo borde colora
rayo de plata de modesta luna,

al horizonte subes,
tu aspecto me enamora
más que del claro sol la roja cuna,
y un vago movimiento
de temor y esperanza al verte siento.

Fijos en el espacio
mis ojos asombrados,
miro cual ruedan, entre oscuro velo,
mil globos de topacio
de oculta ley guiados,
en torno al astro que ilumina el suelo;
y absorto, embebecido,
la tierra dejo y al mortal olvido.

O si cubierto el cielo
de luto y de tristeza,
solo eléctrica luz el aire abrasa,
digo con désconsuelo,
al ver con qué presteza
el relámpago brilla y luego pasa:
«A la dicha parece,
que así brilla al nacer, así fenece »

Mas si de pronto brama
horrissonante el trueno,
unido al són del viento proceloso,
y con fulmínea llama
rompe y enciende el seno
de parda nube el rayo pavoroso,
lleno de horror sublime,
pienso que airado un Dios su espada esgrime.

Todo en tí ¡oh noche! inspira
afectos, ilusiones:
si á lo lejos el mar susurra en calma,
si el céfiro suspira
con melodiosos sonos,
en la grata emocion que prueba el alma,
paréceme que siento
del bien amado el delicioso acento.

Y si á mis ojos brilla
entre el celaje oscuro,
con misteriosa luz radiante estrella,
con fé santa y sencilla
al punto me figuro
que un ángel tutelar reside en ella,
que allá del alto cielo
luz me envia de paz, luz de consuelo.

Tú al justo das y honrado
que en paz santa adormeces,
sueño consolador, dulce esperanza,

y al réprobo, al malvado,
 agitas y estremeces
 con la imágen del Dios de la venganza,
 y su lecho destinas
 á lecho de dolor, lecho de espinas.

En el pesar profundo
 que me hiere y agita,
 como la punta de saeta aguda,
 tú sola en este mundo
 me das ¡noche bendita!
 quietud, silencio, proteccion, ayuda,
 y por eso te imploro
 y tu sublime oscuridad adoro.

FERNANDO CORRADI.

EN EL ABANICO

DE LA SEÑORITA DOÑA ELVIRA M.

Entre los pliegues
 de tu abanico,
 recibe el aire
 de mis suspiros.
 Viejo y casado,
 calvo y con hijos,
 de lo que tengo
 de eso te envío.
 Si á Dios pluguiera,
 que es infinito,
 volverme un rato
 mis veinticinco,
 fueran mis versos
 mucho más lindos,
 más amorosos,
 más expresivos.
 Pero mis años
 y tus hechizos,
 quieren poetas
 más barbilimpios.
 En cambio, Elvira,

pues tu capricho
 fué tener versos
 y versos míos,
 en verso canto
 y en verso digo
 que Dios conserve
 tus atractivos.
 Por todos ellos
 te felicito,
 y sobre todo
 por el divino
 de ser modesta,
 constante signo
 de un alma noble
 y un recto juicio;
 prendas entrambas
 que en este siglo
 unos tenemos...
 y otros tuvimos.

MANUEL DEL PALACIO.

LOS DOS GITANOS.

Cuento.

Dos gitanos, que en Sevilla
tiempos pasados vivieron,
y que ahogados perecieron
en un mar de manzanilla;

Tanto en el quinto pecaron
que, á pesar de su pericia,
con las gentes de justicia
muchas veces tropezaron.

Sonaban constantemente
con cárcel y con cerrojos,
temor les daba y enojos
cualquier golilla inclemente;

Y de pavor sobrehumano
siempre embargados, huían
cuando acercarse veían
un alguacil ó escribano.

Tocóles el corazón
Dios, cuando á viejos llegaron,
y se cuenta que pensaron
en cosas de religion.

Del alma sin acordarse
años no escasos vivieron,
mas convertidos que fueron
trataron de confesarse;

Y del templo en el umbral
Juan y Calixto se estaban,
porque temían, si entraban,
pasarle bastante mal.

Juan al fin se decidió;
entró, sacó su rosario,
y al pié de un confesonario,
contrito se arrodilló.

Viendo Calixto el ejemplo,
mientras dejaba una pierna
del templo en la parte externa,
otra metía en el templo;

Y la cabeza alargaba
á guisa de lanzadera
para observar desde afuera
lo que por dentro pasaba.

Juan, en tanto, interrogado
se vió por su confesor,
que al escuchar con dolor
la historia del confesado;

Reprender quiso al mal hijo
su torpe conducta insana,
y á la doctrina cristiana
recurriendo, así le dijo:

«¿Dí, mortal empedernido
que vas del crimen en pos,
de la muerte de tu Dios
Jesucristo, ¿qué has oído?»

Cada ojo como un plato
abrió Juan, y puesto en pié:
«¡Padre, murmuró, no sé
naa de ese azecinato!»

Y mientras dejaba al padre
frio y con la boca abierta,
ganó del templo la puerta
y esto dijo á su compadre:

«*A preta er pazo, Calixto,
que segun er confezó
han diñao mulé á un zeño
que lo nombran Jezucristo.*

*Yo no diquelo al cauzante
de tamaño dezavio,
pero er padre, por mi avío,
me ha querio echá er guante.»*

Y á trueque de desnucarse
ambos á correr se dieron,
y es fama que no volvieron
á pensar en confesarse.

LETRILLA.

El que es honrado—desde que nace
y á nadie amasa—ningun *pastel*;
sólo lo justo—le satisface;
nunca promete—cosa que no hace
y á sus deberes—se muestra fiel;

ese, el aprecio
logra de pocos,
en coro dicen sabios y locos:
¡nécio!

El que es un *pérdis*—desde la cuna,
todo un tramposo,—todo un bribon;
que en las ajenas—ve su fortuna,
y con vergüenza—poca ó ninguna
vive mintiendo—sin compasion;

ese, provisto
con sus amaños,
logra que digan propios y extraños:
¡listo!

El que trabaja—toda su vida,
y sin que deba—nada al favor
llena consigue—ver la medida
de sus deseos,—que luego olvida
por una *simple*—cuestion de honor:

ese, no aprecio,
desden conquista,
mientras exclama turba pancista:
¡nécio!

El que, ministro,—tal puesto obtiene
con un poquito—de expedicion,
y en la poltrona—que le contiene
muchas doctrinas—nuevas sostiene
que ha combatido—en la oposicion;
ese, está visto
tiene criterio,
y oye á las gentes decir en sério:
¡listo!

¿Quieren ustedes—mayor zizaña?
¿Quieren más plagas—de Faraon?
Esta de moros—¡bendita España!
donde uno muerde—y el otro araña...
¿cuándo consigue—su redencion?
¿Cuándo? Está visto:
cuando el desprecio
recoja el *listo*
que hoy honra al *nécio*.

EDUARDO DE LA LOMA.

EN TODAS PARTES CUECEN HABAS.

Es indudable que ese gran centro de la civilizacion universal llamado París encierra miles de cosas, las cuales demuestran á voz en grito sus adelantos y sus mejoras de todo género.

Cuando uno ve algo allí de lo que falta en otras partes, no puede menos de enviar aquella fuerza creadora que acepta y practica sin reparar en obstáculos todo aquello que puede contribuir á embellecer la mansion del hombre sobre la tierra.

Confesamos que nos sentimos humillados al contemplar por esos mundos de Dios

tal ó cual adelanto, que no ha sido con la velocidad del rayo trasladado á nuestra patria. Sensible es eso de que venga el vecino á desdeñar cuanto nos pertenece, á reírse en nuestras barbas al ver que le recibimos en mangas de camisa, le ofrecemos un asiento tal que sólo un gimnasta puede hacer uso de él sin medir las espaldas el suelo, y le damos á beber, si la sed le asalta durante la visita, en una jarra de Alcorcon desportillada.

Y despues de todo, somos tan leales y bonachones, que si el vecino cuenta la verdad de cuanto le ha ocurrido en nuestra casa, nos limitamos á deplorar nuestras faltas y á desear ponerlas remedio, porque al fin la verdad tiene sus fueros y toda persona honrada debe respetarlos, aun cuando sea á costa de su fama; pero nos subleva la calumnia, y ya que no paguemos en la misma moneda á nuestros detractores, queremos hoy publicar sus verdaderas faltas, recordando el antiguo refran: en todas partes cuecen habas.

Para mucha parte de Europa, España es un país sumamente atrasado, gracias á las falsedades que de mala fé extienden por el mundo algunos escritores franceses. Aquí estamos todavía como en los tiempos de Mari-castaña; las posadas, las ventas y los caminos están ni más ni ménos como los pinta Cervantes. Aquí andan hoy las duquesas con los trabucos debajo del manto y su puñal en la liga, ensartando al primer amante que se atreva á mostrar algun hastío á sus místios y empalagosos encantos. Las señoras de alto copete cantan y bailan amigablemente á las puertas de sus casas con los gitanos, al són de los *guitarros* y los *panderetos*. Las partidas de ladrones guisan el rancho en las plazas públicas de las grandes ciudades, y las autoridades de la provincia asisten con gran contento á sus francachelas.

Todo eso y mucho más han presenciado nuestros vecinos de allende el Pirineo, y claro es que cuando ellos lo escriben es porque cuentan con que un gran número de lectores, ó casi todos, siendo franceses, han de creer á *piés juntillas* cuanto les mientan de los pobres y atrasados españoles.

Todo un Mr. Arago, siguiendo la moda de sus paisanos, dice en su *Viaje alrededor del mundo* que, al llegar á Canarias, se asombró de que su Gobernador, el General Palafox, no supiese escribir, ni su secretario leer. La falsedad comienza por suponer gobernador de aquel punto á quien jamás lo fué; en cuanto á lo demás, no necesita desmentirse.

Al patio de mi casa fué á parar la obra de Mr. Arago, pues cuando la cogí para cortar sus hojas, me dijo un amigo, que se hallaba presente, lo del insigne Palafox, y al escucharlo arrojé el libro por el aire, importándoseme un bledo de cuantos descubrimientos pueda referir el autor, y juzgando que si todos eran tan verídicos como los apuntados, bien pudiera Mr. Arago haberse evitado las molestias de su viaje y haberle hecho en el Jardin zoológico de Paris, tomando por centro el departamento del oso.

No hace muchos dias decia un periódico de Paris que fué tan grande la victoria alcanzada por D. Carlos en Puente la Reina, que todo el campo quedó sembrado de gitanos. ¿Supone ese periodista que todos los españoles somos gitanos, ó que lo son todos nuestros soldados? Así escriben de nosotros nuestros vecinos. ¿Estaria bien y diríamos verdad, si al hablar de la batalla de Bailen, dijéramos que fué tan grande nuestra victoria que todo el campo quedó cubierto de embusteros ó de amoladores?

Digan francamente mis compatriotas si han visto jamás esos puñales colgados de las ligas, esas señoras de gorja con los gitanos, y esa siembra de los mismos en los campos de batalla.

Nosotros creemos que los tales escritores hubieran hecho un servicio á su patria no inventando patrañas para colgárselas á otros, sino refiriendo y censurando las faltas, los abusos, los defectos garrafales en que abundan los teatros de París, lo cual publica por el mundo el inconcebible atraso en que se encuentran.

No hablamos del arte: en ese terreno nos complacemos en confesar que van delante de todas las naciones cultas, y es porque los franceses son cómicos por excelencia, así en el mundo real como en el teatro.

Precisamente en el teatro, al cual pudiéramos llamar el termómetro que marca la civilización de cada pueblo, es donde nuestros vecinos nos dan una triste muestra de su incomparable atraso. Y estamos por creer, dada la desenfundada pasión por los *francos* que muestra la generalidad de los franceses, que prefieren pasar por atrasados con tal de que el sacrificio les valga algunos *monises*.

Cuantos han visitado aquel gran centro del can-can y de las entretenidas, vienen apesados de las mil molestias, vejaciones y estafas de que han sido víctimas en aquellos teatros.

La especie es tan extraña, que para creerla tendrán que ponerla en cuarentena las personas que no lo hayan visto por sus propios ojos, pero les aseguramos que no hablamos de broma, ni somos capaces de suponer lo que no es, ni aun en desquite de las absurdas fábulas con que nos presentan los escritores aludidos.

El padre, marido ó hermano que, acompañado de sus hijas, mujer ó hermana, se presente en cualquiera de los teatros principales de París y compre sus butacas en la creencia de que va á ver la función en compañía de su familia, se lleva un solemne chasco, pues al querer penetrar en aquel departamento le hacen saber que no se permite á las señoras estar en las butacas. ¡Cuidado que la idea es peregrina! ¡Qué comportamiento va á ser el de las señoras en aquel sitio? ¡Crean acaso los franceses que todas las señoras son españolas y han de tirar de las navajas y armar allí la de Dios es Cristo? Pero no; no debe de ser esta la causa de la incalificable prohibición; es que consideran altamente escandalosa la reunión de ambos sexos, allí á la vista de todo el mundo, á toda la luz de la lucerna; ¡qué escándalo! Si desea el espectador estar reunido con su mujer, ó con la del prójimo, sin que nadie lo sepa, allí tiene en el mismo teatro sus palcos con persianas, las cuales suelen permanecer cerradas durante toda la función, sin que el descuidado espectador pueda adivinar qué clase de gatuperio se está verificando á cencerros tapados y á dos dedos de sus narices.

¿Se concibe un teatro, sin que tenga marcados sus asientos? ¿Se comprende que en ningún espectáculo se expendan mayor número de asientos que los que caben en cada departamento? Todo se concibe y todo se comprende en París, cuando se trata de mayores ganancias, aun cuando sea á costa del sacrificio del prójimo. ¿Cómo consienten las autoridades semejantes abusos, semejantes desórdenes, semejantes estafas?

Pero puede estar seguro el que llegue tarde á ocupar un asiento, que ha de salirle al paso algún quidam, que suele ser dependiente del mismo teatro, el cual, con superabundancia de cortesías, le hará saber que hay alguna persona dispuesta á cederle su puesto mediante unos cuantos francos que cambiarán de bolsillo.

Después de pasar por esa carrera de baquetas, llega la víctima á ocupar su asiento; ¿cree por eso que le ha conquistado para toda la noche? Pues se equivoca; guárdese bien de salir á tomar el aire en algún entreacto, porque á un volver de cabeza encontrará su sitio ocupado por otro, que ha estado á la mira, acechando un descuido. Para que el asiento le pertenezca á uno durante toda la función, han discurrido

en su inmenso saber nuestros vecinos un medio que no pondrían en práctica los marroquíes, aun cuando se les ocurriese. Consiste ese ingenioso medio en que cada espectador, mientras abandona su asiento, ha de dejar en él un objeto cualquiera, un guante, los gemelos, la torta de Belén, ó una jeringa si la encuentra á mano. ¡Ay del desdichado á quien se le haya olvidado semejante tontería, ya puede estar seguro de que no ocupará su lugar, aunque lo reclame al mismo Poncio Pilato!

Otra sorpresa se lleva en aquéllos teatros el español que cree haber entrado en un sitio decente y no en una plaza de toros, pues apenas descende el telon en los entre-actos, oirá un guirigay horrible de voces que dan los vendedores de naranjas, bollos y otras mil cosas, los cuales van de aquí para allá, metiéndose en todas partes y no dejando parar á nadie.

Pero la gran sorpresa se la lleva el espectador al oír los tres horripilantes y descomunales mazazos dados en el tablado para avisar al público que va á tocar la orquesta ó á subir el telon. Cuando oímos eso, preguntamos asombrados qué maza de Fraga era aquella que caía sobre nosotros, y al saber el objeto, nos echamos á reír á carcajadas, viéndonos trasportados á los tiempos primitivos.

Después de aquel modo grosero, empleado en un teatro público para hacer saber algo á los espectadores, ya no nos hubiera extrañado, al salir á la calle, encontrarnos de manos á boca á los escritores que nos calumnian, vestidos de beduinos, con sus jaiques, turbantes y espingardas, porque, á la verdad, nos creímos trasladados á Marruecos, y aun más atrás, porque en Marruecos habrán hecho algun adelanto en la materia, y emplearán, en lugar de la maza, el caracol ó el cuerno.

También hemos visto en algunos teatros una cerca, ó doble empalizada, por donde, á manera de ovejas que van al redil, tiene que meterse el público para penetrar en el edificio. Y recuerdo que las del teatro del Odeon, que no es de los peores, estaban tan mugrientas y asquerosas que, más bien que á las puertas de un templo del arte, debieran estar en un establo.

Hemos respondido con verdades á las calumnias que se nos prodigan; somos en esto, como en todo, nobles y generosos. Aprovechése los franceses de estos avisos y, si corrigen los abusos que dejamos apuntados, estén seguros de que les ha hecho un inmenso favor

MANUEL JUAN DIANA.

Madrid 7 de Noviembre de 1873.

UN CUENTO FOTOGRÁFICO.

Romance.

I.

Allá en la calle del Príncipe,
imitando á la cigüeña,
un artista renombrado
estableció su vivienda;

y, sin embargo, que tiene
cien peldaños su escalera,
le visitan hombres ricos
y encopetadas duquesas,
ministros y diputados,
artistas y hombres de letras,

provincianos á porrillo,
menstrales y grisetas,
que, aunque en pecado mortal
los prójimos estuvieran,
y el bueno del confesor
les diese tal penitencia,
desde luego, estoy seguro,
no subían la escalera.

Verdad es que no se trata
de ganar la gloria eterna,
sino de cosas tangibles,
materiales y terrenas.
La novia busca al artista
muy arriscada y compuesta,
para que á su rostro dé
lo que la naturaleza
le negara, aquel encanto
que cautiva y embelesa;
la delgada, busca carne;
la jamona, más obesa
y roma, un perfil gracioso;
la bolera, buena pierna;
hay quien le pide pechuga
con que cubrir su osamenta;
otras demandan por Dios
una sonrisa hechicera,
una mirada picante,
una apostura coqueta,
y hay otras... pero callemos
secretillos, por prudencia,
y con crespones cubramos
lo que ver más se desea...
Todo aquesto, y otras cosas
mucho más graves y serias,
al artista se le piden,
cual si el infeliz tuviera
máquina de desfacer
tantas humanas miserias.

II.

Supongo, caro lector,
que has comprendido al momento,
que es al artista Juliá,
á quien buscan con anhelo
y con raras pretensiones

las gentes del bello sexo;
y por vergüenza no digo
las que tiene el sexo feo,
por ser femeniles, torpes,
ridículas al extremo,
indignas de quien se llama
monarca del universo,
imágen y semejanza
de todo un Dios verdadero,
y otras más *sándias* sandeces
que por pudor callaremos;
mas ya de exordio es bastante,
y vamos, lector, al cuento.

Como tú á Juliá conoces,
que es fotógrafo maestro,
ypremiado una y más veces
en concursos europeos
por la perfeccion del arte
y la *belleza del género*,
no te debo encarecer
sus raros conocimientos;
comprendiólo así una dama,
—la heroína de este cuento,—
que sobrándola intencion,
y con no muy poco ingenio,
acaso probarnos quiso
la verdad de aquel proverbio,
que este mundo es una farsa
y quien ve más es un ciego;
y á la casa de Juliá
de carrerilla subiendo,
le dijo:—Quiero un retrato.
—Señora, vamos á hacerlo.
—Un retrato al natural.
—Señora, tan descubierta....
—No, por Dios, quise decir
un retrato verdadero,
con sombras que marquen bien
cuanto en mi rostro hay de feo,
que sobresalgan los pómulos
y los tendones del cuello,
y los huesos de la espalda,
y las costillas del pecho....
—¡Habrás rareza! Juliá
exclamó frunciendo el gesto.
—Es muy raro en la mujer,
pero yo no finjo....

—¡Buenol

Como gustéis.

—Adelante.

—¡Una...! ¡dos...! ¡tres...! ¡Qué perfecto!

—Veamos.... Me gusta mucho.

—¿Qué pruebas....?

—Sólo una quiero.

Marchó la dama, dejando á Juliá de asombro lleno, y cuando ya de su asombro se iba un tanto reponiendo, volvió la dama y le dijo:
—Señor Juliá, ahora quiero que me haga otro retrato en que demuestre su ingenio. Ese tendrá tersa tez, bella garganta, buen pecho, una cintura elegante, gruesa pierna y pié pequeño. Despues de acabado éste, otro retrato deseo, con algunas variantes que le indicaré en secreto, y haremos de una persona tres personas nada ménos.
—Pero, señora, mirad que el arte....

—¿No puede hacerlo?

¡Válgame Dios, buen amigo! si eso nosotras lo *hacemos* sin ser, como usted, artistas.... Vamos, pues, vamos á ello.

Y entróse en el tocador y volvió como un lucero, y se hicieron los retratos, se sacaron prueba de ellos.... Pero cuidado, señores, no preguntéis nada de esto á Juliá, pues los retratos los hizo estando durmiendo, y por lo mismo esta historia no es historia, sino cuento.

III.

En un café de la corte tres caballeros hablaban

de amores y galanteos con grisetas y con damas. Se conoce que los tres eran amigos del alma, y los secretos más íntimos sin duda se revelaban.

—Mirad, mirad, aquí traigo el retrato de una dama que me quiere y yo la quiero, y si no fuera casada....

—¡Demonio! exclamó otro al punto, si se parece....

—¿A quién?

—¡Callat

Aquí tengo otro retrato de la morena más guapa.... y tiene gran parecido á ese.

—¿Serán hermanas?

Ved.

—¡Bah! Se asemejan como un huevo á una castaña. La tuya es gruesa, y la mia es un poco más delgada. ¿Habita?

—Calle de Atocha.

—La mia en la calle Ancha.

—¿Y tú qué dices? preguntan los dos á aquel que callaba.

—Yo, señores, nada digo: que voy corriendo á mi casa; tengo un retrato....

—¡Qué bueno

que fueran las tres hermanas!

Pero muy luego volvió y preguntaron con ansia:

—¿Se parecen los retratos?

—¡Cá! amigos, ni semejanza.

—Y vivirá en otra calle.

—Muy cerquita de mi casa.

Y quedaron muy tranquilos los tres amigos del alma.

IV.

Ya recordarás, lector, que se hicieron tres retratos

los de relumbron se dieron
á los que cazan al salto,
y el natural se dió á quien
fuera imposible engañarlo.
Ahora tú, si por pasiva,

con pensamiento dañado,
vuelves la oracion, entonces.....
el marido pagó el pato.

M. HENAO Y MUÑOZ.

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO HURTADO. ⁽¹⁾

¿ ?

I.

¿Qué pasa en la noche?
De noche, ¿qué pasa,
que el mismo silencio
parece que habla?
Las dulces estrellas
de rayos de plata,
el cielo azulado
la luna de nácar,
el fresco-arroyuelo,
la verde enramada,
el campo y las aves,
las flores y el áura
parece que mueven
las lenguas arpadas,
y se oyen suspiros,
y se oyen palabras,
y ruegos se escuchan,
y amantes romanzas,
y dulces canciones
y tiernas plegarias,
y yo me pregunto:
de noche, ¿qué pasa,

que el mismo silencio
parece que habla?

.
.

II.

Mil noches cruzando
absorto la playa,
el campo sombrío,
la selva encantada,
acentos confusos
oí que sonaban:
lamentos, canciones,
sollozos, plegarias.
Oyendo estas voces
amantes y extrañas,
buscaron mis ojos
inquietos, con ánsia,
los séres que fueran
del ruido la causa;
y al ver que no hallaron
en el bosque nada,
y nadie en el campo

(1) Esta poesía es imitación de una preciosísima, original del ilustre poeta á quien está dedicada la que he tenido el atrevimiento de escribir.—N. del A.

y nadie en la playa,
me dije intranquilo:
de noche, ¿qué pasa,
que el mismo silencio
parece que habla?

III.

Esto era hace tiempo;
los años en calma
por mí trascurrieron
cual sombras, cual nada.
Sentí mil dolores,
perdí á los que amaba,
sufrí mil desdichas,
pasé mil desgracias;
mas siempre de noche
placeres hallaba,
y en dulces ensueños
sumíase el alma,
que allá entre las sombras
de noche soñaba
pasados de dicha,
de amor y esperanza.
Y aun hoy, en la noche
mis penas se calman,
mi mal se amortigua,

mi fé se agiganta.
Y esto es que los séres
que al cielo volaran,
de noche me buscan,
de noche me hablan
con dulces acentos,
con voces fantásticas,
y amores me brindan
y paz me presagian.
¿Será que esos séres
del cielo aquí bajan,
al ver mis dolores
á hacerme compañía?
¿Serán ilusiones,
quimeras soñadas,
delirios de dichas
que siempre se aguardan?
No sé, mas de nuevo
me digo con ansia,
gozando en mis sueños
de dicha tan grata:
¿Qué pasa en la noche?
De noche, ¿qué pasa,
que el mismo silencio
parece que habla?

ARTURO GIL DE SANTIVAÑES.

LA CAPA.

Artículo de invierno.

¡Bajo la *capa del cielo* no ha existido, ni existe, ni existirá *prenda* más airosa, más cómoda, ni más tradicional que la *capa*!

¡Ah moda veleidosa! Tú has oscurecido su brillo tributando tus favores al *carrick*, leviton y capote ruso; pero si has podido arrancar la *capa* á los elegantes *de rigor*, aun para honra de la tradición y de la historia siguen usándola como traje de lujo y de ceremonia espíritus fuertes á quienes no pudiste vencer.

¡Gloria á vosotros, ilustres moradores de Castilla, que asistís á las fiestas del pueblo, con *capa*, hasta en el mes de Agosto...!

¡Gloria á las misas de pontifical y á las corridas de toros, de *Beneficencia*, donde los presbíteros y los toreros lucen lujosas capas bordadas de oro...!

¡Quién sabe si aun ha de amanecer el día de tu reaparición, oh capa inmortal!...

Yo he hecho mis estudios sobre tan ilustre abrigo y algo he de decir ahora de lo mucho que sé, toda vez que se presenta una oportunidad de una especie de oración fúnebre por si ha muerto, ó un discurso de propaganda por si viene algun día su reinado.

Dicen las Sagradas Escrituras que cuando Noé plantó la viña hubo de serle tan grato el zumo de su fruto, que abusando de él vino á caer en una especie de desmayo, quedando tendido en tierra en una postura indecorosa. Cain, uno de sus hijos, se rió al verle, lo que le valió una maldición extensiva á su descendencia, que se ignora si se habria reido tambien; pero los demás hijos, con cariñoso respeto, se acercaron y le cubrieron... con una... ¡capa!

¡La capa en tiempo de Noé! ¡antes del diluvio...!

Golpe de erudicion: la capa es antidiluviana; se encuentran capas fósiles, llamadas vulgarmente las capas de la tierra. Choca á los anticuarios que no aparezcan entre los fósiles ningunos *contraembosos*.

De este episodio bíblico tan luminoso, se desprenden otros conocimientos para los filólogos á quien me remito. De él vienen directamente los proverbios *La capa todo lo tapa* y *Bajo una mala capa se oculta un buen bebedor*.

Pero hay más: sin salir de la Biblia, hay mucho más.

Una mujer estaba frenéticamente enamorada de un jóven.

Aunque su marido se llamaba Putifar, no se sabe con certeza su nombre.

El jóven amado se llamaba sencillamente *José*, pero hoy se le llama tambien *Casto*.

Aquella mujer quiso seducir al incauto, empleando hasta la fuerza, toda vez que el jóven huyó dejando en sus manos ¡la capa!

¡Decidme ahora qué hubiera sido del casto José, si no hubiera llevado capa!

Decidme, oh jóvenes apreciables, que usais gaban abrochado, cómo hubiérais podido salvar vuestro honor en un caso análogo y si la capa no ha protegido la virtud en la antigüedad. Véase el proverbio: *El que tiene capa es capa*.

Y puesto que me ha dado hoy por lo religioso, no he de concluir sin citar uno de los episodios más bellos de la caridad.

Un pobre mendigo, tiritando de frio, tiende su extenuada mano á un jóven guerrero, que, montado en un hermoso caballo, cubre su luciente cota con su capa de grana. Presto el soldado, compadecido del miserable, parte su capa y le dá la mitad para que se abrigue.

¿Hareis ahora el obsequio de decirme, si el soldado hubiera usado capote ruso, el tipo de ambos personajes con medio gaban cada uno?

Comentario: San Martin era francés, por lo cual partió la capa; si es español, se la dá entera.

¡Españoles.....! habeis visto el noble y antiquísimo origen, la importancia histórica y la virtuosa condicion de la *prenda* que teneis en poco, y yo espero que una reaccion saludable os haga recordar aquel entusiasmo que os inspiraba en tiempo de nuestros abuelos, capaz de trazar en nuestra historia la página del motin de las *capas* y *sombreros*.

Si llega un día en que necesite de vuestro sufragio, recordad sus servicios aun en estos tiempos.

Yo he visto salvar á una muchacha, cuyas ropas se habian incendiado, envolviéndola en una capa.....

Todos habreis presenciado las veces que los *picadores* deben la vida á una *capa* oportuna en la plaza de los toros.

Con la *capa* se oculta uno perfectamente de un inglés, se dá una carta sin que se note, y se evita el aire frio, que es muy perjudicial, segun dicen.

Con la *capa* no se hacen visitas de cumplido, ni se asiste á reuniones de etiqueta; pero se puede ir perfectamente á misa, á los toros, á un bautizo, á un duelo, al teatro, á la taberna, á las Cuarenta Horas, al entierro de la sardina al Dos de Mayo. á la plaza de Oriente, á la Inclusa, á las Cortes, á las casas de juego (cuando las habia), al Rastro, á Capellanes, etc., etc., etc.

Acordaos de cuando la dejais abandonada en una percha á la entrada de una *soirée* y en el momento del desencanto, del cansancio, del frio, se presta á abrigaros.

Recordad cuando en el paraíso del teatro de la Ópera se deja arrugar á puros dobles y sufre que os sentéis encima, todo por elevaros.....

Decís que algunos ni siquiera se desembozan en el paraíso.....

Respetemos la vida privada y los motivos particulares.....

Voy á terminar derramando las siguientes perlas de mis conocimientos enciclopédicos.

Las capas que dan menos calor son las *capas de hielo*.

En ciertas ocasiones es de *necesidad y utilidad* estar á la *capa*.

Hay seres que han medrado con *capa* de *santidad*.

Otros han venido á menos yendo de *capa caída*.

Otros han hecho de su *capa* un *sayo*.

La poesía popular le ha rendido su tributo; D. Ramon de la Cruz ha dicho:

«Esta *capa* que me tapa, etc.»

El pueblo ha cantado: «En *su capita* embozado, etc.»

Y la misma niñez ha gritado con infantil regocijo:

«El picaron se iba
con *capa* terciada
y espada tendida, etc.»

Respetad la *capa* los que amais lo tradicional; yo la tengo en tan alta estima, que la mía no se ve más que con *papeleta*.

LUIS DE CHARLES.

EL QUE VIENE Y EL QUE SE VÁ.

El que viene.

¡Yo vengo al mundo con ilusiones!
 ¡Mi fantasía,
 me pinta alegres, gratas visiones!
 ¡Un mundo lleno de perfecciones
 mira en sus sueños el alma mía!

—
 Puesto brillante quiero en la historia;
 yo tengo fé;
 ¡yo en el trabajo busco la gloria!
 tengo esperanza, tiempo y memoria;
 valor, constancia; ¡yo llegaré!

—
 Sueño en la dicha de los amores;
 ¡grata ilusion,
 como el perfume que dan las flores,
 que hallará libre de sinsabores
 y de tormentos mi corazón!

—
 ¡Larga es la vida! ¡Que en este suelo
 todo es vivir!
 ¡Chico es el mundo para el anhelo
 con que se eleva mi ráudo vuelo
 á las mansiones del porvenir!

El que se vá.

¡Oh tú, que vienes con ilusiones!
 tu fantasía
 sueña en un mundo de perfecciones!
 ¡Yo sus miserias, yo sus traiciones,
 cuando era niño no comprendía!

—
 ¡También un puesto quise en la historia;
 ¡yo tuve fé!
 ¡pero no dejo tras mí memoria!
 ¡Sueño es la dicha y humo es la gloria,
 y ante su farsa yo desmayé!

—
 Víctima triste de mis amores,
 sin ilusion,

como agostadas se ven las flores,
 por los tormentos y sinsabores
 ¡quedó marchito mi corazón!

—
 ¡Corta es la vida! Que en este suelo,
 cuando á vivir
 principia el hombre con loco anhelo,
 ¡ve de repente con desconsuelo
 en la honda fosa su porvenir!

—
 ¡El tiempo avanza siempre inflexible
 con rapidez!
 ¡Lo olvida el hombre, porque increíble
 ve en su delirio, que sea posible
 le agoste el hielo de la vejez!

—
 ¡Si su alma jóven luchar intenta,
 vano será!
 ¡Débil el cuerpo que se avejenta,
 que perdió tiempo siente y lamenta,
 cuando otros vienen, porque él se vá!

—
 ¡Lleva perdidas sus ilusiones,
 que sólo halló
 en este mundo de imperfecciones;
 las amarguras, las decepciones
 y los tormentos que padeció!

El que viene.

No me aterras, eres viejo,
 y del mundo piensas mal.

El que se vá.

¡La experiencia da consejo
 y desengaño fatal!

El que viene.

¡Yo no temo la perfidia
 con trabajo y juventud!

El que se vá.

¡Es que te herirá la envidia,
que combate á la virtud!

El que viene.

¡En el amor, la ventura
mi corazon hallará!

El que se vá.

¡O la pena, la tristura
y la inconstancia quizá!

El que viene.

¿No guarda el mundo memoria
del sér que se distinguió?

El que se vá.

Cuando muere obtiene gloria;
en tanto que vive, ¡no!

El que viene.

¡Qué distinto color tiene
el mundo en mi mente! ¡Ah!

El que se vá.

Tú lo ves, como el que viene,
y yo, ¡como el que se vá!

El que viene.

¡Pues enséñame la ciencia
más sana para vivir!

El que se vá.

¡La calma de la conciencia
asegura el porvenir!

El que viene.

¿Dónde está la confianza
del que vá del bien en pos?

El que se vá.

¡En la fé y en la esperanza
y en la clemencia de Dios!

ENRIQUE ZUMEL.

UNA MÁQUINA DE GUERRA.

Estamos, lector, en una de las repúblicas americanas más notables por su atraso en el camino de la civilización, y en el año 1850.

Un hombre de la ínfima clase del pueblo pretendía hablar con el ministro de la Guerra y luchaba á la puerta del ministerio con el único centinela que guardaba el edificio.

—Tengo que ver al ministro,—decía:—peligra la vida del presidente de la República.

El centinela, fiel á su consigna, se obstinaba en convencer á su contrincante de que S. E. estaba durmiendo, y de que por nada ni nadie abandonaría su sueño, y hubiera durado largo rato el altercado, si en aquel mismo momento el ministro en per-

sona no se hubiera presentado en el dintel de la puerta, atraído por las voces de su inoportuno visitante.

Con decir que hay ministro en alguna república americana que desempeña todas las funciones de su departamento, la de escribiente inclusive, comprenderán los que no conozcan la vida interior de aquellas repúblicas, que nada tiene de extraño el que en el ministerio de la Guerra hubiera un solo centinela y que el ministro oyera fácilmente el altercado que á su puerta se sostenía.

Esto, que en cualquier país de Europa sería inverosímil, es allí lo más natural del mundo.

—Vengo á descubrir una horrible trama,—dijo el hombre encarándose con el ministro, apenas le vió.

—Habla,—contestó el alto funcionario.

—Ha llegado á esta ciudad una máquina de guerra con dos extranjeros; es indudable que se proponen acabar con la vida del presidente.

—¿La has visto tú?

—Sí señor, ha llegado esta mañana.

No quiso oír más el ministro. Llamó á sus ayudantes, tomó todo género de precauciones, ordenó que las tropas se pusieran sobre las armas, y rodeado de algunos soldados se dirigió al palacio del presidente de la República y le comunicó la fatal nueva.

Desde aquel momento en las esferas oficiales reinó la más espantosa confusion.

Nadie sabía qué determinacion tomar, y sólo el ministro de la Guerra, como medida preventiva, se ocupaba en reunir fuerzas al rededor del palacio, por si llegaba el instante de tener que defender la vida del presidente.

No habia que perder mucho tiempo, y se dispuso que dicho ministro, al frente de las tropas de que pudiera hacer uso en aquel instante, marchase á la casa donde los terribles extranjeros residían y se apoderase de ellos y de su máquina, á toda costa.

Puestas en marcha las fuerzas disponibles, llegaron las avanzadas hasta la casa misteriosa, sin que ocurriera novedad alguna. El ministro de la Guerra, con un valor sin ejemplo, se acercó hasta la puerta y miró por la cerradura. No se veía nada.

Dió orden á un soldado para que llamase, y nadie contestó. Entonces dispuso que se echase abajo la puerta, cosa que se hizo con la mayor facilidad.

Iban ya á penetrar en aquella tenebrosa mansion, cuando un negro anunció que el aparato infernal que se buscaba se hallaba colocado en la plaza y frente á la iglesia. Esta nueva causó tanto terror como tristeza á todos los que presenciaban la escena.

Si la máquina estaba colocada frente á una iglesia, claro es que, por grandes que fueran los esfuerzos de las autoridades, ya no se podría evitar su destruccion.

Esto hizo nacer otra idea en los más supersticiosos.

Ya los extranjeros fueron algo más que conspiradores y asesinos.

El que menos los creía hijos legítimos de Satanás, pues sólo este podía tener interés en la destruccion de un templo.

La primera autoridad militar de la nacion se dirigió con sus tropas al indicado punto.

En el instante de dar vista á la plaza en cuestion, un terrorífico espectáculo se ofreció á sus ojos.

En el centro, y frente á la iglesia, estaba efectivamente colocado el destructor armatoste. Uno de los maquinistas se hallaba detrás de él, cubierta la cabeza con un gran paño. Aquel debía ser el que disparase.

El ministro de la Guerra no sabía qué disponer; temía hacer fuego por si una bala hacia estallar la infernal maquinaria con grave riesgo de los edificios que rodeaban la plaza. Acercarse era muy expuesto.

Durante esta vacilacion, el que con la cabeza cubierta se ocultaba tras de su aparato, abandonó su posicion y dirigió la vista hácia el sitio en que se hallaban las tropas.

Sin decir una palabra dió vuelta á la máquina y apuntó con ella á dichas fuerzas. Lo que entonces sucedió no es para descrito.

La mitad de los soldados apelaron á la fuga ó se refugiaron junto á las paredes de las casas.

Sólo unos cuantos bravos permanecieron en su puesto.

El extranjero, por su parte, lanzó una sonora carcajada y se dirigió corriendo hácia el sitio en que se hallaban los soldados, que aun permanecian en su sitio.

Estos le apuntaron, pero los gritos de aquel les obligaron á retirar sus fusiles, permitiéndole que se acercara. Llegóse á la primera autoridad y la mostró un cristal, en el que se veia perfectamente copiada la iglesia que el pueblo creyó ya reducida á escombros.

¡El asesino del presidente de la República era un fotógrafo, y su infernal máquina un sencillo aparato fotográfico!

El haberlo dirigido hácia las tropas no tuvo más objeto que el de retratarlas.

Corridas las autoridades de la República, fueron á dar cuenta al presidente de aquel lance, y el fotógrafo se vió obligado á retratar á todos aquellos héroes.

Vean nuestros lectores cómo no siempre el fotógrafo ha sido un sér pacífico dedicado á reproducir los tipos y facha de la humanidad.

EMILIO SANCHEZ PASTOR.

LA MARIPOSA.

(De Lamartine.)

Nace con la primavera
y muere como las rosas;
se mece en alas del céfiro,
respirando pura atmósfera,
y se agita entre las flores,
cerradas aun sus corolas;
se embriaga con perfumes,
con luces deslumbradoras,
y el polvillo de sus alas
sacude, joven, gozosa;
vuela como leve soplo

hácia las etéreas bóvedas;
al deseo se parece,
pues ni un instante se posa,
y sin verse satisfecha,
desflorando cuanto toca,
al cielo ligera vuelve
la pintada mariposa
tras la voluptuosidad
que busca su mente loca.

T. GUERRERO

EL TRIUNFO DE LA VERDAD.

Fragmento.

¿Y que, protervos hijos del Orco tenebroso,
que en lucha fratricida teneis la humanidad,
filtrándola el veneno del ólio rencoroso
que hierve en vuestro pecho, pensais tal vez triunfar?

Los siglos van pasando, con sangre están escritas
las páginas que guardan las glorias del ayer;
cual sombras turbulentas las razas infinitas
se cruzan y entrechocan en bárbaro tropel.

Sentado en régio trono se ostenta horrible el crimen,
los vicios le rodean, le adula la ambicion;
bajo su planta odiosa los inocentes gimean,
dudando delirantes de la bondad de Dios.

Ya la tormenta zumba; se escucha el bronco ruido
perdido en los confines de la region polar;
cruza veloz el rayo, y en hondo rebramido
se agita en sus abismos el insondable mar.

Hambrientos de matanza, la bárbara pelea
sostienen confundidos ejércitos do quier;
sobre los ya apilados cadáveres humea
la sangre derramada en el combate cruel.

Niebla de horror palpable flotando en el vacío
la claridad oculta de la celeste luz;
mudas están las aves, mudo el sonoro río,
muda la tierra toda, cual fúnebre ataud.

Pirámide infinita formada de despojos
es tumba donde yace la triste humanidad.....
¡Soberbio reto al cielo lanzais de vuestros ojos!
¿Y qué? protervos hijos, ¿pensais tal vez triunfar?

Sobre la densa niebla que entre las ruinas flota,
¿no veis ardiendo en soles el trono del Señor?
¡Mirad.....! ya nada existe..... borrose como gota
que vuela en el espacio sorbida por el sol.

Triunfante de la lucha la fé nace en el alma,
se vé radiar el iris de paz y de virtud;
se hundió la tiranía, de amor brota la palma,
y el hombre abre sus ojos, sumiso, ante la luz.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

UNA CASA DE LOCOS.

—¿Y dice, Vd., doctor, que mi hijo vivirá?

—Señora, eso sólo Dios puede saberlo. La locura es de tal género, que exige, como primera medida, la camisa de fuerza. De todas maneras, este manicomio tiene excelentes condiciones, y muchas personas que han acudido á visitarlo han manifestado vivísimos deseos de perder la razón para residir en él. Lo que ahora necesito es que me manifieste Vd. las causas que en su concepto han influido en su hijo para hacerle perder la razón.

—Mi pobre hijo estaba suscrito á *La Correspondencia*, y se empeñó en saber la verdad de lo que ocurría en España.

—No diga Vd. más: la causa es más que suficiente. ¿Se llama?

—Cándido.

—Debí sospecharlo. Y ¿desde cuándo se declaró la locura?

—Hace muy pocos días; estaba leyendo su periódico favorito, y vió en una columna que el Sr. Morayta había sido nombrado para un cargo diplomático en los Santos Lugares; en la segunda columna leyó que el mismo periódico desmentía con indignación la citada noticia, y en la tercera pudo ver que el tal Morayta había sido nombrado, pero que había dimitido. Entonces quemó *La Correspondencia*, quemó después los muebles de la casa, y hablaba de poner petróleo á toda la manzana, cuando fué preso por los agentes de la autoridad.

—¿Su hijo de Vd. es internacional?

—Nacional lo fué en el bienio, pero desde entonces no ha querido coger las armas.

—¿De dónde es natural?

—De Alcoy.

—Sus instintos sanguinarios lo confirman. Pero permita Vd. que la abandone un instante; oigo voces en el jardín y es necesaria mi presencia. Mientras vuelvo, puede Vd. entretenerse leyendo este registro de entrada.

El doctor hace una reverencia y se retira.

La señora abre maquinalmente el libro, y lee las siguientes partidas:

JUAN GARCÍA PALOMINO. Joven de 25 años. Llevaba cinco de buscar el fondo de los discursos de Castelar. Así que caía uno en sus manos empezaba á tachar sus flores retóricas y las oraciones incidentales, y acababa por tachar todo el discurso. La enfermedad de este individuo es de familia. Un hermano suyo había mostrado igual ardor por buscar la gracia de las obras lírico-dramáticas del moderno repertorio bufo, y había acabado por pegarse un tiro.

RICARDO CACHIPORRA. Loco de amor. Se había prendado de una doncella de labor, y supo que era obsequiada por el señorito de la casa. Obsequió después á una duquesa, y supo que le sacrificaba á un lacayo. Casóse con una mujer hermosa, y esta se suicidó por otro amante. Volvió á contraer matrimonio con otra vieja y fea, y á poco averiguó que le robaba para sostener los vicios de otro hombre. Volvióse loco, y al ingresar en el manicomio se enamoró frenéticamente de la estatua del jardín. Como esta no le ha engañado, hoy es feliz.

PERFECTO DIAZ Y MATALALLANA. Poeta no comprendido: autor de un drama, que por envidia de otros autores no se ha representado. Se volvió loco por no encontrar un consonante á *cántabros*.

MARCELINO PEÑARUBIA. Tiene la locura del método. Ha escrito una Memoria, dirigida al ministro de la Guerra, para que los soldados dejen de llamarse quintos y se llamen primero, segundo, tercero y así sucesivamente.

Tuvo un duelo por si debía aprenderse á leer antes que á escribir, ó vice-versa. Se divorció de su mujer, porque habiendo dado á luz dos hijos en el primer parto, en el segundo no le dió más que uno, cuando él esperaba tres. Padeció una congestión cerebral porque le quitaron la vez para cambiar un billete de Banco, y asesinó á un cuñado suyo porque le vió empezar á leer un periódico por la última plana. Su locura es pacífica: se pasa la vida contando los dedos de la mano, unidos previamente por las yemas, y está muy asustado por los millones de dedos que supone tener.

MAMERTO GOMEZ Y GOMEZ. Este sugeto se propuso demostrar, y lo ha conseguido, que es inexacta la frase de que ningún tonto se vuelve loco. Era muy rico: perdió la mitad de su fortuna en las minas y la otra mitad en las sociedades de crédito.

RUPERTO CHIRIVÍA. Espiritista. Averiguó que el espíritu de Sócrates residía en un gato negro; supo que Platon le visitaba todas las noches, y escribió al dictado de Ciceron un discurso latino más castizo que el que lo inventó.

Seguían en el libro gran número de registros pertenecientes al bello sexo. Una loca lo era porque la peinadora le había sacado mal un peinado Cleopatra; otra, porque una amiga suya se había casado antes que ella; varias, porque habían arrastrado á disgusto su doncellez hasta los cuarenta años; alguna, por el capricho no satisfecho de un aderezo ó un abrigo de terciopelo; finalmente, aquel registro de debilidades humanas constituía un verdadero mosaico de desgracias.

Pero la señora no lo leyó por completo.

Un ruido infernal se lo impidió, ruido que fué acercándose por momentos, y cuya causa pudo conocer muy pronto.

El médico del establecimiento entró huyendo en su habitación y pudo refugiarse junto á unos muebles: detrás del mismo, pálidos, desmelenados, con las miradas apagadas y torvas, seguían hasta docena y media de locos, gesticulando, lanzando frases amenazadoras y estúpidas carcajadas.

Cándido, el lector de *La Correspondencia*, los capitaneaba.

La casa de locos se había convertido en un cantón independiente.

A los dos minutos se hallaba constituido un Gabinete, y el ministro de la Gobernación, que no era otro que García Palomino, decretaba la libertad de todos los locos furiosos.

La camisa de fuerza era quemada en el patio del establecimiento, y las rejas de las celdas sufrían algunos inofensivos martillazos.

Ricardo Cachiporra, ministro de Gracia y Justicia, decretaba el amor libre para legalizar algunas escenas que habían hecho ruborizar á la madre de Cándido; y el poeta no comprendido, el incauto Matalallana, escribía un *memorandum* en verso dirigido á las demás potencias.

Peñarubia, el loco metódico, manifestaba á gritos que aquello era un desórden, y pretendia regularizar la marcha del canton.

En medio de los gritos de unos y otros, cuatro locos entraron en la sala llevando triunfalmente un prisionero, hombre robusto y ante el que temblaban siempre los cantonales; llamabase Pedro y ejercia en la casa el oficio de loquero.

Su presencia fué saludada con las chanzas más crueles, y en un momento se le formó causa y se le condenó por unanimidad á ser emplumado.

Entonces Pedro, sacando fuerzas de flaqueza, logró desasirse de sus verdugos, y exclamó:

—Ciudadanos: antes de ejecutar vuestra sentencia os ruego que me escuchéis.

—¡No, no! contestaron veinte voces.

—¡Silencio! dijo el metódico Peñarubia: hasta en los tribunales de algunos cantones de nuestra patria se concede á los reos el derecho de defensa, despues de estar rubricada la sentencia.

—¡Tiene razon!

—¡Que hable Pedro!

—¡Que nombre abogado!

—¡Que lo sea el doctor!

—¡No!

—¡Sí!

—Ciudadanos, siguió Pedro, aprovechando aquella desunion: veo que me habeis juzgado injustamente. Yo venia á reunirme con vosotros para advertiros del peligro que os amenaza.

—¿Cuál?

—¡Que siga!

—¡No interrumpirle!

—Habeis nombrado un ministerio, pero os falta un ministro: el ministro de la Guerra. Los cantones inmediatos, envidiosos de vuestro poderío, tratan de atacarnos... ¿Os dejareis arrebatar vuestra libertad?

—¡No!

—¡No!

—¡Que vengan!

—Pues bien: yo he sido soldado; de soldado á ministro no hay más que un paso. Confíad en mí y todos nos salvaremos.

—¿Qué necesitas para eso? preguntó uno.

—Nada más que vuestra obediencia.

—Pues bien, le interrumpió otro, manda; pero manda con acierto, para que despues te emplumemos con cariño.

—Necesito en primer lugar que os apartéis de mí para no embarazar mis movimientos. Muy bien. Ahora necesito que me permitais coger un palo por si vienen nuestros enemigos.

Los locos se apartaron, y hasta uno de ellos, más servicial que los otros, le facilitó el baston del doctor, que estaba junto á una silla.

Entonces Pedro, abandonando la palabra, recurrió á los hechos, y con una rapidez vertiginosa, que acreditaba su práctica, hizo cardenales á muchos que no habian recibido siquiera las primeras órdenes.

A los cinco minutos el manicomio estaba *descantonizado*.

La señora, que habia pasado crueles momentos de sobresalto, se levantó para mar-

charse. El doctor salió de su escondite, y al acompañarla hasta la puerta vió al triunfante Pedro que se adelantaba para devolverle el baston.

—No, dijo el médico sonriendo, guárdalo como recuerdo de este día. A mí me basta haber aprendido prácticamente, y gracias á tus lecciones, que para ciertas dolencias sociales sobran los doctores siempre que haya buenos loqueros.

M. OSSORIO Y BERNARD.

SONETO.

Guerreros en cuartel siempre que hay guerra,
políticos sin nota y sin distrito,
eminencias de zambra y de garito,
botones de ancla navegando en tierra;

Cesantes cuyo activo nos aterra,
y otros zoilos, en cóncave maldito,
mantienen de su envidia el apetito
zurciendo el chiste que baldon encierra.

El pueblo, aunque viril, sobrio y honrado,
tiene al dios Momo en su mejor entraña,
espiando el concepto emponzoñado;

Le dan el chiste, y como hiere y daña,
aunque hiera en el alma del Estado,
hace del chiste la opinion de España.

EDUARDO CASSET ARTIME.

20 Noviembre 73.

LORITO, ¿ERES CASADO?

Letrilla.

Con su bendicion el cura
el yugo encima le ha echado:
ya le tiene usted casado;
¿hay más feliz criatura?

Numeroso es el cortejo,
un baile la noche alegre,

y ahí tiene usted á la suegra
dispuesta á hacer el despejo.

Y ya el novio causa envidia;
que aunque está corrido y suda,
no hay nadie que ponga en duda
que va á dar juego en la lidia.

Tras el *debut* conyugal,
la bromita general:
«¿Que tal noche se ha pasado?»
Y él se encuentra amostazado
y grita, y es natural:

Lorito, ¿eres casado?

—
Pasa la luna de miel,
y á la novia causa oprobio
que, en guerras de amor, el novio,
empiece á pedir cuartel.

En él la amante mirada
no parece ya tan tierna;
la noche se le hace eterna,
ocupado en no hacer nada.

Y ya llama á sus amigos,
con ellos toma café,
y ella rabia... ¡ya se vé!
¡poco amor y con testigos!

Y llegan las distracciones
del hombre, que está ocupado
en honradas atenciones;
mas la mujer se ha picado
y le pide explicaciones...

Lorito, ¿eres casado?

—
En ella el afán empieza
de lucir á su marido,
como se luce el vestido
ó el adorno de cabeza.

Él cede]de mala gana
dos veces, y tres y cuatro,
y ella le arrastra al teatro
y á la Fuente]Castellana.

Y si él de débil no peca
y alguna vez se resiste,
ya la tiene usted tan triste
¡con un dolor de jaqueca...!

Y culpa al mísero esposo
de su falta de reposo,
y le tiene condenado
á ser mártir obligado

de su sistema nervioso...

Lorito, ¿eres casado?

—
La suegra se cuele en casa
y acrimina al pobre yerno,
que sufre todo un infierno
sin saber lo que le pasa.

Y, ya en la luna menguante,
entre rencillas y enojos,
se declaran los antojos
del estado interesante.

Y él, esperando alegrías,
hace el sacrificio inmenso
de declarar en suspenso
sus preciosas garantías.

Como no tiene experiencia,
con el paternal cuidado
que le inspira su conciencia,
vé su bolsillo apurado
lo mismo que su paciencia...

Lorito, ¿eres casado?

—
Y llega el dichoso día,
y el pobre ve que, á su modo,
se hace al fin ama de todo
la que entró á serlo de cria.

Y es el rorro ya muchacho,
y, amparado por la madre,
procura aburrir al padre,
que trabaja en su despacho,

Y que, ansiando hacerse rico,
tras un capital se lanza,
que luego apenas alcanza
para las trampas del chico.

Y aquí á la historia doy punto;
y aunque es muy sério el asunto,
yo, que en broma lo he tratado,
al ver un loro enjaulado
llego á la jaula y pregunto:

Lorito, ¿eres casado?

EDUARDO BUSTILLO.

EL MÉRITO PERSONAL.

I.

Justo apreciador de los hombres, de sus dotes y circunstancias, ó injusto apreciador de ellos, con tino ó desacierto, con razon ó sin ella, la verdad es que cada uno de nosotros se constituye en juez de todos los que conoce y trata, y de todos los que, sin serle personalmente conocidos, adquiere noticia de ellos, de sus obras, de sus títulos á la estimacion ó reprobacion públicas.

¿Se dice de alguno que es hombre notable? Pues veamos por qué es digno de nota. ¿Se dice de cualquiera que es probo? Pues veamos su probidad. ¿Se recomienda á nuestro amistoso trato un hombre desconocido? Pues sepamos la circunstancia que le hace merecedor á la recomendacion que se nos hace.

En la sociedad ilustrada no adquiere naturaleza un nombre oscuro y vacío de ilustracion.

En la sociedad culta no es aceptable un hombre desprovisto de aquellas dotes, de aquellos antecedentes, de aquellos requisitos de mérito personal que preceden á su aceptacion.

La presentacion personal es la fórmula de esa ley de relaciones sociales que hace digno del trato á la persona que lo intenta.

La amistad se conquista, pero el conocimiento se obtiene por la merced que lo otorga.

Si el nombre de una persona ilustre, de un monarca, de un poderoso, suena á nuestro oído, y se acerca á nosotros, la ilustracion, la soberanía, el poder lo recomienda, y honra es nuestra el recibirle; pero si una persona oscura solicita nuestra atencion y cuidado, únicamente por la benevolencia, por la ley, que hace respetable siempre la persona de un semejante, atendemos su solicitud. El mérito que á nuestros ojos adquiere, medirá despues la estimacion que le concedamos.

Es, pues, necesario el mérito personal para el trato y relacion humana, como es necesario para lograr las distinciones de la vida.

¿Qué es, empero, el mérito personal? Para cada distincion es menester el mérito, luego el mérito es la cualidad extraordinaria que la distincion atrae, y un hombre de mérito es un hombre capaz, digno acreedor á una distincion cualquiera.

La virtud es meritoria ante Dios; pero Dios la recompensa, y toda recompensa humana, si ha de ser justa, ha de caber en los designios de Dios; el heroismo es meritorio ante las gentes; la historia es la que recompensa á los héroes, y toda recompensa que ella no apruebe será injusta.

Un hombre juicioso, recto, íntegro, fuerte en la adversidad, discreto en el trato, sencillo si se encumbra, digno si se le humilla, generoso con la desgracia, un hombre modelo de virtudes, es un hombre de mérito, nadie lo ignora; pero la ley, que regula los efectos y las causas, dará á su mérito la recompensa, porque ser bueno y virtuoso es ser feliz, y la felicidad, que es la mayor recompensa en la vida, sólo es digna del mayor mérito, es decir, de una virtud superior.

II.

Hay méritos, sin embargo, que la sociedad recompensa, y toda alma bien nacida procura contraerlos.

Ved el hijo de un noble que ostenta el escudo de sus mayores. Cien gloriosos combates libraron ellos; émulo de tanta gloria, procura él añadir nuevos timbres. A la arena, pues. Pero la patria no ha menester de esas lides donde se gana la gloria. El Cid, el héroe de nuestra epopeya, caería exánime por la fuerza de un proyectil traidor; ¿quién puede ganar la gloria del Cid en estos siglos? Nadie. ¡Ah, sí! ¿Un general de privilegiadas dotes de mando? ¿Quién, empero, inviste con el mando? Hé aquí el problema.

Un rey hubo que dió á sus vasallos leyes que los siglos admiran, y un jóven monarca aspira á sucederle. ¿Quién hace las leyes? Un Parlamento. ¿Se puede ser rey y egislador en este siglo? Hé aquí el problema. Un orador eminente arrancó á una Asamblea dócil la ley que salvó los altos intereses comprometidos; grande es su gloria, y un privilegiado talento que en la oscuridad se agita, intenta seguir sus huellas. ¿Dónde están los comicios capaces de conocer su mérito? ¿Dónde está la Asamblea que ceda á la palabra lo que el poder solicita?

Hé aquí que el génio se abre camino; nadie, ni él mismo, conoce la senda por que camina; nadie, la luz que le alumbra. Su mérito obtuvo recompensa, y el honor de su elevación lo atestigua; ¿quién puede, sin embargo, envanecerse en los altos puestos de la administracion, siendo precedido y sucedido de gentes vulgares? ¿Quién no ha encontrado en su camino á los nobles envilecidos, á los grandes humillados, concurados á los poderosos, desterrados los patricios, oscurecidos los sabios, avergonzados los audaces y calumniados los probos? ¿Cuál es, pues, la garantía de mérito, si todo se adquiere mal y se conserva peor?

En este hervidero de ideas vehementes, en esta tempestad de resplandores fugaces, en este siglo donde la ciencia y la vida penetran hasta las entrañas de la tierra, ó suben á la inmensidad de mundos desconocidos, ¿quién es capaz de dejar grabado su nombre? Sólo el que sea digno de la gloria y en cualquier tiempo la hubiere conquistado.

Así, pues, quien á la gloria aspire, sepa vivir treinta años oculto, que aun es poco tener treinta años el aliento contenido para que la palabra vibre en los confines de la tierra.

III.

De no conseguir la gloria, la reputacion, que es la gloria entre conocidos amigos y parientes, ofrece poco atractivo, y un hombre bien reputado nada tiene de más que lo necesario para su reputacion. ¿A qué aspirais? ¿á ser reputados de entendidos? sea vuestra instruccion capaz; ¿de eruditos? tened erudicion; ¿de ricos? tened riqueza; pero advertid que quien sea reputado como vosotros os hace formar en línea, y toda vuestra superioridad no es más que un punto en la prolongada série de las reputaciones.

Tened, pues, el mérito de ser lo que os suponen y basta á vuestro designio.

No compensa el mundo los sacrificios que se le hacen; no compensa la reputacion las inquietudes que ocasiona.

Una vida entera laboriosa, llena de privaciones, pasa el hombre para dominar un solo ramo del humano saber; tribútansele honores que, merecidos, envanecen; inmerecidos, provocan justos resentimientos.

Por breñas y espinas emprende su paso firme el político perspicaz, y apenas logra escalar la cumbre cae despechado ó impenitente.

Coronas recoge el afortunado artista; pero el laurel ciñe la frente agobiada por los pesares, y el calor de la envidia seca las hojas ó las convierte en humo que se disipa.

Hay una propension al nivel en las sociedades, lo mismo que en los líquidos. Toda elevacion tiene una fuerza contraria que empequeñece; todo relieve sufre la injuria del tiempo, que borrarle intenta.

La vida es breve, y los bienes que en ella se alcanzan se disfrutan poco. Si se sumaran los afanes que cuesta una reputacion algo sólida, si se encerraran como una produccion eléctrica y al saborear las primeras complacencias de un triunfo salieran como una descarga, veríase la diferencia de fuerzas, por sensible que el hombre sea á los atractivos del aplauso y la lisonja.

¡Dios mio, yo os lo confieso y lo confieso á quien me oiga! Yo abandoné de niño mis amorosos lares; he corrido grandes riesgos, sufrido grandes amarguras; me he dejado llevar por la corriente de mis inspiraciones violentas; he luchado con ánimo sereno y porfiado empuje; yo ambicioné la gloria, porque es un destello de tu excelsitud; yo atesoré conocimientos, porque el saber me descubria tu inmensa bondad; yo he vivido afanoso para tener un porvenir; me ha enorgullecido mi bienestar y me ha entristecido mi pobreza; me ha devorado la inquietud; me ha cegado la impaciencia; he seguido todos los caminos; me he expuesto á todos los peligros para llegar á la region anhelada, siempre honrado, por honrar á mi padre, siempre bueno, por honrar-te á tí, suma bondad, y nada he conseguido. Una naturaleza quebrantada, un ánimo abatido, una esperanza muerta, ¿qué pueden ofrecerme...?

Sin aquella casa donde aprendí á hablar; sin aquella madre, que me enseñaba oraciones; sin aquella hermana, que educaba yo con tanto cariño; sin todos estos objetos, que han desaparecido de mis ojos, porque la desgracia y la muerte los ha arrebatado, ¿dónde tendré aliento? Dime, Dios mio, si renunciase á toda ambicion, si me dedicara humilde á un trabajo modesto, consolara á los que se afligen y enseñara á los que te desconocen, ¿me darías la salud que me falta y la alegría que rebosaba en mis tiernos años...? Pues todos los méritos del mundo sacrificaría yo á ese estado venturoso.

M. DE RIVERA DELGADO.

¿POR QUÉ LA EUROPA SE LLAMA EUROPA?

Amigo Juliá, autorizado Vd., como puede estarlo por nuestra antigua y sincera amistad, me pide un artículo para el *Almanaque* del próximo año, y no teniendo yo tiempo para escribir un artículo, voy á referirle en pocas palabras cierta conversacion, que oí la otra noche, ocasionada por unas fotografías hechas en el establecimiento de Vd.

Encontrábase en casa de un caballero, donde nos reunimos algunas personas de confianza, y la tertulia se componia de tres señoras mayores, un anciano de aspecto noble y respetable, cuyos nombres omito decir, porque nada nos importa ignorarlos, del marqués de Comayagua y de dos señoritas andaluzas, más hermosas las dos que el sol de aquel cielo y las flores de aquel bello país. Las dos tenían rostro blanco, labios de carmin, dientes de perla, ojos negros y negra cabellera; las dos sonreían con gracia y despedían fuego en su mirar. Pero la más alta, Clemencia, era más dulce que la más baja, Eloisa; mientras que Eloisa era más expresiva que Clemencia.

—Mañana te enviaré mi retrato, dijo Eloisa á Clemencia.

—¿Quién te ha retratado? le preguntó Clemencia.

—¿Quién ha de retratarme? Juliá.

—Es uno de los primeros fotógrafos de España.

—De España... yo creo que de Europa; porque el año pasado me retrataron en París, y á buen seguro que no me hicieron tan buen retrato como me ha hecho Juliá.

Entonces una de las señoras mayores dijo:

—Una reputacion europea es una cosa envidiable, que alcanzan muy pocas personas, porque Europa es muy grande, ¿no es verdad, señor marqués?

—Como que tiene trescientas mil leguas cuadradas; respondió el marqués.

—¿Con qué países limita Europa, marqués? dijo entonces Eloisa.

—¿No sabe Vd. eso, Eloisa? le contestó el marqués.

—Lo aprendí en el colegio, pero se me ha olvidado; como es un estudio tan árido...

—La Europa limita al Norte con el Océano glacial ártico; al Occidente con el Océano atlántico, y al Mediodía con el Mediterráneo. Al Oriente no es tan fácil determinar los límites de Europa.

—¿Por qué, marqués?

—Porque la zona oriental de Europa se halla repartida entre el Czar y el Sultan, y como los dominios de estos dos emperadores se extienden por Europa y por Asia, no les importa determinar, y por lo tanto no han determinado dónde concluye la Europa y dónde comienza el Asia, puesto que la Europa y el Asia obedecen en aquellas regiones á su soberana voluntad: sin embargo, se señalan como límites naturales el rio Kara, los montes Urales, el rio Ural y el monte Cáucaso, en cuyas faldas se encuentran las georgianas y las circasianas, á cuyas mujeres se llamaría seguramente las más hermosas del mundo, si no existieran las españolas.

—Muchas gracias, marqués, por tan fina galantería, contestó sonriendo Eloisa.

Entonces Clemencia, que habia escuchado en silencio, dijo:

—Señor marqués, Vd. que ha sido tan complaciente con mi amiga Eloisa, ¿me hará el favor de contestarme á una pregunta?

—Tendré mucho gusto en ello, hermosa Clemencia; pregunte Vd.

—¿Por qué la Europa se llama Europa? preguntó Clemencia.

El marqués contestó:

—Yo satisfaría el deseo de Vd. con singular placer, pero la pregunta que Vd. me dirige exige una contestacion bastante larga y temo molestar á estas señoras; si estas señoras me dieran su permiso...

No sólo le dieron su permiso las señoras, sino que señoras y caballeros le rogaron que contestara, y el marqués se expresó en estos términos:

—Al Sur ó Sur-Este de la Grecia se levanta entre las blandas olas del Mediterráneo una isla célebre en la historia y en la mitología, llamada hoy *Candia* y antiguamente

Creta. Por los años 1300 antes de J. C. ocupaba el trono de Creta el valiente Acterio; Acterio vivía en un suntuoso castillo, que rodeado de murallas y contramurallas, de baluartes y rebellines, de fosos, de puentes levadizos y de rastrillos, se levantaba junto al mar en la falda de una de las más pintorescas montañas de la isla. Bosques de robles y de pinos cubrían la cima de la montaña, formando un horizonte de encaje al dibujar sus copas en el azul del cielo; y en torno del castillo crecían los plátanos, los mirtos y los naranjos, mientras que las violetas, los lirios, las rosas y los tulipanes exhalaban sus perfumes en las orillas de un manso arroyuelo que, naciendo entre los bosques de pinos y de robles, iba, después de penetrar por la esplanada del castillo, á confundir sus aguas cristalinas con las azules aguas del mar.

El valiente, el en cien combates victorioso Acterio, tenía una hija que, en la época de que nos ocupamos, sólo diez y seis veces había visto florecer los campos; esta hija, cuya hermosura, no sólo se celebraba en Creta, sino que se cantaba por amantes vates en la Grecia, y se extendía en alas de la fama por la Fenicia y por la Palestina, se llamaba *Europa*.

Europa, encanto de su reino, ideal de la belleza, ilusión de su padre, era más cándida que las palomas que paraban su vuelo en los torreones de su castillo; era más plácida que la luz del alba que desvanecía su sueño; era más pura que el sonreír de un ángel.

Europa vivía apasionada de sus flores; de las flores que abrían sus corolas en las márgenes del arroyo que surcaba la plaza de su castillo; y su padre vivía apasionado de Europa. Dulces años de calma celestial, de soñada ventura se deslizaron para el padre y la hija en aquel formidable castillo, asombro de los extranjeros reyes; pero un día... el mismo día en que Europa cumplió diez y seis primaveras, le presentó su padre un joven general, que regresaba de la Anatolia á deponer los laureles del triunfo ante su rey, el célebre Acterio.

Aquel joven y valiente general, cubierto de bruñido acero y orlado con la aureola del triunfo, quedó en el acto enamorado de Europa, mientras que Europa enamorada quedó del valiente general; y allá en aquellas encantadas noches de la Grecia y del Asia, cuando el mar palpita en blando oleaje, cuando el ambiente murmura con suavidad entre los bosques de mirtos y de naranjos, cuando las flores exhalan sus aromas, cuando el ruiseñor gorgieja entre la espesura del jazmín, y una luna majestuosa y grande, meciéndose sublime en un firmamento azul, alumbra con su misterioso fulgor el castillo, y los bosques, y el arroyo, y las flores, y el mar; entonces el valiente general, disfrazado de plebeyo, salvaba las murallas del castillo de Acterio, se acercaba á una dorada reja, y en aquella reja de oro, pláticas sostenía de amor con la sin igual Europa, con la seductora hija del rey.

Sucedieron las noches á las noches; el amor crecía cada noche: el amor creciendo se convirtió en delirio; el general deliraba por Europa; Europa deliraba por el general, y el rey dormía mientras su hija y su general deliraban de amor.

Convencido el general de que el rey de Creta no le entregaría la mano de su hija, porque, príncipe real quería depararle por esposo, dijo cierta noche á Europa, que si le amaba tenía que huir con él á extranjeros países, donde no llegara el cetro del rey Acterio. Europa se estremeció al escuchar las palabras de su amante; pero colocada en la terrible disyuntiva de renunciar á su amor ó huir de su castillo, se resolvió á huir; que en todo tiempo y en todos los países el amor ha dominado el frágil corazón de la mujer.

Como Virginia y Clemencia se sonrieran al oír esta satírica indirecta, les dijo el marqués, sonriéndose también:

—No es alusión, señoritas; lo creo así, y así lo dicen crónicas antiguas que yo he leído.

—Siga Vd., siga Vd., marqués, repuso una señora mayor.

Y el marqués siguió:

—Una noche..... ¡qué noche tan deliciosa, según refieren empolvados pergaminos! la bella Europa, sola y vertiendo lágrimas, que confundirse pudieran con perlas de la India, abandonó su fastuosa cámara, atravesó con incierto paso la ancha explanada de su castillo, pisando por última vez sus lirios, sus azucenas y sus jazmines, y habiendo traspasado las últimas murallas, se dejó caer en los brazos del joven general, en los brazos del ídolo de su alma, exclamando, ahogada por el amor y por la pena: «¡Ya soy tuya!» Y estrechándola contra su pecho el apasionado mancebo, la condujo á una barca, que los aguardaba en la orilla del mar. Cuando los remeros comenzaron á remar, y la barca, surcando rápida las olas, abandonó la costa, exclamó Europa entre los sollozos que la ahogaban: «¡Adios, castillo de mi infancia; adios, padre de mi corazón!»

La luna alumbraba con plácida luz el castillo; el sueño embargaba la mente del rey Aterio, y la barca alejaba á Europa de su castillo y del rey Aterio, su padre. Pero Europa navegaba impelida por el amor.

Al brillar en el horizonte los plácidos albores de la aurora, descubrieron delante de sí el general y Europa, un nuevo continente; cuando el primer rayo del sol, esplendoroso y puro, alumbró la naturaleza, atracó la barca en las costas del Peloponeso; el primero que saltó de la barca fué el general, el cual abrió sus brazos para recibir en ellos á Europa; y al poner Europa su lindo pié en tierra, exclamó el joven general: «Esta tierra que pisas con tu pié, encantadora mía, se llamará de hoy en adelante, como tú te llamas, se llamará Europa; y yo extenderé con mi espada el nombre de Europa desde esta tierra que huellas con tus plantas hasta los últimos confines, donde el sol se hunde por la noche.»

Como Eloisa y Clemencia manifestaran extrañarse, dijo el marqués:

—No es este el único rasgo de tal especie que nos presenta la historia; los héroes antiguos, aquellos héroes, que sin Cortes Constituyentes, sin vanas discusiones y sin discursos retumbantes ó floridos, que nada hacen sino enfatuar al que los pronuncia, embaucar á las clases ignorantes, aburrir á las ilustradas y sumergir lentamente en un abismo nuestra patria, creaban con su honor y con su espada sólidas dinastías y constituían naciones; aquellos héroes eran muy aficionados á rendir esta clase de homenaje, ó á sí mismos, ó á sus objetos queridos. Cuando Ogno-Bianor vino á España, al frente de una colonia griega 1028 años antes de J. C., y fundó á Madrid, le dió el nombre de MANTUA ó MANTOA, en memoria de su madre que se llamaba MANTO; cuando en el año 711 después de Jesucristo desembarcaron los feroces musulmanes en las costas de Andalucía, exclamó el caudillo Tarif: «Aquí edificaré una ciudad que lleve mi nombre,» y fundó á TARIFA.

—Continúe Vd. la historia de Europa, dijo al marqués una señora mayor.

Y el marqués continuó:

—Europa y el joven general se unieron en matrimonio; el joven general, al frente de numerosas huestes griegas, ensanchó de un modo considerable sus conquistas; y como luego los griegos ejercieron tan poderosa influencia con sus artes liberales y con su comercio en todo el mundo conocido, el nombre de Europa se extendió rápidamente de país en país, comprendiendo luego todas las regiones abrazadas entre el Bósforo, el mar glacial Artico, el Mediterráneo y el Atlántico. La promesa del joven

general se había cumplido; el nombre de su amante quedó inmortalizado, teniendo por monumento una de las cinco partes del globo; pero Europa, la hermosa, la simpática, la dulce Europa, supo que su padre, el rey Acterio, había sucumbido de pena pocos meses después de la fuga de su hija; Europa, profundamente afectada, suplicó á su esposo que la llevara á Creta; su esposo la condujo á Creta y Europa murió á los pocos días de ver su castillo, siendo sepultada junto á la tumba de su padre, el rey Acterio.

Aseguraban por entonces los cretenses que en la tumba de Europa crecieron flores de especie no conocida y de perfume embriagador; que flores de la misma especie y de perfumes idénticos brotaron á la otra parte del mar Egeo, en el punto en que Europa puso su pié al desembarcar en el Peloponeso; y aseguraban también que en la aromática esencia de aquellas flores vagaba de noche misterioso y sutil el espíritu de Europa.

Murió Europa; pero al morir dejó á su esposo un hijo, que recobró el trono de su abuelo Acterio; este hijo fué el sabio Minos, padre de Deucalion y abuelo de Idome-neo, uno de los reyes de Grecia, que asistió al sitio de Troya.

Minos, filósofo de Creta, instruyó á Licurgo, legislador de Esparta, y Minos llenó con su sabiduría el mundo.

—He explicado á Vd., hermosa Clemencia, dijo el marqués, el por qué, según tengo entendido, la Europa se llama Europa.

Aquellas señoras dieron las gracias al marqués, y después de algunos momentos de conversacion indiferente terminó la lectura.

Y yo también terminé, amigo Juliá, repitiéndome de Vd. como siempre afectísimo y seguro servidor Q. B. S. M.

M. IBO ALFARO.

Madrid 16 de Noviembre de 1873.

SR. D. EUSEBIO JULIÁ.

MI QUERIDO AMIGO:

Años há pidió Vd. noticias biográficas al que esto escribe, para publicarlas acompañadas del retrato del mismo, que, con otros, deseaba Vd. figurase en su *Galería de españoles célebres*, de la cual dió á luz no pocas entregas.

Confieso que soy un perezoso incorregible cuando se trata de esta clase de exhibiciones de mi persona; así es, que hice todo lo que de mi parte estuvo para corresponder de la peor manera posible á su cariñoso ruego; y al decir que *hice todo*, dicho se está que *no hice nada*, que seguí abandonado á mi pereza. Usted, que no se dormía, logró de un amigo mío de los que más quiero, los apuntes que necesitaba; ahora bien, como no me gusta la ingratitud, declaro aquí mi reconocimiento al autor del boceto biográfico, y á Vd. por el retrato y por haber suplido con su actividad genial mi indolencia nativa.

Hoy, que no se trata de mí, sino de Vd., me propongo satisfacer la deuda atrasada y alejar de mi conciencia el remordimiento de aquel pecadillo, remitiéndole para el ALMANAQUE de 1874 varios datos relativos á Vd. mismo y á su buen padre, que si no completan, por lo menos amplían los que nuestro comun amigo, el Sr. Diaz Perez, publicó en el ALMANAQUE del año último.

—¡No, pues yo no los he proporcionado á nadie! pensará Vd.

¡Ay, amigo! si Vd. hubiese cometido algun delito, habria de confesarse reo, puesto que Vd. en persona, inadvertidamente sin duda, es quien me los ha suministrado.

Disputando meses há sobre quién tenia más edad de los cuatro ó cinco amigos que estábamos presentes, en el despacho de Vd., por más señas, recuerdo muy bien lo que Vd. dijo respecto de la suya.

—¿Nació Vd. en Madrid?

—Cierto.

—¿El día 26 de Marzo de 1826?

—Cierto.

Siento no haber visto desde entonces al amigo Barbieri, que, como eruditísimo en biografía y bibliografía musicales, me hubiera puesto al tanto de *todos* los antecedentes del autor de sus dias (del de Vd., se entiende, no del de Barbieri), pues de algunos ya estaba yo al corriente. Sabia, por ejemplo, que D. Eusebio Juliá (tal era su nombre) fué persona discretísima, de carácter jovial y amable trato, prendas tan naturales en él, que siempre le hubieran distinguido, aun sin frecuentar, como tuvo ocasion durante casi toda su vida, los mejores círculos de la sociedad. Su mérito, como profesor de música, lo acredita de sobra el hecho siguiente: por espacio de cuarenta años desempeñó las plazas de primer oboé y corno inglés en el teatro de la Cruz, y de primer clarinete en Guardias de Corps, pasando, despues de extinguido este cuerpo, al de Alabarderos. No contento con esto, pareciéndole todavía estrecho el teatro de su actividad y de su fervor artístico, empleó parte del escaso tiempo que le quedaba,—despues de cumplir sus principales obligaciones y dejar al descanso el estrictamente necesario para vivir—dando lecciones de dichos instrumentos y de flauta á casi todos los aficionados á música que á la sazón contaba en la corte la nobleza, hasta que el cólera, en 1865, puso término á sus dias, alcanzando ya la edad de 75 años.

A esto nada tendrá Vd. que replicar. ¿Y cómo, si tambien es fruto recogido por mí en nuestras amistosas confidencias, con el propósito de traerlo á este ALMANAQUE?

Lo que yo no sabia hasta que el Sr. Diaz Perez lo consignó en sus apuntes, es que al mismo tiempo de recibir Vd. la educacion musical por su tío D. Manuel Juliá, perfeccionada posteriormente, gracias á sus dignos maestros D. José Alvarez, D. Antonio Romero y D. Indalecio Soriano Fuertes, otro de sus parientes, D. Juan Rivera, le aleccionaba en la pintura en la Academia de San Fernando. Estos antecedentes, unidos á ingénitas y aventajadas dotes y á una verdadera vocacion para las dos artes indicadas, explican los progresos de Vd. en el fotográfico, en menos tiempo que otros, en condiciones ménos favorables, hubieran necesitado para dar los primeros pasos.

Desde que Vd. abrió su establecimiento en un modesto cuarto de la calle de la Visitación, por cuya angosta y oscura escalera apenas podía subir una persona de frente, hasta que se instaló en el espacioso y elegante local que ahora ocupa, nada ha interrumpido la progresion ascendente que ha colocado á Vd., en el arte, á una altura sólo reservada, por lo comun, á notorios y justificados merecimientos. Pero antes de lograrlo, Vd., como todo el que realiza su destino por medios legítimos, ha trabajado, ha sufrido, ha luchado sin tregua ni desaliento para allanar los obstáculos

que le impedian llegar al término anhelado. Yo, que he seguido, digámoslo así, paso á paso, todo el camino recorrido por Vd., comprendo ahora las maravillas de la fé, de la constancia, del estudio, de la paciencia, de cuantas fuerzas son indispensables al hombre para hacer esclava la suerte, por lo general más rebelde que sumisa.

Aquella atmósfera artística que rodeaba á Vd. en sus primeros años; aquellas lecciones de sus antiguos maestros y parientes y sus propias inclinaciones, ejercieron desde luego, y han seguido siempre ejerciendo en Vd. tal influencia, que la principal, y acaso la mayor parte de sus trabajos, forma como una grande Asamblea, donde está representada toda la España de hoy, en cuantas ilustraciones la honran y la enaltecen en los diversos ramos que constituyen la cultura actual de nuestra patria, Poetas, pintores, músicos, artistas dramáticos, escultores; políticos y militares distinguidos; la cátedra, el foro, la ciencia, la tribuna, la prensa, la industria... todo lo que significa y vale, ha dejado en el objetivo de Juliá los verdaderos rasgos de su fisonomía física, que, unidos á los de la fisonomía moral, que cada uno ha depositado en sus obras, darán en el porvenir una idea completa de los hombres notables de nuestros días. Quiero también, aunque la modestia de Vd. no me lo perdone, insinuar el noble desprendimiento de que su amor á la gloria ha dado infinitas pruebas en la práctica de su arte. Para enriquecer su notabilísima galería de hombres ilustres, nunca ha esperado á que se presenten, como simples particulares, á retratarse mediante la retribucion consiguiente, sino que Vd. mismo los ha invitado con una galantería y un desinterés sin ejemplo, renunciando á beneficios de un orden para Vd. demasiado mezquino, comparado con la satisfacción que le proporcionaba el rendir á aquellos un afectuoso testimonio de admiracion y respeto.

Poco he de hablar del mérito de sus reproducciones, ya porque críticos competentes lo han apreciado en lo mucho que lo estiman, ya también porque con más elocuencia que yo lo están diciendo la multitud de honoríficas distinciones que forman hoy su limpia y bien ganada ejecutoria. Expondré, sin embargo, de pasada, una ligera observacion que me ocurre en este momento acerca del *retoque*. No puede, no debe proscribirse el uso del retoque; los pintores más insignes han acudido á él, con diferentes motivos que seria largo enumerar. Pero de eso al abuso que hoy, desgraciadamente, se observa, hay una distancia inmensa. Usted tiene conciencia artística, y hace perfectamente en no apelar á ese recurso, que si satisface y engaña á los profanos, repugna y hace sonreír á los entendidos. En las tarjetas llamadas *americanas*, especialmente, el retoque raya en lo absurdo. Rostros más ó menos bellos, más ó menos graciosos, más ó menos expresivos, ve á cada paso todo el que no sea ciego; lo que es imposible ver, á pesar de cuantos cosméticos y diabluras inventa la moda y se despachan en las droguerías y establecimientos de Fórtis, Frera y demás colegas, son rostros tan diáfanos, tan lamidos, tan vaporosos, tan *ideales*,—así los califican,—tan satinados y relucientes, como los que vienen del extranjero y aquí encuentran imitadores. Este procedimiento, que hace exclamar al vulgo, y aun á muchos que no son vulgo, delante de los escaparates:

—¡Qué preciosos retratos!

como dirían de un cuadro de Watteau, elevándolo sobre otro del gran Velazquez, es una profanacion del arte, es un ultraje á la belleza; es, en fin, un procedimiento irracional y anti-estético. No, la naturaleza no produce monstruosidades tan ridículas; no, la naturaleza no abdica, entregando á la moda el sello característico de la belleza con que marca sus creaciones, para que la cubra con su máscara teatral la especulacion de acuerdo con la vanidad y el capricho.

Siga Vd., amigo Juliá, estudiando con la constancia de siempre la luz, que es el agente mágico de la fotografía, y los productos químicos ó instrumentos indispensables á una buena reproduccion, para que nadie pueda decir con justicia que en la *tienda* de Vd., y perdóneme lo vulgar de la frase en gracia de su propiedad, *se da gato por liebre*. Suprimir con el retoque precisamente los rasgos que con mayor verdad caracterizan una fisonomía; borrar, por ejemplo, la arruga que surca una frente; ovalar el contorno de una cara redonda, para volverla más espiritual; convertir una nariz roma en aguiluña; dar unas cuantas pinceladas á las pupilas de unos ojos adormilados ó muertos, *et sic de cæteris*, es pura y simplemente calumniar á la verdad. De una muchacha fea podrá hacerse una muchacha bonita, si pide novio con mucha necesidad; que de esta y otras astucias se vale la más bella mitad del género humano; pero en tal caso, ella no será ella; será un sér fantástico expresamente fabricado para pescar incautos. Claro es, que esto es más cómodo y más económico que hacer lo que Vd., es decir, hacer tantas negativas cuantas sean necesarias para obtener con la máquina la verdad que tienen sus retratos; mas para Vd., que no repara en gastos, esa consideracion mezquina no tiene importancia alguna. ¿Han sido, por ventura, obstáculos los legítimos procedimientos que Vd. emplea, para que se le distinguiese en esos grandes certámenes llamados Exposiciones con las recompensas que en todos ellos ha obtenido? En la Nacional, verificada en Madrid el año último, los curiosos se fijaban particularmente, como ha dicho un distinguido crítico, en la coleccion de trescientos cincuenta retratos, muchos de ellos nuevos, de todos géneros y tamaños, parte de ellos coloridos, no pocos muy notables y todos dignos del favor que Vd. ha sabido conquistarse en la buena sociedad de Madrid. El nombramiento de jurado de esta Exposicion privó á Vd. de la recompensa que en justicia se le hubiera otorgado, pues por sí solo llenaba la cuarta parte del salon destinado á las artes gráficas; pero en cambio, le proporcionó la satisfaccion de servir á la patria en el referido cargo, como la sirve tambien desempeñando las comisiones para las que, con frecuencia, le nombra la Económica Matritense, en calidad de individuo de la misma. De muchos expositores sé yo que no hubieran presentado sus productos en la referida Exposicion nacional de 1873, á no haberse visto aseiliados y hasta cruelmente perseguidos por usted, que los buscaba, los hablaba, los abrasaba á cartas, hasta rendirlos. ¡Ya se ve con un hombre así, una de dos: ó hay que reñir seriamente, ó hay que entregarse á discrecion, como lo verificaron aquellos, sabiendo, eso sí, el patriótico móvil que á Vd. le impulsaba en sus activas y constantes gestiones.

No he de terminar esta carta sin dar á Vd. mis plácemes por el premio obtenido en Viena; tanto más significativo, cuanto que le fué adjudicado por el Jurado internacional en pleno, y eso que, por causas cuyo relato no es de este lugar, no pudo Vd. lucir más que la mitad de las colecciones remitidas, las cuales, segun mis noticias, llegaron bastante deterioradas y no tuvieron la colocacion debida, mientras que las de otros, más afortunados ó más diligentes,—como que la presenciaron, en tanto que Vd. *disfrutaba* los horribles calores de Madrid,—fueron exhibidas á pedir de boca. No intento culpar á nadie de este hecho; me limito á consignarlo y á lamentarlo.

De Vd. afectísimo amigo y servidor Q. B. S. M.

V. R. AGUILERA.

Madrid, Noviembre de 1873.





85601153856011538

© Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

RETRATOS EJECUTADOS

POR JULIA,

QUE ESTÁN Á LA VENTA, HABIÉNDOLOS EN SU MAYOR NÚMERO DESDE TARJETA
HASTA EL TAMAÑO NATURAL.

ARTES.

PINTURA.

- Sres. Agrasot.
» Aguirre (D. M.).
» Alvarez.
» Casado.
» Domingo y Marqués.
» Dominguez.
» Ferran Fricherman.
» Ferri.
» Fierros.
» Garcia Hispaleta.
» Gisbert.
» Gonzalvo.
» Martin.
» Mercadé.
» Muñoz Degrain.
» Palmaroli.
» Puebla.
» Rivera.
» Rosales.
» Sans.
» Tusquet.
» Valdiv.
» Valle.
» Vera.
» Zamacois.

ESCULTURA

- Sres. Bellver.
» Figueras.
» Suñol.
» Subirat.

DIBUJO.

- Sres. Ortego.
» Perea (el mudo).
» Urrabieta.

GRABADO.

- Sres. Rico.
» Severini.

MÚSICA.

- Sres. Arrieta.
» Barbieri.
» Esclava (D. Hilarion).
» Gaztambide.
» Guelbenzu.
» Hernando.
» Incenga.
» Melliez.
» Monasterio.
» Ovejero.
» Oudrid.
» Romero (D. A.).
» Saldoni.
» Sarmiento (D. P.).
» Zabalza.

TEATRO ESPAÑOL.

- Sras. Boldun (Doña E.).
» Cairon (Doña S.).
» Dardalla (Doña C.).
» Ez (Doña Felipa).
» Diez Doña Matilde).
» Espejo.
» Fernandez.
» Gada (Doña Amalia)
» Muñoz (Doña Fran-
» cisca).
» Gaz.
» Palma.
» Rodriguez.
» Sanz.
» Tenorio.
» Valverde.
» Zapatero.
Sres. Alisedo.
» Arjona (D. J.).
» Beneti.
» Bermonet.
» Calvo (D. Rafael).
» Calvo (D. Ricardo).
» Casañez.
» Catalina (D. J.).
» Catalina (D. M.).
» Delgado (D. P.).
» Fernandez (D. M.).
» García (D. J.).
» Guerra.
» Mário (D. E.)

Sres. Maza

- » Morales.
» Oltra.
» Ossorio (D. M.).
» Ossorio (D. F.).
» Pardiñas (D. Jorge).
» Pastrana.
» Pizarroso.
» Romea (D. J.).
» Romea (D. F.).
» Tamayo (D. Victo-
» rino).
» Valero (D. J.).
» Zamora.

ZARZUELA.

Sras. Checa.

- » Difranco.
» Fernandez.
» Montañés (Doña A.).
» Montañés (Doña C.).
» Mora.
» Poch.
» Rivas.
» Rodriguez.
» Ruiz.
» Santamaría.
» Toda.
» Uzal.
» Villó.

Sres. Abruñedo.

- » Arderius.
» Becerra.
» Blasco.
» Caltañazor.
» Calvet.
» Cresj.
» Cubero (D. R.).
» Dalmau.
» Fernandez (D. E.).
» Fernandez (D. M.).
» Fuentes.
» Galvan.
» Gonzalez.
» Landa.
» Obregon.
» Pló.
» Salas.
» Sanz.
» Soler.